

Lena Wolf

JUEGOS SALVAJES

Lat

JUEGOS SALVAJES:
Max

Copyright © 2018 Lena Wolf

Título: Juegos Salvajes: Max

1a Edición septiembre 2018

All rights reserved.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este documento.

ISBN: 9781723733277

Sello: Independently published

Agradecimientos

Si hace un tiempo alguien me hubiera dicho que estaría sentada frente al ordenador escribiendo los agradecimientos de mi segunda novela, no habría reaccionado de otro modo que no fuese riéndome.

Pero aquí estoy.

Cuando publiqué Juegos Salvajes: Lena había dos opciones, que nadie la leyera o que la gente al leerla sintiera rechazo por esa historia tan cruda. Supongo que no me planteé que hubiese una tercera opción, y esa ha sido que al leerla a la gente le ha gustado. Así que, si tienes Juegos salvajes: Max entre las manos, tú has formado parte de esa tercera posibilidad que me ha dejado totalmente descolocada, y de la que solo puedo dar las gracias.

Gracias por leerla, gracias por no juzgar a Lena, gracias por odiar y amar a los chicos, gracias por la oportunidad que le has dado a esta escritora novel y a su novela.

Gracias a María Elena Ayala, Fontcalda Alcoverro, Nani Mesa, Beatriz Sierra, Mari Luz Aquino, Zaraida Méndez, Leydis Gómez, Ana Farfán Tejero, Olga LB, Montse Mubo, Niyireth Urrea, Cristina Gpe, Pili Cosa Felipe, Paqui Medina, Neneta Nin, Mari Ángeles Viviendo, Cin Castro, Sonia Martínez, Liliana Elizabeth, Romi Estruch, Maribel C.M., Zuky, March, Tammy Mendoza, Maite Gil... Y espero y deseo no olvidar a nadie en el camino. Gracias por convertirlos en mis primeras lectoras, y por hacerme partícipe de vuestras impresiones, ha sido emocionante y muy gratificante poder saber de primera mano que ha sido lo que la historia os ha hecho sentir. Jamás podré agradecerlos lo suficiente.

A Vicky B F Fcc, del blog Mi refugio de sueños. Por su reseña y por la charla. Me puso muy nerviosa saber que la reseñaría y después volcó en mí mucha presión con sus altas expectativas, espero haber cumplido.

A las chicas de la web Picaronia. No sabía que alguien sin conocerte pudiera ayudarte tanto. Gracias a Iratxe por su opinión tan sincera y por

animar a otras lectoras a conocer la historia para poder entrar en un debate... y a María, porque sin duda tengo mucho que agradecerle, la manera en que me ha apoyado... No hay palabras de agradecimiento chicas. Sois las dos fantásticas.

A las compañeras de letras que también se han interesado por mí y mi historia, por sus comentarios y consejos. Gracias Sofía Ortega, Rose Gate, Nora K. Rose, Lilly Sanz e Ivonne Vivier.

Y finalmente por no eternizarme, a esos grupos en *Facebook* que abren sus puertas a poder darnos a conocer, gracias a las Divinas Lectoras, las Tertulianas, las Adictas... por cedernos a todas un espacio en el que poder interactuar.

Gracias a ti lector, que con tu entusiasmo has logrado que esta historia siga adelante.

Lena Wolf

Capítulo 1

Se había marchado.

Sin más, ni siquiera se había girado, o había tenido un momento de duda o vacilación. La había observado desde la ventana del salón, tragándose las ganas de salir corriendo tras ella para pedirle que no lo hiciera. Pero algo le había anclado los pies al suelo, incapaz de moverse, hasta verla desaparecer de su campo de visión y de su vida. Y por un extraño motivo, a pesar del dolor, sintió un gran alivio.

¿Cómo habían sido capaces de llegar tan lejos? No tenía respuesta para ello. No la tenía y no creía llegar a tenerla nunca. Puede que tampoco quisiera conocerla, pues estaba seguro que la correcta, lo dejaba a él en un muy mal lugar, como hombre y como ser humano en general. Un juego, un simple pero peligroso juego y todo, se les había ido de las manos, incapaces de poner freno a esa locura. No estaba muy orgulloso de ello.

Puede que fuese mejor de ese modo, sin ser plenamente consciente de qué era lo que había sucedido durante esos meses entre los cuatro. A veces, la ignorancia era una gran aliada para evitar el dolor y en parte, los remordimientos que ya en ese instante sentía. Porque le dolía. Lena le dolía en justo en medio del pecho, como una daga afilada atravesándole el esternón. Todo lo que ellos le habían hecho y todo lo que ella se había dejado hacer, le atormentaba haberse enamorado de ella, le pesaba haberla visto marchar sin mirar atrás, aunque más le habría dolido que se hubiese quedado, dispuesta a seguir con aquella locura como si nada importara, sin dar valor ni a su propia vida. No podría soportarlo, tal como le había confesado hacía tan solo unas horas, no aguantaba ver como la maltrataban, cada vez que John o Heit la tocaban, sentía como algo se retorecía por dentro y tenía que tragarse las ganas de chillar, de acercarse hasta ellos y arrancarla de sus brazos. De gritarles a ellos, pero también a ella, de decirle que estaba loca si consentía que la golpearan una sola vez más. Él la quería y no deseaba que nadie le hiciese daño, ella no se merecía eso. La quería y podría haberla hecho feliz, sin embargo en todo eso había algo que no se había atrevido ni siquiera a vislumbrar y era, que a pesar de el amor que pudiese sentir por ella, no podía luchar contra ese odio que tenía ella hacia sí misma. Sonrió con pesadez al recordar sus palabras, pensaba que estaba enamorada de ellos, que les amaba,

cuando estaba claro que no se quería ni ella misma. Un escalofrío recorrió su cuerpo al pensar lo mucho que esa mujer, que acababa de abandonar su vida, habría sufrido en el pasado.

Le costó todavía un buen rato poder apartarse de esa ventana, donde su mirada se había quedado fijada en el punto exacto por el que ella se había fusionado con el resto de los viandantes. Caminó midiendo la estancia a grandes zancadas, dejando que todo ese dolor se tornara rencor, odio, rabia. Un gusto amargo que subía desde sus entrañas y emponzoñaba todo su ser, inundándolo todo. El regusto doloroso de la pérdida se clavó en sus papilas gustativas y dudaba, que jamás fuese capaz de deshacerse de él. Dejó que una hora muriera tras otra, en un suicidio temporal sin precedentes, sentía que la soledad del apartamento terminaría por aplastarle si no salía de allí, pero no quería irse, no podía, tenía que estar allí cuando él llegara, escupirle a la cara todo lo que durante las últimas semanas se había callado. Era culpa suya. Él era el único responsable de que todo se hubiese ido al traste entre ellos. Podrían haber sido felices. Una relación rara, atípica, diferente, criticable, ¿y qué? Habría podido soportar el compartirla, podría haberlo intentado al menos. Ellos estaban bien o lo habían estado, hasta que Heit lo había estropeado todo. Como solía hacer siempre. Era un experto en boicotear cualquier cosa, llevaba haciéndolo desde el instituto, no entendía por qué seguían siendo amigos. Con el tiempo Heit se había convertido en todo un experto en destrozar sueños, tanto suyos como ajenos.

Cuando la llave giró y la puerta crujió sobre sus goznes, Max contuvo el aliento, se quedó inmóvil en medio del salón, como si una fuerza magnética totalmente superior a él lo hubiese anclado en ese punto. Aguardó hasta verle entrar. Era él. Sabía que sería él. John iba detrás, pero en ese instante no importaba, de hecho, apenas le vio.

Se abalanzó sobre Heit, sin darle tiempo a reaccionar. El primer golpe impactó en su cara, fuerte y certero, abriendo una brecha en su ya maltrecha ceja. El segundo fue directo al estómago. Notó como John lo agarraba por la espalda e intentaba inmovilizarlo, momento en el que Heit aprovechó para pegarle a traición, un puñetazo en el labio y otro en el costado, directo a las costillas. Cuando Max consiguió zafarse de John, arremetió con todas sus fuerzas de nuevo contra Heit, haciéndolo caer al suelo, este lo arrastró consigo en su caída.

—¿Estás intentando matarme? —gruñó Heit.

—No voy a intentarlo, ¡voy a hacerlo! —gritó Max escupiendo la rabia que tenía dentro y que le asfixiaba.

Golpeaban al azar, sin ser conscientes de dónde impactaban sus puños. Rodaron por el suelo, haciendo caer todo a su paso.

—¡Joder! Parad yaaaaa —voceaba John sin entender o al menos no del todo, lo que pasaba, ni el porqué en ese momento.

Aún tuvieron que pasar unos minutos más, hasta que los dos chicos detuvieron la pelea. El sofá, el suelo y una de las butacas habían quedado salpicadas de sangre. Max fue el primero en intentar levantarse, John lo ayudó y lo sujetó, para que pudiese sentarse en una de las sillas, la única que había quedado en pie. Heit tardó un rato más en poder moverse y cuando lo hizo, escupió una cuantiosa cantidad de sangre que formó un charco en el suelo, lugar del que no podía moverse.

—Debería matarte —bramó Max, que sin duda no había quedado satisfecho.

—¿Se puede saber qué mierda está pasando? —inquirió John y en ese momento, reparó en la ausencia de Lena, puede que, debido al escándalo se hubiese escondido en la habitación, aunque no era propio de ella— ¿Dónde está Lena?

La sola mención de su nombre hizo que Max se tensara de nuevo, apretando con fuerza los puños y los dientes hasta el punto de dolerle la mandíbula. No pudo evitarlo. Las ganas de machacar a Heit regresaron, y fueron tan fuertes, que se levantó directo para volver a golpearle, pero esa vez gracias al desgaste previo, John pudo contenerle con bastante más facilidad empujándolo de nuevo hacia la silla.

—¡Me cago en mi puta vida! —chilló Max cayendo de nuevo sobre el asiento— Se ha ido, se ha ido por tu culpa, ¡tú has hecho que se marche! ¡Tú lo has estropeado todo! ¡Tú has hecho que se vaya!

Estaba fuera de sí. Enrojecido de cólera y cubierto de sangre. Sentía que no podía respirar, que un nudo atenazaba su garganta, que su estómago y todo su

cuerpo en general se habían vuelto del revés, como su vida, que después de eso ya no tenía sentido. John estaba asustado, en todo el tiempo que se conocían, que eran muchos años, jamás le había visto tan alterado y fuera de control como en ese momento, parecía que hubiera enloquecido. Siempre había sido muy temperamental, propenso a solucionarlo todo con los puños, de los que primero golpeaban y después preguntaban. El típico y atípico matón de barrio. No les había ido mal tener a alguien como él de amigo en el instituto, les había librado de muchas peleas aunque les había metido en otras tantas. Pero ahora era diferente, Max estaba desquiciado, al límite de lo racional y eso lo asustó.

—¡Para! —gritó John de nuevo cuando Max hizo el intento de volver a levantarse—. ¡Joder! Quieto ya.

Heit parecía no reaccionar, seguía en el suelo con la mirada perdida, aparentemente ajeno a lo que ocurría a su alrededor. Sentía dolor, seguramente deberían llevarle al hospital. Intentó incorporarse, pero no lo logró del todo y sintió como algo por dentro crujía de un modo extraño. Resopló. Entonces fue cuando reparó en las palabras de Max, más allá de la desesperación imprimida en ellas que era lo que primero había captado su atención, pero aun así no pudo reaccionar, puede que no solo su cuerpo estuviese maltrecho, pues su mente en el mismo instante de comprender lo que Max había dicho, se había desconectado.

—¿Cómo que se ha marchado? —preguntó John clavando la mirada en Max.

—¿Eres sordo o gilipollas? ¡Se ha ido!

John salió apresuradamente del comedor.

Heit intentó incorporarse de nuevo en un vano intento por volver a estar en pie, tan infructuoso como haber pretendido no enamorarse de ella. Hizo un nuevo esfuerzo, no quería estar en esa clara posición de desventaja si Max volvía a lanzarse contra él, sin embargo no pudo, el dolor en el costado se lo impedía. Seguramente se había fracturado una costilla, tal vez dos. Le dolía y mucho, pero apartó de su mente ese dolor y perdió la mirada por dónde John había salido casi corriendo, dejándole solo con ese maniaco. Contuvo el aliento de forma inconsciente.

—Sus cosas siguen en la habitación —anunció John regresando al salón mucho más tranquilo de lo que había salido, convencido de que a su alterado amigo simplemente se le había ido la cabeza.

Pero Max sabía que no volvería. Se levantó a duras penas y se arrastró por el pasillo como pudo. Frente al espejo del baño observó su rostro, Heit había logrado partirle el labio y tenía magulladuras diversas, nada del otro mundo, ninguna marca que no hubiera sufrido con anterioridad. Se echó agua en la cara y observó como los restos de sangre se colaban por el sumidero, desde el comedor llegaban sonidos amortiguados y la voz serena de John. Llegó a la puerta de su habitación, dudó un instante y retrocedió unos pasos quedando frente a la que hasta esa mañana había sido la habitación de Lena. Entró con el corazón encogido y conteniendo el aliento, para después dejarse caer sobre la cama. Olía a ella. Toda la habitación lo hacía, ese olor tan característico suyo, ese que hacía que todo su ser reaccionara de un modo que no era capaz ni de explicar. No entendía como había llegado a ese extremo, cómo de un polvo podía pasarse a sentir algo más, cómo toda esa situación le había absorbido de un modo tan absurdo que dolía, porque era disparatado pretender quererla, no dejaba de repetirse que lo era.

—Voy a llevarme a Heit al hospital —comentó John con las llaves en una mano y el móvil en la otra.

—Deberías dejarlo tirado en una cuneta como el puto perro que es.

—Joder Max, basta ya, ¿te has metido algo? —preguntó confuso, puede que eso explicara en parte su extraño proceder.

—No.

—Está bien —dudó un instante—. ¿Necesitas algo? —Max negó con un gesto— Llámame cuando llegue Lena —le advirtió John.

—Entonces puedes esperar sentado —replicó mordaz Max.

John fue a contestar, abrió la boca para cerrarla de inmediato, era mejor dejarlo estar, cuando estuviese más calmado sería más fácil razonar con él. Finalmente se marchó sin añadir nada más, estaba bastante preocupado por Heit que parecía tener un par de costillas rotas y también por Max, que aparentaba haber perdido la cabeza y ese era un muy mal pronóstico.

Los primeros dos días, Max los pasó esperando a que ella volviera, y deseando a la vez que no lo hiciera. Era casi tan difícil de explicar como de entender. Pero cuando comprendió que no regresaría, se alegró y enfadó a partes iguales, ¿por qué no se había ido con ella?, ¿por qué ella no se lo había pedido? Y en su cabeza martilleaba la idea de qué, si no hubiese sido él, si esa tarde de hacía tan solo tres días no hubiese sido él sino uno de sus dos compañeros, puede que todo hubiera sido diferente. Y es que en la batalla por lograr el amor de Lena, él habría salido siempre perdedor. Max apretó con fuerza las manos contra su cabeza, parecía que le iba a estallar de un momento a otro, tomó otro analgésico y se sentó de nuevo en la cama de ella, observando su ropa perfectamente colocada en el interior del armario, y de nuevo esa idea recurrente, repetitiva y que amenazaba con desbordarle de un momento a otro. Ella se habría fugado con John sin pensarlo, puede que incluso lo hubiese hecho con Heit, pero él... y la idea de haber estado haciendo el gilipollas durante meses le asaltó de nuevo. No entendía el porqué y eso, lo tenía abatido pero sobre todo, muy confundido.

La había tenido, pero nunca había sido suya.

Los recuerdos se amontonaban en su mente, destellos, detalles, cosas a las que en su momento no había dado importancia, y ahora las buscaba en el lugar más recóndito de su mente para poder revivirlas y aferrarse a ellas de una manera dolorosa e insana. Follaron, lo hicieron mucho, en todas las posiciones imaginables, en todos los rincones de la casa, durante los siete meses de convivencia fue una auténtica espiral de sexo, pasión, sumisión, dominación... dolor. Lo que había empezado como un juego se había convertido, en muy poco tiempo, en un estilo de vida, en el que la realidad solo se encontraba entre esas paredes, y el momento irreal era tener que salir del apartamento y alejarse de ella, de su cuerpo, su calor, su olor. Se había vuelto un auténtico adicto a su piel, a su mirada lasciva, a su fingida inocencia. Lena la mujer y no el sexo se había colado en su organismo como una droga, y el síndrome de abstinencia por haberla perdido era imposible de soportar. Lo que habían tenido entre los cuatro le había hecho sentir más vivo que nunca, de un modo extraño, lleno de temor y dolor. Sabía que jamás podría volver a sentirse de ese modo aunque en el fondo, muy muy en el fondo, y con miedo a confesárselo aún, no sabía si eso era lo mejor. Todo a su alrededor había cambiado, su relación con sus mejores amigos, su visión del amor, del sexo, de las relaciones... y le aterraba la idea de no ser capaz de seguir adelante, o no al menos de un modo «normal», aunque ¿quién dictaba los cánones de la

normalidad?

—¿No has ido a trabajar hoy tampoco?

John le sorprendió apareciendo por el hueco de la puerta que no recordaba haber dejado abierta, o puede que si lo hubiese hecho, a decir verdad, llevaba todos esos días actuando por inercia, sin prestar atención a lo que hacía, mirándolo todo pero sin ser capaz de ver nada.

—Estoy enfermo, ¿es que no lo ves? —soltó sin enmascarar el hastío de su voz.

—¿Se puede saber qué cojones te pasa? —inquirió severo John.

Max no pudo más que mirarle sorprendido. Parecía que para John todo seguía igual, igual que si nada hubiese ocurrido, como si entre los tres no hubieran jodido la vida de Lena y estropeado la suya propia. Parecía que para él esos siete meses hubieran sido un paréntesis y ahora todo fuera igual que antes de la aparición de ella en sus vidas. En cierto modo lo envidiaba, John había retomado el día a día en el mismo punto dónde había quedado antes de Lena, pero él no podía, estaba en un estado de estupor perpetuo desde hacía un tiempo, pues sentía que no conocía de nada a sus dos mejores amigos, ni tampoco a sí mismo y eso lo asustaba.

John le observó aguardando una respuesta, a que le dijera algo, lo que fuese, pero Max parecía de nuevo totalmente ido, encerrado en su propio mundo, dejándose machacar por los remordimientos. Se impacientó y no tenía tiempo para malgastar, pronto llegaría la época de exámenes y con Heit en el hospital se le estaba agotando la paciencia y acumulando la faena.

—Está bien Max —gruñó cansado—, me voy al hospital, en principio hoy le dan el alta a Heit —dijo y aguardó de nuevo una reacción, que no llegó—. ¡Joder! —masculló antes de volver a desaparecer.

El sonido metálico de la vieja puerta despertó a Max de su peculiar y, desde hacía tres días, habitual letargo. Caminó por el piso hasta darse cuenta que se había quedado de nuevo solo. Pensó que tenía que comer, sin embargo no tenía hambre, ni sed, ni sueño, no sentía nada, salvo una gran apatía, ganas de gritar y golpearlo todo a su paso. ¿Por qué no le llamaba? Tenía su número,

podría llamarle y decirle que estaba bien... ¿Dónde estaría? ¿Con quién? Él podría estar con ella ahora, si ella quisiera...

Se paró en seco en medio del pasillo, observó todo a su alrededor, decidió darse una ducha, tenía que dejarlo ya o terminaría enloqueciendo más. Pero no había ni un solo rincón en esa casa, que no tuviera ligado un recuerdo con ella. Esa ducha, esos polvos rápidos, duros, contra las baldosas de la pared, contra el mármol... haciéndola gritar, exigiéndole que aullara su nombre mientras sus fluidos se mezclaban. Ella arrodillada en ese mismo suelo que ahora pisaba, con su polla entre los labios mientras él tiraba de su pelo sin compasión para marcar el ritmo de la mamada.

Max suspiró, ni el agua fría era capaz de arrastrar su apatía. Estaba enloquecido con momentos de euforia, seguidos de horas sumido en una profunda depresión que le impedía tan siquiera alzarse de la cama. Como si todo el mundo se hubiese puesto en su contra y no pudiera hacer nada para luchar contra él. Estaba enfadado, enojado con todos, furioso con el destino que, jugando bien sus cartas, le había jodido la existencia.

Cuando John y Heit volvieron todo fue a peor. No podía creer que hubiese compartido tantas cosas con ellos dos, todos esos recuerdos ahora le parecían aciagos y difíciles de tragar. Les había considerado sus hermanos, sus más fieles camaradas en cada aventura de la vida, y ahora sentía que no tenía nada que ver con ellos, que le habían engañado y ya no les reconocía.

John observaba a sus amigos, todos sentados alrededor de la mesa, con la comida intacta en sus platos, envueltos por un silencio denso e incómodo, no sabía qué hacer para que todo volviera a ser como antes. Era como si ninguno de los dos estuviese dispuesto a dar su brazo a torcer. Todos, de algún modo u otro, habían sabido siempre que Lena se marcharía, todos lo sabían, pero a Max parecía haberle sorprendido demasiado. La noche que Heit llegó queriéndose llevar a Lena había sido el principio del fin. John se preguntaba si no lo había provocado de manera premeditada, si no había sido esa su intención desde el principio, precipitarlo todo hacia ese condenado final. Quería habérselo preguntado, sin embargo no había encontrado todavía el momento oportuno para hacerlo. O también pudiera ser, que todo se hubiese estropeado en el momento en que le había confesado a Lena que no la amaba, si ella no hubiese estado tan dolida... ¿Qué debería haber hecho, mentirle? John intentó tragar la angustia que sentía, si esa tarde él no la hubiese herido de ese modo... Puede que todo hubiese sido diferente. Ella le había confesado que le quería y él no fue capaz de reaccionar. Era un juego, un trato entre los

cuatro, él intentó por todos los medios respetar lo acordado, aquello que previamente habían pactado, lo hizo durante los siete meses que Lena permaneció en el apartamento, sin embargo esa tarde, esa maldita tarde, debería haber roto su palabra, puede que mentirle, darle esperanzas de algo más, no lo sabía, pero no dejaba de pensar en qué habría pasado si no le hubiera roto el corazón. Lena era una buena chica que se había perdido en el camino y ellos solo habían jugado con ella, y eso no estaba bien. No dejaba de repetírselo y se maldecía por ello.

A su lado Heit dejó escapar un quejido de entre sus apretados labios, entrecerró los ojos para abrirlos un instante después. Llevaban un buen rato inmersos en un silencio que parecía que nadie se atrevía a romper, por lo que mucho menos iba a hacerlo él, no tenía nada que decir. Se sentía aturdido, tanto por el dolor de las costillas, como por la medicación a la que le habían sometido, pero sobre todo por la falta de Lena. Volvió a cerrar los ojos intentando mantener la calma. Necesitaba a toda costa recuperar el control de su vida, de sus emociones, de su atormentada y ahora anestesiada mente.

—¿Te duele? —preguntó Max con la esperanza pintada en el rostro. Al menos eso le daba algo de placer, ver como él sufría.

—Ya te gustaría —replicó Heit, pero debería haberle dicho que lo que le dolía no eran los golpes, ni las fisuras en las costillas, sino que por lo que en realidad sufría era porque Lena se había marchado. Había apostado al caballo perdedor, a ese llamado «Don Amor».

—Dejadlo —advirtió John con hastío, cansado y sin saber muy bien, cómo lidiar con la situación—. Por favor, no empecéis de nuevo, ya hemos visto todos el resultado de vuestra última conversación.

El ambiente estaba enrarecido, tanto que podía cortarse con un cuchillo y ninguno de los tres sabía cómo ni cuando podrían superar eso. Max fue el primero en levantarse de la mesa y salir del salón sin decir nada.

—¿Necesitas que te traiga algo? —le preguntó John a Heit, mientras empezaba a recoger los platos, ninguno había probado bocado— ¿Heit? —llamó su atención al ver que este no respondía.

—Tranquilo, estoy bien —contestó Heit que dudó un instante, necesitaba preguntar por Lena, algo que no se había atrevido a hacer en los días que había estado en el hospital, y ahora, una vez en casa, el hecho de constatar su

ausencia era extraño y muy doloroso. Pero no lo hizo, no podía, de hacerlo se rompería del todo y se delataría, mostraría esa debilidad que jamás se debería haber permitido tener, así que se recompuso, alzó la mirada y forzó una sonrisa—. Sí —confirmó apretando los labios— estoy jodidamente bien. Supongo que ahora no hay problema en que vuelva a recuperar mi antigua habitación, ¿no?

—No me jodas Heit, no lo pongamos más difícil.

—No voy a dormir con ese psicópata —comentó y forzó de nuevo una sonrisa que pretendía ser cínica.

—Bueno, quédate en mi cama de momento si quieres.

—¡Ja! No pienso dormir contigo.

—No estoy para bromas —gruñó John.

—Vaya idea buena tuvimos al meter a «esa» en casa ¿eh? —bromeó y rezó para que su tono sonara en el exterior tan desenfadado como pretendía.

John miró a su amigo y resopló cansado. Se le escapaba algo y no sabía el qué. Pero sabía que había alguna cosa que aún no encajaba en todo eso.

—No le busques —le advirtió muy serio—, dale unos días para que se calme y...

—¡Joder John! Eres tan inocente. No hay solución alguna desde que Lena se cruzó en nuestros caminos, creo que lo sabíamos todos, incluso ella.

—Mira —dijo cansado— haz lo que te de la gana, ¡haced los dos lo que os dé la gana! —rectifico al ver aparecer a Max—. ¡Vaya puta mierda todo! —gruñó dejando los platos sobre la mesa y desapareciendo del salón cabreado.

Max y Heit se quedaron a solas con los ojos imantados, un nuevo duelo de miradas, una oscura y profunda, llena de dolor; la otra azul y cristalina, aunque enturbiada por algo más profundo que la medicación.

—¿Vas a volver a culparme? —inquirió Heit aguantando la mirada.

Max se acercó un paso en su dirección, después otro, apretó los puños, pensó en volver a golpearle, sentía unas tremendas ganas de estampar sus nudillos contra su maldito rostro de niño perfecto. Heit supo que, si seguía tirando de la cuerda, Max terminaría por estallar, la cuestión era, ¿quería llevarle al límite?

El tiempo se detuvo para ellos.

—¿Por qué? —preguntó Max y esas dos palabras llevaban encerrado tanto dolor que ambos se sorprendieron, pero ninguno de los dos osó decir nada.

—¿Qué quieres que te responda?

—La verdad.

¿La verdad? A pesar de que decían que la verdad hacía libre, Heit sabía que siempre sería prisionero de esas palabras que jamás pronunciaría. Era esclavo de esos sentimientos que no podía expresar, y sabía que esa «verdad» moriría con él, emponzoñándole por dentro, impidiéndole, por el momento, ser capaz siquiera de plantearse cómo sobrevivir.

—Solo era un juego y ella perdió —comentó como si tal cosa, y a pesar de que había meditado concienzudamente la respuesta, la soltó imprimiendo indiferencia en el tono de su voz.

—¿De eso trataba todo? ¿De un juego? ¿Solo querías ganar? ¿Demostrar que ella no aguantaría? —le interrogó Max. Heit afirmó con un leve gesto de la cabeza— Pues sabes una cosa, ¡perdiste! —exclamó golpeando con ambas manos sobre la mesa sorprendiendo a Heit— Perdimos nosotros, ella ha sido la única que ha ganado y lo ha hecho por la mano, nos ha dejado hechos una mierda...

—Habla por ti.

—¡Ja! No eres tan frío Heit, no eres tan impenetrable como te crees... De hecho, hasta ella te caló.

—Eres patético —escupió Heit intentando levantarse para estar a la altura de su adversario— enamorado hasta las trancas de una p...

—Dilo —le retó Max acercando su rostro y quedando ambos a menos de un palmo—, dilo si tienes cojones.

—Putá —saboreó la palabra, y el dolor tan intenso que le producía pronunciarla.

Podría golpearlo de nuevo. De echo podría machacarle de tal modo que no lo contara. Habría sido tan fácil... Lo verdaderamente difícil para Max fue alejarse de él sin tocarle.

—Sabes perfectamente que podría acusarte de lo mismo ¿no? —inquirió

Max y Heit contuvo la respiración. Max estalló en una carcajada que inundó el salón— ¡Lo sabía! —escupió sobre la confusión de Heit— Eres tan patético como yo, enamorado de una «puta» —dijo riéndose con cinismo—. Eres un cobarde de mierda Heit.

—No sé de qué me acusas...

—¿No? Permite que un zoquete como yo te ilustre. Eres tan gallina, que has preferido alejarla de ti, antes que confesarte y confesarle lo que sentías. Me largo —soltó sin más—, no puedo soportar ni un minuto más en esta casa viéndote la cara, nuestra amistad ha terminado.

John entró en ese preciso instante, escuchando la declaración de Max, no sabía que decir, ¿así iba a terminar todo entre ellos? ¿Tantos años de amistad tirados a la basura por una mujer? Maldecía una y mil veces el día en que le había abierto la puerta, ese aciago viernes en el que se apiadó de ella y la dejó quedarse en la casa. Se culpaba por no haber sabido frenar a tiempo a sus amigos y la loca idea que surgió entre todos. Pero era absurdo pensar en eso ya. Era demasiado tarde, ahora solo quedaba vivir con las consecuencias de lo que todo eso había provocado.

—¿Vas a irte? —estalló Heit dando un paso al frente sujetándose al borde de la mesa para no trastabillar, herido por dentro y por fuera— ¡Eso! ¡Lárgate! ¡Huye! ¿Y dices que yo soy el cobarde?

—Venga Heit, déjalo —instó John echando mano de la poca paciencia que a esas alturas le quedaba.

—Me largo porque aún aprecio en algo nuestra amistad, de quedarme...

No hizo falta añadir mucho más, todos lo entendieron, incluso Heit, pero no estaba dispuesto a cargar él con toda la responsabilidad, no todo había sido culpa suya, todos y cada uno de ellos, incluso Lena, habían formado parte de eso.

—Vete —susurró con rabia dejando que esa simple palabra saliera de entre sus apretados dientes—. Pero no olvides nunca que la idea fue tuya, así que, si te marchas, no dejes de meter en la maleta tu jodida culpa.

Lo dijo despacio, como quien apuñala y disfruta de meter la afilada hoja de manera lenta, pausada, gozando del momento de ver al otro languidecer de

dolor. Max se giró y lo miró consciente de que había sido apuñalado por sus palabras.

—Solo te lo voy a decir una vez y creo que será suficiente con eso —respondió Max acercándose de nuevo a él de un modo totalmente intimidador—, nunca y repito nunca, se te ocurra buscarla ni volverte a acercar a ella, porque si lo haces y yo me entero, te juro por lo más sagrado que te mataré con mis propias manos. A los dos —añadió mirando también a John.

—Max espera —dijo este alargando la mano para alcanzarle, pero él se zafó con brusquedad—, no te vayas tío, tenemos que arreglarlo...

Max solo pudo mirarle con desprecio, todo el que sentía hacia ellos, pero sobre todo hacía sí mismo. Eran unos monstruos, hacía siete meses se habían convertido en unos seres abominables. No dijo nada, solo cogió una pequeña maleta y se marchó de ahí, dejando parte de su vida atrás, cerrando un círculo que había empezado cinco años antes, con la loca idea de Heit de trasladarse a la gran ciudad.

Tan solo con una semana de diferencia se fue, siguiendo los mismos pasos que había recorrido Lena, escaleras abajo, cruzando la calle, sin mirar atrás, sin saber qué hacer con su vida y cómo seguir hacia delante.

Capítulo 2

Abrió la ventana y volvió a tirarse sobre la cama revuelta. Esa habitación necesitaba una mano de pintura y una remodelación por completo con carácter de urgencia. Pero su estancia allí era solo temporal, o eso se repetía cada vez que le asaltaban los demonios susurrándole «¿qué mierda has hecho con tu vida? ¿Dónde han quedado tus grandes planes?».

Miró desde su posición horizontal a ese póster con una impresionante chica ligera de ropa, apoyada sobre el capó de un deportivo negro. Esas eran las cosas que le gustaban en la adolescencia. Coches y mujeres. Mujeres y coches. Y ver a esa modelo de medidas perfectas, de voluminosos pechos operados desafiando a la gravedad y anchas caderas, le hacían pensar en Lena. Ella era todo lo contrario, menuda, delgada, y sin embargo mucho más explosiva y apetecible que esa rubia de 90-60-90.

Le había costado un mundo regresar a esa casa, pero una vez que salió del apartamento donde había vivido los últimos cinco años, supo que no tenía otro lugar a dónde ir. Y en el fondo, necesitaba reencontrarse de nuevo con esa persona que había sido, y que se había perdido en el camino.

No podía dejar de pensar en ella, algunos recuerdos le hacían sonreír y otros conseguían abrir un boquete en medio de su pecho, como si un agujero negro absorbiera todo a su alrededor, la luz, las risas, los buenos y malos momentos... Cuando eso ocurría, se obligaba a seguir pensando en ella, en todo lo que habían vivido, porque no quería olvidarlo, recordarla era la manera de no volver a cagarla. Estaba dispuesto a ello, aunque significara seguir sufriendo.

Sentía añoranza por los momentos a su lado, las tardes acurrucados bajo las sábanas, los besos y las caricias. Intentaba rememorar el momento exacto que se había enamorado de ella, pero no alcanzaba a identificar uno solo, seguramente que había sido con el paso de los días, cuando fue conociéndola, cuando su dolor traspasó más allá de sí misma y llegó hasta él. Al principio solo podía ver la parte morbosa del trato, sin embargo pronto se dio cuenta de que tras ese contrato había mucho más, por ejemplo, una chica preciosa a la que la vida no le sonreía.

Recordó el primer beso que surgió de improvisto, de un modo impulsivo y que le cogió totalmente por sorpresa. Fue la primera tarde que sacó la guitarra

y se sentó en el sofá para arañar las cuerdas despacio, Lena apareció en el salón, parecía que dudaba, como si en ese poco tiempo ya se hubiese habituado a tener que pedir permiso para todo. Max la miró y sonrió, ese simple gesto debió infundirle el valor suficiente para adentrarse en el salón y sentarse junto a él en el sofá. Descubrió que ella le miraba con un inusual brillo en los ojos, un destello de luz diferente al que veía cuando se la follaba, o cuando la obligaba a dejarse follar. En ese sofá, mientras ella escuchaba su música, le pareció que estaban más juntos. Siguió tocando para ella durante mucho rato, ya ni se acordaba de cuantas canciones fueron, lo que sí recordaba era que cuando terminó y enfundó el instrumento, en el instante exacto en el que se levantó y tiró de su mano para que ella hiciera lo mismo, Lena le besó. Fue un beso dulce, cálido, uno de los que erizan la piel, él acarició su cabello y la aferró por la nuca para darle más intensidad a ese beso y se perdió en el mar de sensaciones que sus labios le mandaban.

En ese momento supo que se había enamorado, así que no recordaba el instante exacto en el que su corazón había decidido amarla, pero podía rememorar casi a la perfección el momento en el que se dio cuenta de ello. En ese salón de pie frente a ese sofá, cuando sin pedírselo ella le besó.

«Me ha encantado escucharte tocar» susurró Lena con un hilo de voz entrecortada. Max no se acordaba qué le había respondido, a lo mejor no lo había hecho, solo recordaba que desde ese día, empezó a mirarla con otros ojos. A pesar de eso dejó que todo continuara... y ahora, con el paso de los meses, sus recuerdos más dulces se mezclaban con los más calientes y estos con los amargos, como si fuese incapaz de separar dentro de su cabeza lo que sintió, lo que hizo y lo que debería haber pasado.

Se giró sobre sí mismo y cerró los ojos de nuevo, dispuesto a seguir durmiendo unas horas más, sin embargo de nuevo la imagen de Lena se le apareció, tan nítida y real, que estaba seguro de que si alargaba la mano podría llegar a rozar su tersa piel. Era preciosa. Con esos ojos castaños tan expresivos, su larga melena siempre perfectamente peinada, al menos antes del sexo, después solía ser una maraña de cabello y sus mejillas que se tornaban tan rosadas que parecían la manzana que durmió a Blancanieves. Sonrió con amargura. Esa sedosa melena a la que solía aferrarse cuando se la follaba por detrás, tirando de ella, haciendo que tuviera que alzar la cabeza hasta una posición casi imposible, mientras él disfrutaba de su cuerpo como un auténtico animal. Y ese pensamiento le llevó a otro, y ese a otro... y en la mayoría de ellos, Lena permanecía desnuda, en horizontal o vertical pero siempre sumisa

y entregada mientras él daba rienda suelta a sus más bajos instintos, se desfogaba con su cuerpo, en cualquiera de sus orificios. Pero ella nunca se quejó, nunca dijo nada, al contrario, parecía que disfrutaba, o al menos era más fácil pensarlo así.

La respiración de Max empezó a entrecortarse, excitación y dolor mezclados a partes iguales, agitados de tal modo que lo hacían un cóctel mortal, un tren a punto de descarrilar. Gruñó apretando los dientes, escondiendo su angustia entre los almohadones.

Era cerca de mediodía y la casa estaba totalmente vacía. Descendió los escalones y entró en la cocina para servirse un café, no se molestó ni en calentarlo. Se dejó caer con pesar sobre una de las sillas de madera dispuestas alrededor de la mesa donde solían desayunar y encendió el televisor. Fue pasando de una cadena a otra hasta que la apagó con asco tirando el mando sobre el mármol. De reojo miró la puerta que daba al garaje. Dejó la taza sobre la encimera y se encaminó hacia allí como atraído por una fuerza desconocida. Le sorprendió verlo todavía ahí colgado. Después de esos cinco años pensaba que su padre se habría desecho de él, sobre todo porque siempre se quejaba del espacio que ocupaba y lo mucho que le molestaba cuando tenía que apartar el coche dentro.

Dio un primer golpe fuerte y seco, justo en el medio del saco. Había pasado largas horas en el mismo punto en el cual se encontraba en ese instante. Sintió dolor en los nudillos, pero el saco apenas se movió. Retiró la mano y con rapidez lo volvió a golpear un poco más fuerte. No le hizo falta un exceso de imaginación para visualizar la cara de Heit en el medio, como si fuese una diana, el blanco sobre el que vomitar todo el odio que le oprimía el pecho y apenas le dejaba respirar. Golpeó de nuevo con el mismo puño y después cambió de mano. De vez en cuando interrumpía la lluvia de golpes para detener la oscilación del saco y así poder volver a empezar. No dejó de golpearlo ni cuando gotas de sangre empezaron a caer al suelo desde sus maltrechos nudillos, que a esas alturas estaban ya en carne viva, manchando las baldosas del suelo. Siguió una y otra y otra vez más hasta que una mano lo agarró y tiró con fuerza de él para apartarle y sacarle del trance en el que se había sumido.

Se giró pegando un hondo alarido, nacido del mismo centro de sus entrañas y dispuesto a seguir con los golpes contra quien estuviera a su espalda, pero cuando vio el sereno rostro de su padre, solo pudo que dejar caer los brazos en actitud derrotada y echarse a llorar, dejándose abrazar por aquel hombre

que lo había criado y le había enseñado unos valores que no sabía dónde se quedaron.

No dijo nada mientras le curó las heridas. Ninguno de los dos lo hizo, se mantuvieron en riguroso silencio hasta que su madre regresó e inundó la casa de gritos. Esa noche durmió con dolor, pero algo mejor.

La salida del sol le descubrió ya despierto sobre el colchón. Le gustaba la paz que se respiraba en ese lugar, el aire fresco que se colaba a esas horas por la ventana. Cerró los ojos y sin tener que esforzarse mucho, rememoró las caricias de Lena sobre su cuerpo, los besos, el olor que desprendía su piel.

—¡Ya está bien! —le reprendió su madre abriendo la puerta de par en par sin llamar— ¡Esto no puede seguir así, Maxwell! ¡¿Pero tú has visto como está todo!? ¡¡Esto parece una pocilga!!

—Joder, déjame en paz mamá.

—¡No digas tacos! —le regañó— Si vives bajo este techo acatarás mis normas.

Y esa frase, esa simple frase tan usada por todos los progenitores del mundo, le catapultó a esa tarde, ese contrato, esa temblorosa Lena firmando su sentencia de muerte bajo su expectante mirada. Sí, Heit no había mentido al decir que la idea había sido suya, él les había condenado a todos, pero sobre todo a ella.

—¡Max! —exclamó su madre palmeando las manos frente a su cara para llamar su atención— Ya está bien hijo, no quiero verte así, ¿se puede saber qué es lo que ha pasado con esos dos?

—Nada, ya te lo dije, tenía ganas de volver a casa.

—Nunca has sabido mentir —susurró su madre desviando la mirada a las heridas de sus manos, resoplando de nuevo y rememorando esos años que pensaba que ya habían quedado atrás—. Venga ¡vístete!

—¿Qué? ¡No!

—Maxwell no hagas que me enfade todavía más, ¡levanta de la cama ya! Hoy empiezas a trabajar.

—¡Y una mierda!

—¡Esa boca jovencito! —le reprendió de nuevo— He aceptado dos alumnos más en la academia para clases de verano, así que levanta el culo de la cama, deja de compadecerte por lo que sea que te ha pasado y ¡ponte las

pilas! Llorando no se arreglan las cosas, se arreglan trabajando.

—¿En la academia? —cuestionó.

—¡Dónde sea! La cuestión es trabajar.

Max no lo podía creer, ¿en la academia? Rebufó, pero antes de terminar de soltar todo el aire de sus pulmones en ese soplado la palma de la mano de su madre se estampó con gran estruendo sobre su nuca. Una punzada de dolor nació en ese punto y se extendió por toda la cabeza.

—Auch...

—Jamás entenderé por qué narices te marchaste, desperdiciando todo tu talento en una maldita tienda de ordenadores, pero ahora que has vuelto, no voy a dejar que tires tu vida a la basura. ¡Tú eres músico! No sé qué te ha pasado con John y Heit, pero me alegro. Nunca me han gustado esos dos.

—Joder —rezongó molesto.

—Max, ¿es qué no lo entiendes? —preguntó con pesadez y preocupación—
Vístete —le ordenó alzándose de la cama donde se había sentado—, empiezas a las diez.

Eran las diez menos cinco. Max se pasó las manos por el pelo, dudó si recogerlo o dejarlo suelto, estaba nervioso. Intentó calmarse, pero lo primero que le vino a la mente fue que a Lena le encantaba cuando lo llevaba suelto, le gustaba pasar los dedos por entre sus rizos y él adoraba cuando hacía eso. Ese pensamiento no ayudó a templar su nerviosismo. Se sentó en la silla para a los pocos segundos volverse a alzar. Miró a la puerta de la pequeña aula que le habían asignado. Recordó entre nostálgico y hastiado, todas las tardes que había pasado entre esas paredes, hora tras hora, día tras día, semana tras semana... Mientras todos salían a jugar él estaba ahí encerrado, piano, guitarra y violín... Su infancia había sido tan encorsetada que en el instituto no tardó en empezar a revelarse y meterse en líos. No era que pretendiera llamar la atención, es que ansiaba hacer algo más de lo que hasta entonces había hecho. Cuando Heit le ofreció la oportunidad de vivir una experiencia tan diferente no lo dudó, necesitaba irse y reinventarse a sí mismo, ser otra persona, alguien nuevo. Para su madre había sido un fracaso, una decepción, sin embargo como siempre, sus padres le apoyaron en su decisión de marcharse, aunque para ellos no hubiese sido la correcta. Se fue a la ciudad para empezar esa «nueva vida», enseguida encontró trabajo en la tienda de

informática y eso ya le valió. Hay quien hubiera pensado que se estaba conformando, y bien podía ser, pero esos cinco años no habían estado tan mal, a excepción de las últimas semanas, claro. Ahora no le gustaba ese nuevo yo, y necesitaba, casi desesperadamente volver a ser quien siempre había sido. Un tío legal, amigo de sus amigos, alguien respetuoso, con valores y principios y no el animal salvaje sediento de sexo y...

La puerta se abrió y su corazón dio un respingo.

—¿Eres Maxwell?

—¡Joder! —exclamó sorprendido, y todos esos buenos pensamientos de su reencontrado yo se evaporaron casi en el instante en el que sus ojos se posaron en ella— Supongo que tú eres Georgina ¿no?

Frente a él estaba una chica que rozaría la mayoría de edad a duras penas, con penetrantes ojos color miel, melena oscura y rizada y una ensayada sonrisa totalmente seductora. Max se apartó de la silla tropezando con otra y al hacerlo casi tiró al suelo todos los papeles que había intentado ordenar sobre la mesa dispuesta en el centro del aula. La chica lo observó moverse nervioso y no pudo evitar reír.

—Ah, qué bien, ya has llegado, Georgina, él es Maxwell, tu nuevo profesor de guitarra —dijo la madre de Max entrando en la pequeña aula—. No te dejes engañar por esas pintas de andrajoso, es un músico excelente. Al final ha habido un cambio de última hora —le susurró a su hijo al oído— y solo vendrá ella de momento. ¡Bueno Georgina! Espero que disfrutes de la clase —exclamó jovial—, cualquier cosa que necesitéis estoy fuera.

Georgina sonrió de manera tímida y tomó asiento en la silla vacía bajo la atenta mirada de su nuevo profesor. Este tragó saliva, los nervios se lo iban a comer. Odiaba enseñar música, era algo absurdo, la música se sentía, no se enseñaba. Se levantó de la silla y tomó una de las guitarras que había en el aula, y al hacerlo, todo se le vino encima. Todas esas tardes con Lena sentada en el sofá, tocando solo para ella, mirándola embelesado, sintiéndola tan cerca y tan suya, pensaba que estaban unidos por algo más que un contrato, para poco después de enfundar el instrumento, volver a sentir que un abismo les separaba.

—Max...

—Perdona, Georgina —se disculpó por ese pequeño momento de ausencia
—. Está bien, enséñame qué sabes hacer.

Las dos horas pasaron de manera tediosa. Estaba claro que Georgina no sentía gran pasión por el instrumento, puede que ni por la música en general. Max dejó la guitarra apoyada sobre la silla y ayudó a la chica a quitarse la correa que rodeaba su cuello. Su piel olía a coco.

—Bueno, para ser el primer día... —susurró intentando esconder su contrariedad.

—Mientes fatal.

—Eso dice mi madre —rio por primera vez en las dos horas.

—Si tengo que ser sincera, no me gusta demasiado la guitarra, lo hago por hacer algo y que mis padres no me atosiguen todo el día.

—Bueno, no lo has hecho tan mal, de verdad.

—Pensé que las clases serían un calvario, pero puede que terminen gustándome y todo —dijo con un tono de voz que a Max le fue difícil concretar
—. Nos vemos mañana, profe.

Y así se sucedieron los días siguientes a ese, uno tras otro, después de Georgina un par de alumnos más. No era tan malo.

Cuando se levantó esa mañana se sentía algo mejor, algo más contento. Al final su madre le había conseguido más horas de clase y a medida que habían pasado las semanas, estaba más animado. Puede que sus padres tuvieran razón y jamás debería haber dejado de lado la música, había nacido para ello, o eso era lo que le habían dicho desde pequeño.

Terminó de enfundarse las deportivas y recogió el pelo con una goma. Bajó los escalones de dos en dos y entró en la cocina. Su padre leía el periódico como todas las mañanas, y su madre, sentada al lado, miraba la televisión. Siempre había sido así, desde que tenía uso de razón, esas eran sus mañanas, aunque él había cambiado el bol de cereales por un café.

—¿Sales?

—A correr.

—¿En serio? —preguntó su padre alzando los ojos del periódico con media sonrisa pintada en el rostro— Me alegra verte más animado.

¿Realmente estaba más animado? Unos kilómetros después tenía el corazón saliéndosele por la boca. Paró un segundo a respirar, en esas semanas en casa había perdido mucho fondo, puede que ya fuese hora de retomar también el gimnasio. No podía borrar lo ocurrido, pero podía intentar seguir adelante, aunque eso supusiera un esfuerzo casi titánico. Una ducha rápida le valió para desentumecer sus músculos y con renovadas energías salió en dirección a la academia de música. Quién se lo iba a decir, qué cinco años después, sería capaz de retomar la vida más o menos en el mismo punto en dónde la había dejado al decidir irse a vivir con sus amigos. Ahora, con la distancia, veía esa decisión como un paso atrás, aunque necesario, pues había aprendido mucho, sobre todo de Lena y lo que habían vivido juntos.

Saludó a su madre que llevaría ya un par de horas allí arreglándolo todo. Entró en el aula, la de los lunes era una un poco más grande, ya que en las clases teóricas había decidido juntar a todos sus alumnos. Repasó la partitura que había elegido y dejó una frente a cada silla. En total eran cinco en clase.

Max empezó con su explicación, se notaba que su actitud era diferente, puede que fuese por el gran poder de adaptación al medio que poseía y que le ayudaba a encajar allí donde se encontrara. O simplemente porque le encantaba, eso sí le llenaba y no vender ordenadores, por los cuales nunca había experimentado especial interés. Estaba sentado, todos los chicos buscaban la respuesta a la pregunta que acababa de formular al aire y de pronto lo notó, una mano en su muslo que se movió en pequeños círculos hasta alcanzar la zona central de su cuerpo, que enseguida y en respuesta a ese estímulo, se endureció. Tragó saliva con dificultad y alzó la mirada para cruzarse con la de Georgina, una mirada encendida, vidriosa que acompañó con el sutil pero elocuente gesto de humedecer sus labios. La chica apretó la mano y empezó a moverla de manera disimulada pero enérgica mientras el resto de alumnos seguían pendientes de la partitura.

Su mente se nubló, pero no lo suficiente como para no mirar al resto de la clase y asegurarse, de que nadie estaba siendo consciente de lo que bajo esa mesa sucedía. Un vaivén enloquecedor sin ritmo concreto, pero con un firme agarre, con el que Max sintió que si no detenía eso pronto iba a estallar. Y lo intentó, al menos su mente le instó a poner freno, pero cuando fue a actuar para que ella parara, algo lo detuvo a él.

—¿Puede que... en el segundo compás de la tercera línea? —dijo uno

alzando la mirada tomándole totalmente desprevenido y por un segundo sin saber de qué hablaba el chico.

—Ahhh —balbuceó Max a punto de perder el control— sssííí... exactamente —confirmó y ahora sí, con un rotundo gesto apartó la mano que ahora estaba intentando colarse por la bragueta abierta del pantalón.

—Ya son las doce profe.

—Está bien —consiguió decir sin que los nervios le traicionaran—, nos vemos el próximo día.

Max miró el reloj más por hacer algo que por necesidad de confirmar que hora era. Todos se levantaron menos él, no podía, la evidencia del delito le delataba. Los vio como guardaban las carpetas, como alguno consultaba el móvil o como hablaban entre ellos. Los veía entre brumas, como mero espectador de una escena un tanto irreal. Estaban a punto de salir todos cuando...

—Georgina —llamó alzando la voz sobre las del resto de chicos—, ¿puedes quedarte un momento? Quiero comentarte algo.

—Claro profe —respondió la aludida con una mueca divertida.

Dudó. Cuando la puerta se cerró la miró un segundo, y esa ínfima porción de tiempo le valió para obtener lo que buscaba y lo encontró en forma de una taimada sonrisa. No dio tiempo a nada más, se abalanzó sobre ella y la empujó hasta hacer rebotar su espalda contra la pared de manera poco delicada. Buscó confirmación en su mirada y la obtuvo cuando los jadeos de Georgina se entremezclaron con esa sonrisa enloquecedora.

Buscó su piel subiéndole la falda, recreándose un instante en sus bronceados y perfectamente definidos muslos, ella dio un salto aferrándose con ambas piernas alrededor de su cadera. A esas alturas tenía ya un máster en deshacerse de los pantalones en un tiempo récord. Como si los hiciera desaparecer. Solo necesitó apartar un poco la ropa interior de ambos para colarse en su interior. Estaba encendido y ella totalmente mojada. Dio un primer embiste conteniendo todas sus ansias, calibrando hasta dónde podía llegar con esa chica, pero Georgina empezó a moverse exigiendo un ritmo más rápido, más profundo, mucho más bestial. Max comenzó con ese delicioso mete y saca, sin compás y con brutalidad, la espalda de ella rebotaba a cada penetración, llenando el aula de una improvisada clase de percusión. Sus

jadeos se entre mezclaron en perfecta sintonía y cuando a punto estaba de correrse se apartó de golpe para derramarse sobre ella, manchando la cara interna de sus muslos y parte de su ropa interior.

—¡Joder! —gruñó pellizcando uno de sus pechos por encima de la camiseta, pues ni tiempo había tenido de deleitarse con ellos.

—Buena clase profe —susurró Georgina con una sonrisa, mientras se recolocaba el tanga y pasaba la mano por el semen de Max que se le resbalaba hacia abajo.

—Puede que necesites alguna clase extra ¿no?

—Claro profe, se lo comentaré a mis padres.

Cuando ella se fue se dejó caer sobre a silla más cercana, ¿qué acababa de hacer? Resopló y se recolocó la aún evidente erección. Había sido un polvo bestial, con el morbo añadido de que su madre les pillara. Se sintió rejuvenecer unos cuantos años, cuando se encerraba en la habitación con la excusa de estudiar y ponía la música a todo volumen para meterle mano a alguna chica. Todo fue a mejor cuando se pudo comprar su primer coche, sonrió al recordarlo, la de cosas que habían visto los asientos traseros de su viejo Ford. ¿Qué habría sido de él?

Sacudió la cabeza y se cabreó consigo mismo, pues una vez más, había dejado aflorar esa parte de él que no le gustaba.

Salió del trabajo un poco antes de la hora de comer, tenía hambre, pero aun así, decidió dar un rodeo para ir hacia la casa de sus padres. Tenía mucho en qué pensar y caminar, aunque fuese bajo ese sol abrasador, le ayudaba a centrarse un poco. Si decidía quedarse allí, cosa que todavía no tenía del todo clara, debería buscar un piso. Y eso no se pagaba con cuatro clases particulares a la semana. Necesitaba un trabajo con el que poder mantenerse. El sol apretaba a finales de ese mes de junio y el calor era ya asfixiante a pesar, de que llevaban toda la semana anunciando lluvias, pero en el cielo no se veía una sola nube.

Justo cuando parecía que estaba recobrando, al menos en parte y a excepción de ese fortuito polvo, el control de su vida, lo vio. Estaba de pie, cerca de la entrada principal del parque del pueblo, que junto a la plaza eran el centro neurálgico de esa pequeña ciudad. Daba la sensación de que estaba esperándole, como si supiera que él pasaría por allí. Max lo reconoció a pesar de la distancia, y no pudo evitar que todo su cuerpo se tensara y sus manos se

cerraran formando dos fuertes puños. Dudó en si dar la vuelta y modificar la ruta que había elegido, o enfrentarse a él. Y se decidió por lo segundo, que sin duda era lo menos sensato, pero necesitaba saber, no solo qué hacía allí, sino si había pasado algo e incluso, si había tenido noticias de Lena.

—Hola —saludó sin más, como si nada hubiese pasado, y Max sintió ese simple saludo como un insulto, un escupitajo en medio de la cara, pero no dijo nada, solo lo observó—. ¿No vas ni a saludarme?

—¿Qué quieres Heit?

—Solo quería verte.

—Ya me has visto —le espetó Max.

—Necesitaba ver cómo estabas —dijo en voz baja Heit.

—De puta madre —soltó entre dientes Max.

—Ya veo.

Los dos se observaron un instante más, formulando en su cabeza exactamente la misma pregunta, con idénticas palabras, con la misma respuesta si alguno de los dos se atreviera a pronunciarla en voz alta. Pero esa muda pregunta, ese: «¿Has sabido algo de ella?», murió en sus mentes antes de que ninguno se atreviera a verbalizarla y ponerle voz.

—¿Eso es todo? —inquirió Max con impaciencia.

Heit le observó, pero no pudo decir nada, a decir verdad, no sabía ni qué hacía allí, así que optó por apartarse del camino de su «ya no amigo» y dejarle marchar. Lo siguió con la mirada hasta ver cómo se perdía calle abajo, y decidió marcharse él también antes que alguien le reconociera, no tenía ganas de relaciones sociales con viejos conocidos, mucho menos de fingir alegrarse de saber de su vida y esas estupideces propias de los pueblos de mala muerte como ese. Dio media vuelta, pero cuando adelantó un par de pasos volvió a mirar en la dirección por donde se había ido Max. Se maldijo por no haber sido capaz de preguntarle por Lena. Si ella fuese a llamar a alguno de los tres, seguramente el afortunado sería Max, puede que incluso John, era plenamente consciente que jamás le llamaría a él. Y ese dolor ya perpetuo en su pecho se acrecentó un poco, justo en el momento que subía a su coche y pisaba a fondo el acelerador para alejarse de allí.

—Maldito gilipollas —masculló Max al girar la esquina sintiendo cómo crecía su indignación a pasos agigantados.

«¿A qué había ido allí?» se preguntó, al tiempo que pateaba una piedra que salió disparada hasta rebotar contra el muro, ¿solo a joderle? Estaba claro que no tenía noticias de Lena, le había dejado muy claro que no intentara buscarla, pero... ¿y si era ella la que le había buscado a él? Paró su errático caminar de golpe, ¿había ido Heit hasta allí para decirle eso? No, ¡no! Imposible. Max se sentó en el banco de la parada del autobús hundiendo el rostro entre las manos, buscando una respuesta que no tenía. Entonces pensó que le había visto con muy mala cara. Heit le había parecido cansado, sin duda mucho más demacrado de lo normal, siempre había sido, bajo su punto de vista, un pálido debilucho, sin embargo ahora estaba mucho peor. Tan solo se había fijado en él unos pocos segundos, pero había sido el tiempo suficiente para advertir los surcos violáceos bajo sus ojos, y...

—¡Joder! —exclamó entonces— ¿Heit con ropa deportiva?

Max se levantó de pronto y corrió en la misma dirección por la que había llegado, no paró hasta el punto exacto dónde había visto a Heit minutos antes, pero no había rastro de él. Pivotó sobre su propio eje, haciendo una perfecta esfera de 360°, pero no lo vio por ningún lado, aunque no podía estar muy lejos, rápido, lo que se decía rápido no era. Cayó en la cuenta entonces de que podía llamarle, y así lo hizo, sacó el teléfono del bolsillo trasero de sus vaqueros y buscó desde la agenda el número, pero para su sorpresa, una voz femenina metálica, le informó que ese teléfono ya no era cliente de esa compañía.

—¿Qué diablos...?

Pensó en llamar a John, de hecho, su dedo buscó su nombre por la pantalla de la agenda, pero cuando estaba a punto de deslizar su fotografía hacia el icono verde, desechó la idea. No quería saber nada de ellos, no quería saber nada de lo que estuvieran haciendo, no quería saber por qué Heit había ido a verle, no, no quería. Prefería no saber. Quería intentar retomar su vida sin saber nada de ellos.

Volvió sobre sus pasos hasta llegar a la casa, su padre lo vio entrar

cabizbajo y tan ausente como había llegado semanas antes, totalmente derrotado. Dudó en preguntarle, pero prefirió dejarle su espacio, Max siempre había sido muy reservado para sus cosas y agobiarlo nunca había dado buen resultado. Escuchó como su hijo se encerraba en su habitación y poco después los primeros acordes de la guitarra llegaron hasta el salón. No sabía qué había pasado con sus amigos, pero estaba claro que parecía algo, que a su hijo le iba a costar superar.

Max pasó las siguientes horas enfrascado en su guitarra y sus canciones. Dejó la mente en blanco y se abandonó a cada melodía que nacía en su subconsciente, la música siempre había sido un bálsamo para él, por ese motivo había intentado que también lo fuese para Lena. Con sus tardes y sus canciones, solo pretendía aliviar un poco más todo el dolor que ella debía llevar dentro, incluso antes de conocerles. Tardó en entenderlo, le costó ver más allá de una chica que vendía su cuerpo y cuando lo hizo, comprendió el duro camino que habría recorrido para llegar hasta allí, hasta ese sofá en el que sentada escuchaba, y se dejaba abrazar por la música igual que estaba haciendo él en ese instante.

Su móvil emitió un zumbido pero lo ignoró, enfrascado como estaba en sus recuerdos y canciones. El segundo pitido le pareció molesto, pero el tercero le hizo sentir ganas de coger el móvil y tirarlo por la ventana abierta. Dejó la guitarra sobre la cama y lo agarró con bastante poco tacto, encendió la pantalla y vio el icono verde del *WhatsApp* encendido, deslizó el dedo para ver quién era y le sorprendió un número que no tenía en la agenda.

—¡Su puta madre! —exclamó al abrir y ver el mensaje.

En la pantalla una muy sugerente foto le invitaba a hablar. Miró la imagen de nuevo y reconoció en ella a su «alumna estrella». Tragó saliva. La aplicación de mensajería le preguntaba si aquello era *spam* o si deseaba bloquear al interlocutor. Max volvió a fijar la vista a la pantalla, «menudo cuerpazo» pensó. La verdad era, que la foto era muy provocativa, la ropa interior bien elegida y el ángulo totalmente estudiado. Podría decirse que se lo pensó, dudó, meditó, barajó pros y contras... Pero no, no hizo nada de eso. Max aceptó el mensaje, guardando el número en la agenda y respondió con un: «No puedo hablar, lo que sí puedo es mirar»

Y miró, vaya si miró. Al poco rato su polla ya estaba completamente dura viendo como Georgina bailaba y se iba quitando la ropa poco a poco para él.

Lo hizo de un modo perfecto, insinuante, como si no fuese la primera vez que se desvestía para ojos ajenos, acompañando ese quitar de ropa con golpes de cadera, movimientos cadenciosos y un ronroneo incesante de jadeos de satisfacción... Podía perder la cabeza, si seguía mirando ese espectáculo incluso terminar perdiendo la razón, pero, ¿qué importaba? Ella recorría su propio cuerpo con las manos y él jugaba a imaginar que esas que ahora profundizaban en el interior de sus muslos eran las suyas. Que esa boca en la que había introducido uno de los dedos, para degustar su humedad, era la suya. Se moría de ganas de degustar ese cuerpo, pues ese primer polvo había sido tan rápido, que ni tiempo de deleitarse en él había tenido. Pensó en lamer cada parte de su anatomía, reseguir con la lengua y los dedos cada centímetro de su piel, morder cada rincón... A esas alturas, mientras movía arriba y abajo su mano debajo del bóxer, le quedó claro de que iba a cometer de nuevo una locura. Seguramente no podría evitarlo, no era suficientemente fuerte como para decir que no.

Capítulo 3

Era verano y el calor apretaba cada vez con más fuerza. Max pasó el dorso de su mano por la frente para retirar el sudor que había empezado a colarse dentro de los ojos.

—Solo nos estamos divirtiendo, ¿qué hay de malo en eso? —preguntó Georgina subiéndose las braguitas y retándole con la mirada.

Como cada vez que estaban juntos, Max parecía preso del arrepentimiento, parecía que hubiese algo que no le dejara disfrutar del todo de la situación. Él la miró desde la cama y un escalofrío recorrió su espalda. Podría explicarle muchas cosas del sexo y del divertimento, y sabía que, muchas veces, esos dos conceptos no iban de la mano. Se sacudió todo eso de encima o al menos lo intentó. Tenía frente a él a una chica preciosa, divertida y sexualmente muy desinhibida, y solo podía pensar en Lena. Y cada vez que follaba con Georgina se sentía cortado e intentaba ir con pies de plomo con ella, para procurar no hacerle daño, no ser extremadamente brusco, trataba de no dejar salir a ese animal que sabía que dormitaba dentro de él. Intentaba hacerlo bien, dentro de lo indecoroso de la situación, pues era su profesor, algo que a ella le encantaba recordarle. Sin embargo cada vez que la besaba, la acariciaba o se corría en ella, era en Lena en quién pensaba. No podía evitarlo, estaba pasando a ser una insana obsesión.

—Supongo que nada —respondió, al fin y al cabo, eran dos adultos disfrutando del sexo. Se levantó de la cama con intención de empezar a vestirse.

—¿Se puede saber qué es lo que te pasa entonces? —inquirió ella plantándose frente a él con ambos brazos en jarra esperando una explicación.

—Es complicado Gi.

—Las tías se supone que somos las complicadas, no vosotros, no me quites mi papel —contestó ella con una sonrisa traviesa.

Max no pudo evitar sonreír y cogiéndola de improviso la lanzó de nuevo contra la cama para saltar después sobre ella y aprisionarla bajo el peso de su

cuerpo.

—¿Qué pretendes... profe? —susurró con lascivia Georgina, mientras lamia con la punta de la lengua sus labios.

Max enloquecía siempre que ella hacía eso, cada vez que le llamaba profesor, o como esa misma tarde, cuando en medio de la clase se había entreabierto de piernas para mostrarle que no llevaba ropa interior. Esa situación hacía que se volviera loco. A sus casi veintisiete años no era que fuese mayor, pero ella era una niña, a pesar de eso no podía evitarlo, no tenía del todo claro si lo que sentía era atracción hacia esa indómita chica, o hacia la situación *per se*. Jamás le había gustado el rollo Lolita, pero reconocía que, toda esa situación le tenía encendido.

—No sé, dímelo tu Gi...

—Creo que pretendes follarme —rezongó despacio con la voz encendida—. Creo que quieres hacerme gritar de placer...

—Claro que quiero que grites... —susurró pausadamente para justo después morder el lóbulo de su oreja— ¿Vas a gritar?

—No lo sé... eso depende de ti, ¿puedes hacerme gritar?

La penetró de nuevo, notando aún la humedad del polvo anterior, y lo hizo de manera rápida y profunda, mientras que sus dientes atrapaban y castigaban su pezón. Estaba a punto de volver a correrse cuando salió de ella y con un ágil movimiento la giró sobre sí misma, arrojándola de cara al colchón para penetrarla por detrás. Ella gritó, presa de la sorpresa y el dolor, y un orgulloso Max a su espalda seguía moviéndose, lo hacía cada vez a más velocidad, ella intentó relajarse y pronto esos quejidos y la molestia inicial que sentía se tornaron placer. Pudo sentir como se derramaba dentro de ella y eso la hizo gemir de puro éxtasis, se abandonó a ese orgasmo gritando su nombre entre jadeos. Max sonrió satisfecho, palmeó su trasero contento del trabajo bien hecho y se dejó caer sobre su espalda justo después.

—Joder, que burro eres —se quejó saliendo de debajo de su cuerpo.

—Puedo llegar a serlo más —gruñó Max, con la respiración todavía agitada—, dame tiempo, estoy saliendo de una relación complicada.

Georgina se levantó y recuperó su ropa interior para encaminarse después hacia el baño. Max la siguió con la mirada hasta que se perdió tras la puerta, y por un segundo, solo durante una fracción de segundo, estuvo tentado de gritarle que no cerrara la puerta, que quería poder ver todo lo que hacía allí dentro.

Con Lena todo era más complicadamente sencillo. No tenía que pararse a averiguar que era lo que ella quería o necesitaba, solo importaba él. O puede que eso fuese lo que Lena les había hecho creer, pues empezaba a tener sus dudas respecto a eso también. Aunque ya nada importaba, y comparar cada polvo con los cientos que había echado durante esos meses con Lena, era enfermizo. Tenía que lograr olvidarse de ella. Como si jamás hubiese existido.

—Esta noche saldremos —comentó casual Georgina, que volvía estar frente a él, ahora totalmente vestida.

—¿Quién?

—Unos amigos y yo, podrías venir —propuso poniéndole morritos y carita de no haber roto un plato.

—Creo que no —respondió Max.

—¿Por qué?

—Ahhhh —dudó, pero no se le ocurrió nada convincente, salvo la verdad, que no le apetecía salir, que estaba cansado, que no quería conocer a sus amigos y que lo único que le apetecía era ver una película mientras se tomaba una cerveza.

—Pasa a recogerme después de cenar —sentenció ella saliendo del dormitorio sin dejarle argumentar nada más y perdiéndose escaleras abajo—. ¡Que sepas que odio esperar, así que mejor que seas puntual! —gritó antes de salir de la casa.

—Hay que joderse —farfulló Max saliendo de la cama y tropezando con las deportivas.

Y lo hizo, claro que lo hizo, y procuró ser puntual.

Se sentía algo fuera de lugar. Y a pesar de que quiso no recordarlo, no pudo evitar que a su mente vinieran los *flashes* de esa última noche que salieron todos juntos. Tampoco es que hiciera tanto tiempo de eso. Lo bien que lo pasaron, todos, los cuatro, fue mágico. Ver a Lena bailar, beber, reír, los besos, las caricias. Cómo si todo fuese a ser posible, ellos, ella... Sorbió de nuevo el contenido de su vaso de tubo y perdió la mirada por el local. Lo

recordaba más grande y más limpio, «y también con menos gilipollas» pensó, cuando un niño le empujó para abrirse paso.

Había perdido de vista a Georgina hacía un rato, y cuando volvió a localizarla hablaba animadamente con alguna de sus amigas. Todas ellas recién iniciadas en la mayoría de edad, perfectamente uniformadas y Max no pudo evitar pensar en los clones de la Guerra de las galaxias, aunque en este caso con minifalda y casi enseñando las tetas. «Me estoy haciendo mayor» pensó, pasando la mano por el rostro intentando arrastrar así el cansancio. Apuró su bebida, pero no pidió otra. Caminó entre la marabunta hasta alcanzarla, tiró de su brazo para acercarla hacia él y pegarla a su cuerpo.

—Ohhh vaya —susurró ella girando sobre sí misma y poder quedar frente a él—, oh, oh, vaya... —volvió a decir llevando su mano al abultado paquete de Max.

—Como no voy a estar así —gruñó con voz encendida— eso que llevas no se puede considerar ni ropa.

—¿En serio? ¿No te gusta?

—¿Bromeas? Me pones a cien.

—¿No a mil?

Max le dedicó una media sonrisa.

La mano de ella atrapó su polla con descaro mientras sus labios no dejaban de sonreír de manera maliciosa.

—Tengo ganas de sentirte dentro —rezongó.

—¿Es una invitación?

—¿La necesitas?

Las manos de Max empezaron a ascender de manera pausada desde sus caderas hacía su breve cintura, donde se detuvo para apretarla un poco, anulando la poca separación existente entre ellos. La besó con ansias apretando su erección contra su pequeño cuerpo. A su alrededor todo se movía de manera acelerada, casi asfixiante. No le gustaba la música, pero no importaba, o más bien dejó de importar en el preciso instante en el que coló la mano bajo la ropa de ella para comprobar, como llevaba intuyendo desde hacía un rato, que no llevaba sujetador.

Tiró de su mano en dirección a una zona un poco más apartada. Tenía ganas

de hacérselo allí mismo, delante de todos, sin importar nada. Alzó el top dispuesto a mordisquear uno de sus pezones cuando alguien llegó por detrás de ellos y se acercó a Georgina para susurrar algo en su oído, después de un breve asentimiento de ella realizado con un leve gesto de su cabeza, ese chico, al que Max no tenía el placer de conocer, se acercó a la boca de «su chica», ella entreabrió los labios para aceptar en su interior esa nueva lengua. Max abrió mucho los ojos, preso de la sorpresa, pero la mano de Georgina se apretó con más fuerza alrededor de su polla y empezó con un vaivén enloquecedor, mientras su lengua seguía engullida por la de ese desconocido. Minutos después se apartaron y el chico se esfumó entre la gente, lo que no se detuvieron fueron las caricias de la chica sobre su zona de placer. Sus ojos se encontraron un instante, destilaban lujuria. Georgina se alzó sobre la punta de sus pies y buscó la boca de Max, y al besarlo, introdujo algo en su interior.

—Disfruta —le dijo. La voz de ella sonaba cargada de intenciones.

Dejó que ese «dulce» se derritiera en su boca, poco después, la cabeza le daba vueltas, pero de un modo diferente a lo que estaba habituado. Solía salir, beber y fumar, pero se consideraba un chico bastante sano, no estaba acostumbrado a ese tipo de diversiones. Pidió una nueva bebida y cuando se giró no divisó a Georgina por ningún lado. Sin embargo, no le importó. Terminó disfrutando de la noche más de lo que en un principio había imaginado. Bailó, bebió y socializó con esos nuevos amigos, también se reencontró con viejos conocidos que hacía mucho tiempo que no veía. Terminó la velada fumando un cigarrillo mientras volvía por el parque caminando tranquilamente. Cuando llegó a casa de sus padres despuntaban los primeros rayos de sol. Tenía que buscarse otro empleo, uno que le permitiera independizarse.

Tenia resaca. Y no, no iba a ponerse a recordar la última vez que la tuvo, ni en que cama se despertó, ni lo preciosa que le pareció Lena ese día cubriendo su desnudez tirando de la sábana. Se levantó de la cama a duras penas y se encerró en el baño para darse una larga y reconfortante ducha. Era domingo y no tenía nada que hacer, así que se lo tomó con tranquilidad, cosa que agradeció su agitada cabeza. Después de comer se tumbó en la cama para dejar que la aburrida tarde muriera para dar paso a una nueva semana. Podía tratar de combinar las clases en la academia con algún otro trabajo, aunque

solo fuese de manera temporal, necesitaba un piso, a poder ser sin tener que compartirlo con nadie, algo solo para él.

Llevaba ya un mes en casa de sus padres y recordaba perfectamente el motivo por el cual se había marchado de allí. Los quería mucho, a los dos, sobre todo a su madre, la adoraba por encima de todas las cosas, pero no les soportaba, de nuevo, sobre todo a su madre. Esa manía suya de querer controlarlo todo, de creer tener la razón en todo, de querer saberlo siempre todo. Era extenuante su manera de moverse por todos lados, como si fuese omnipresente, siempre estaba allí donde menos la esperabas, con su mirada inquisidora y su afilada lengua.

—¿Vendrás a cenar? —le preguntó parada en medio de la escalera mientras le observaba de manera reprobadora.

—No...

—Como tu respuesta sea un: no lo sé, te tragas la zapatilla —afirmó, y con gran habilidad y en una fracción de segundo que Max ni pudo observar, la alpargata de su madre pasó del pie a la mano. Era admirable la agilidad de esa mujer.

—Aaahhh —meditó— en estos momentos, madre, no puedo estar del todo seguro de si a la hora de cenar habré terminado con lo que me dispongo a hacer —trató de convencerla. «Bien jugado», pensó. No así su madre que con extrema puntería le lanzó la zapatilla—. ¡Auch! —se quejó llevando la mano al punto exacto donde había impactado.

—No vengas a cenar, porque no pienso cocinar para ti.

—¡Genial! —gruñó cogiendo las llaves y la cartera— Podríamos haber empezado por ahí y nos habríamos ahorrado todo este rollo.

—¡Estás insoportable! —le reprendió la mujer alzando la voz al menos dos octavas.

—Por una vez te equivocas, no lo estoy —corrigió abriendo la puerta de la calle de mala manera—, ¡lo soy! —afirmó categórico al cerrarla de un sonoro portazo.

—Y un cerdo —agregó su madre a la lista de sus más que visibles defectos al entrar en la cocina y viendo todo el desorden que había organizado su hijo—. No lo aguanto —le confesó a su marido—, le quiero mucho pero no le soporto —exclamó empezando a limpiar todo el estropicio.

Max desapareció calle abajo hasta la plaza, desde hacía dos días trabajaba

en una de las cafeterías que allí se encontraba. Era un trabajo divertido, aunque el trato con la gente no era lo suyo, nunca lo había sido, pero se esforzaba por mantener la boca cerrada, hablar lo menos posible, trabajar rápido y bien y con suerte cobrar a final de mes. Entre eso y las clases de la academia, que su madre le dejaba combinar a su necesidad, en un par de meses tendría para la fianza de algún piso, pequeño, sucio y a las afueras, sin embargo siempre sería mejor que seguir en la casa familiar.

Empezaba a odiar el olor a café, porque le transportaba a todas esas mañanas que no quería recordar porque aún se le antojaban dolorosas. Dejó el delantal colgado en el gancho de al lado de la puerta de la cocina y se despidió de Rosa, la dueña, antes de salir. Era media tarde y el sol lucía aún con altanería, diseminando por doquier sus asfixiantes rayos, no había dado ni dos pasos en el exterior cuando ya estaba empezando a sudar.

—¡No me lo puedo creer! —escuchó una voz, que le sorprendió a la espalda cuando casi alcanzaba la sombra— Me lo dijeron el otro día, pero...

Max se giró divertido cuando una mano se estampó con pocos miramientos sobre su hombro derecho, haciéndole sentir algo de dolor, aunque jamás se lo reconocería.

—¡Jayden! Te veo en forma —adujo tocando su hombro con disimulo.

—Por desgracia no se puede decir lo mismo de ti —rio el chico mirándole de arriba abajo, y soltando un resoplido al terminar la revisión ocular—. ¿Has encogido? Te veo más pequeño.

Max se irguió entonces, pero como siempre, Jayden abultaba bastante más que él. Habían sido compañeros desde tiempos inmemoriales, siempre compitiendo, sobre todo durante la adolescencia y ya de más mayores. Cualquier deporte les valía para sacar a relucir su vena más competitiva. Jayden era alto, un poco más que él, estaba claro que seguía machacándose en el gimnasio, llevaba el pelo un poco más corto de como lo había llevado en la universidad, aunque seguía igual de pelirrojo.

—Somos amigos de toda la vida, así que te seré sincero, no te voy a mentir... estoy en baja forma —comentó Max.

—La ciudad ha terminado contigo —dijo Jayden.

—Podríamos llamarlo así.

—Tendremos que hacer algo para remediarlo —rió Jayden y miró hacia la cafetería a donde se dirigía—. ¿Trabajas allí?

—Y en la academia de mis padres —respondió Max sonriendo ante la cara de contrariedad de su amigo—. No está tan mal. Y será temporal, hasta que pueda pillarme un piso. ¿Y tú?

—¡Ja! Lo mío es un sueño hecho realidad. ¿Tomamos algo mientras te doy envidia?

Max miró el reloj, tenía tiempo, poco, pero se moría de ganas de hablar con Jayden y saber qué había sido de su vida, y por qué no decirlo, pensar en qué habría sido de él si en vez de irse a la ciudad con John y Heit se hubiese quedado en el pueblo con Jayden y los demás.

—¡No! —exclamó Max dejando la segunda cerveza sobre la mesa y derramando en el ímpetu parte de ella— ¡Noooooooooooo! —volvió a gritar ante la cara de satisfacción de Jayden.

—¡Por supuesto que sí!

—Noooooooo... noooo pero... ese... ¡Ese era nuestro sueño!

—Uno de ellos sí —confirmó Jayden.

—Uno de tantos —recordó.

—Bueno espero que entre los tuyos no estuviera casarte con Diana.

Max soltó una carcajada, imaginarse a su amigo casado era algo que lo había pillado totalmente por sorpresa. Todo había cambiado mucho en esos cinco años. Una bofetada de realidad en toda la cara, el tiempo le aplastó, mientras él había estado fuera todo había ido siguiendo su curso, hasta Jayden. Todo había evolucionado, mientras él había permanecido en un *stand by* que ahora se le antojaba casi irreal.

—Te habría invitado, pero... bueno... fue algo sencillo —se excusó Jayden.

—No te preocupes —rió Max retomando la copa de cerveza— me alegro mucho, de verdad, Diana es una tía estupenda, y bueno... montar tu propio gimnasio... Supongo que tendrás cuotas para viejos amigos ¿no?

—El primer mes corre de mi cuenta —exclamó Jayden—. Me lo tomaré como un reto personal, tienes que recuperar la forma, estás hecho todo un

señorito de ciudad.

—Que cabrón —replicó Max sonriendo.

—¿Por qué has vuelto? ¿Nos echabas de menos? —inquirió Jayden.

—¡Claro! Al final todo termina cansando.

—Pues bienvenido de nuevo —sonrió Jayden apurando el último trago—. Pásate cuando puedas por el gimnasio, si no estoy yo está Diana.

—Pues casi mejor que esté ella... —comentó pícaro Max.

—No creas, es mucho más dura que yo —bromeó Jayden levantándose.

—Ha sido genial volver a vernos Jay —aseguró Max y encajaron las manos.

—No lo dejes más —bromeó lanzándole un directo al estómago— o no habrá milagro para ti.

Se separaron en ese punto, cada uno siguió hacia donde se dirigía antes de cruzarse.

La relación con Georgina, si es que era una relación, iba avanzando a pesar de no quererlo ni pretenderlo. Max se sentía algo desconcertado pues, a pesar de que lo pasaba bien con ella, y el sexo era, a su humilde parecer, muy bueno, no sentía nada. Y lo peor de todo, era que parecía que a ella le pasaba igual, o esa era la impresión que daba, como si ninguno de los dos pusiera verdadero interés en lo suyo. Era un estar por estar, sin albergar mayor ilusión o esperanza en un «algo más».

A principios de agosto, Georgina dejó las clases de guitarra, la verdad era que no se le daba nada bien la música, no tenía ritmo, ni oído y cero interés por las clases en general. Era mejor así, al menos para Max que la presencia de ella en las clases estaba empezando a ser una distracción total.

Max repasó por última vez uno de los ejercicios que les había puesto a los chicos, pasó las manos por su rostro, estaba cansado, apenas había dormido nada en los últimos días, y eso se le juntaba con la mudanza. Muchas de sus cosas seguían en el piso de John y Heit, jamás pensó en pedirles que se las devolvieran. Pero ahí habían quedado sus DVD, CD's, libros, ropa, fotografías y un sinfín de recuerdos. Pero no los quería. Solo eran cosas. Se marchó del piso con lo puesto y poco más, como Lena. Suspiró.

—¿Has terminado? —preguntó su madre entrando en el aula que ya estaba vacía de alumnos.

—Sí —respondió sin levantar la mirada de los papeles.

—¿Dormirás en casa?

—No creo.

—Pero, ¿ya tienes el piso amueblado?

—No necesito muebles mamá, solo un colchón y condones —dijo sonriendo, sonrisa que se borró de su rostro cuando su madre le golpeó en el brazo.

—¿De dónde has salido tan descarado?

—Pues tú sabrás...

—Tienes mala cara, creo que... —comentó su madre.

—Solo me estoy divirtiendo un poco —cortó y se levantó para recoger sus cosas.

—Está bien —resopló la mujer cansada, no quería discutir con su hijo—. Nunca me gustó la idea —soltó de pronto—, has perdido cinco años de tu vida haciendo nada —añadió con evidente enfado.

—Eso es un poco cruel ¿no? No he estado haciendo «nada» —se quejó Max—. Algo hice.

—Sí, tirar tu vida a la basura siguiendo a esos dos impresentables. Sabes que tengo razón —atajó la mujer antes de que su hijo la interrumpiera—. John es un buen chico, no digo yo que no, pero ese Heit siempre os ha arrastrado a los dos, ¡no me interrumpas! —espetó haciendo callar a Max que se dejó caer de nuevo sobre la silla intuyendo que la conversación iría para largo— Maxwell eres mi hijo, te quiero y siempre apoyaré todas las tonterías que se te ocurran, como la de dejarte el pelo largo que pareces una niña, pero desde que has vuelto estás triste, no eres tú, y yo no sé como ayudarte...

—Mamá... —bufó él— Estoy bien, de verdad.

—¡Pero cómo eres tan cabezón! —exclamó la madre.

—Pues porque me parezco a ti ¡jod... lines! —replicó hastiado.

—Eres insufrible hijo —dijo con pesar en la voz.

—Mami... —rezongó zalamero levantándose para acercarse a ella.

—¿Si?

—Nos vemos mañana —comentó saliendo del aula y dejando a su madre con la palabra en la boca. No quería ni podía explicarle a su madre qué era lo que había pasado entre ellos tres, porque de hacerlo aún la defraudaría más y eso era algo que no estaba dispuesto a aceptar.

Max paró un segundo para comprarse una de esas bebidas energéticas que

te mantenían alerta y pudrían por dentro. Tomó un sorbo y lo dejó sobre la encimera de su nueva cocina, para ser fieles a la verdad su cocina/salón/comedor/habitación, todo en uno. Era un piso pequeño, pero rehabilitado, un *loft* en el que la privacidad solo se encontraba en el cuarto de baño, pequeño y estrecho. Echó de menos el apartamento. Ese sitio le encantaba.

Tiró de su camiseta hacia arriba para tirarla al suelo, le dolía todo el cuerpo, a parte de los dos trabajos había empezado de nuevo a ir al gimnasio, y Jayden no mentía al afirmar que Diana era dura. Era una sádica que debía encontrar algún tipo de satisfacción en torturar a la gente. Seguramente Jayden había tomado demasiados esteroides y ahora no podía satisfacer ni a su mujer en la cama, por eso ella parecía resarcirse exprimiendo a los incautos usuarios del gimnasio al máximo, hasta hacerles llorar y pedir compasión. Era como una vampira, dispuesta a chupar hasta la última gota de la energía de quien se dispusiera a cruzar esas puertas, que empezaban a parecer las del Averno. Y con ese pensamiento entró y salió de la ducha.

Recuperó el refresco y lo terminó.

—¡Tenemos que hacer una fiesta para inaugurar el piso! —canturreó Georgina nada más entrar por la puerta, sin duda había sido un error darle una copia de las llaves.

—¿En serio Gi? —Max no pudo evitar soltar una estruendosa carcajada— Tú, yo y... —hizo un gesto elocuente con ambas manos, para evidenciar que en ese piso no cabría mucha más gente.

—¡No importa! En la azotea.

—¿Quieres que me echen antes incluso de haberme terminado de instalar? Firmé el contrato ayer, al menos demos margen de un par de semanas antes de crearme enemigos.

—Eres un soso —replicó haciendo un puchero.

Georgina era espontánea, divertida y alocada, cualidades muy desarrolladas debido a su corta edad. Era fascinante la intensidad con la que lo vivía todo. A veces era agotadora, pero a Max le encantaba, su verborrea, y sus ganas de comerse el mundo le valían para dejar de pensar durante un rato. Le apenaba saber que seguramente sería el mundo quien se la comiera a ella, pero no quería ser él el encargado de desilusionarla. Le quedaba poco para que se diera cuenta por sí misma, cuando a fuerza de ir cumpliendo años

fueran muriendo sueños.

—Esta noche hay un eclipse —dijo Max para cambiar de tema y que olvidara la locura de hacer una fiesta en ese pequeño habitáculo por el que pagaba casi todo su sueldo.

—¿Total o parcial? —preguntó Georgina.

—¿Importa?

—Supongo que no, solo es una excusa para follar al aire libre, ¿no?

Max volvió a reír. Georgina se sentó en el suelo con las piernas cruzadas como un indio, apoyando la espalda contra la pared. Sacó de su mochila un pequeño estuche y se dispuso a enrollar un par de cigarrillos sin tabaco. Max la observó desde la diminuta barra americana que separaba la cocina, tan pequeña que ni dos personas podían entrar a la vez.

—Deberías pintar las paredes —comentó ella.

—Me gusta este color amarillo —reflexionó él mirando la pintura.

—Creo que en su día fueron blancas.

—Pues yo las veo amarillas —dijo frunciendo el ceño meditabundo.

—Por eso digo que deberías pintar —respondió con una mueca de asco en el rostro, a saber por qué ese color blanco lucía ahora amarillento, y en ciertas zonas hasta anaranjado.

Max rodeó la barra y se dirigió a ella, que había encendido ya uno de los cigarrillos y guardado el resto en el neceser. Georgina empezó a soltar el humo poco a poco de entre sus labios, Max se afanó en atraparlo para que nada se escapara. Se concentró en las sensaciones que el humo producía en sus pulmones, y sabía que pronto nublaría su cerebro. Alargó la mano despacio hasta colarla bajo la falda de ella, y con la punta del dedo índice acarició su entrepierna por encima de la tela de la ropa interior.

—Esa ventana... —susurró ella— es muy provocativa.

Max desvió un segundo la mirada hacia dónde se había perdido la de Georgina. En efecto, la única ventana de ese apartamento era un gran ventanal que, debido a que se trataba de un primer piso, daba casi directamente a la calle. Era una ventana indiscreta que no ofrecía nada de intimidad. Comprar

unas cortinas estaba al principio de su lista de prioridades. Adivinó en el rostro de Georgina una pícaro sonrisa, o eso le pareció intuir, pues su mente estaba un poco nublada, por el azúcar del refresco y el humo del cigarrillo. Así que dudó un instante de si sus percepciones eran las correctas. Sin saber muy bien como su dedo ya se encontraba dentro de ella y el olor a la humedad de su sexo llegó hasta su pituitaria, terminando el trabajo de hacerle perder la razón. Georgina soltó un bufido y se alzó como un resorte dejando a Max con la mano suspendida y el dedo impregnado de sus jugos. Con un ágil movimiento dejó caer la ropa interior al suelo y se desabrochó la camisa para dejar sus pechos al aire. Max gruñó contento con el espectáculo que la chica ofrecía, y acercó el dedo a sus labios para saborear ese néctar.

—Piensas demasiado —susurró ella con una voz tan ardiente, que quemó a Max y le hizo reaccionar.

La tomó por la cintura y la volteó, empujándola un par de pasos en dirección al cristal donde hizo que su cuerpo se pegara a él, y su figura fuese visible desde la misma calle. Se arrodilló a su espalda hundiendo la cara entre sus muslos y empezó a lamer la humedad que a esas alturas ya desprendía. Un mar salado se derramaba por sus labios y él se afanaba en lamer y tragar todo lo que ella le ofrecía, le gustaba la humedad y el calor del sexo femenino. Georgina se estremecía a cada lamida y una sacudida la invadió cuando le vino de improviso el primer orgasmo. Su cuerpo quedó pegado a la ventana y el frío roce del cristal propició que sus pezones se endurecieran como nunca. Gimió de puro éxtasis cuando sus ojos se cruzaron con los de un viandante afortunado que había interrumpido su carrera para observar el espectáculo de ese primer piso. Sentirse observada la excitó de un modo desconocido hasta el momento y lo demostró con un movimiento de caderas impúdico, frotándose contra el rostro de Max. Se sentía como una verdadera ramera y gimió como tal, haciendo que su voz se colara por los resquicios mal sellados de ese gran ventanal.

A su espalda Max ya había colado en ella tres dedos y la masturbaba sin compasión, haciendo que todo su cuerpo temblara y por un segundo hasta pareció que sus rodillas no iban a sostenerla.

—¡Házmelo! —exigió Georgina con extrema urgencia, pues necesitaba sentirle dentro.

Max aprovechó ese ligero tambaleo de su cuerpo y alzándose de pronto, la dejó huérfana de sus dedos, aunque no por mucho tiempo, pues de un duro pero certero golpe se introdujo dentro de ella. Sus pechos se aplastaban contra el cristal a cada embiste. Max se aferró a sus caderas clavando con fuerza sus dedos, atrayéndola hacia él para realizar una penetración aún más profunda, haciendo colisionar su cadera contra las nalgas de ella en un compás frenético que acompañaba la melodía de sus gemidos.

Gruñó como un animal cuando sintió cómo se derramaba. Su semen salió a borbotones, inundando todo el interior de Georgina, que seguía con la mirada fija en esa calle. Se sintió mejor que nunca sintiéndose tan sucia y descarada y no puedo evitar sonreír.

—Eres todo un semental —le susurró a un exhausto Max—, pero no he terminado contigo.

—Joder Gi, eres insaciable —fingió quejarse él.

—Necesito más —respondió simplemente mientras se relamía los labios.

Y así, de rodillas frente a él abrió la boca invitando a ser invadida. Max se agarró a su cabeza para dirigir el ritmo de la mamada, introduciéndose hasta el fondo, haciendo que ella se atragantara y tosiera antes de volver a recular y darle opción a respirar. Así estuvo hasta que sintió como de nuevo sucumbía al placer. La miró un segundo con el corazón acelerado, y por un instante, solo por una pequeña porción de tiempo tan diminuta que se hacía hasta incontable, pensó que podía llegar a olvidar a Lena. Max acarició su rostro esparciendo por sus mejillas los restos de semen y saliva. Se arrodilló frente a ella para besarla con pasión.

—¿Y la fiesta?

Max resopló. Era una cabezota incansable.

Capítulo 4

Hacía mucho calor. Las sábanas se pegaban a su piel y el ambiente, tan denso y cerrado, no facilitaban el poder respirar. No había abierto la ventana y el sofocante bochorno del mediodía se filtraba a través del gran ventanal que, al menos, ya tenía cortinas. Max se giró sobre sí mismo sintiendo como la humedad dejaba pegajosa su espalda. Alzó una mano para retirar de su frente el sudor, que se colaba entre sus pestañas y hacía que le escocieran los ojos. Le dolía la cabeza de una forma inhumana, como si alguien estuviese martilleando su cerebro desde dentro y también desde fuera. Soltó un soplo y abrió los ojos de manera pesada. Todo su cuerpo se encontraba en una especie de *stand by*, sin energía y habiendo consumido hasta las reservas.

No podía seguir así, se dijo a sí mismo. No podía continuar a ese ritmo o no llegaría a los treinta. Los dos trabajos, el gimnasio y su desfasada relación con Georgina, que no entendía un no por respuesta y siempre tenía ganas de más, ya fuese drogas, sexo, fiesta o rock and roll. Max se incorporó sobre el colchón dejando la espalda apoyada en el cabezal. Tocó su labio, lo sintió hinchado y con sangre reseca pegada. ¿Le habían partido el labio? Intentó hacer memoria, sin embargo un agujero negro se había tragado las últimas horas.

Poco a poco había ido amueblando «el zulo» como él lo llamaba. Un poco de Ikea, y una visita al garaje de sus padres le habían proporcionado el mínimo exigible para vivir de manera confortable, sin lujos, pero no necesitaba más. Se miró en el ridículamente pequeño espejo del baño y comprobó que su rostro presentaba algunos moratones, pero lo más visible era la brecha en el labio. Resopló. Por eso le dolía tanto todo el cuerpo.

Preparó café y se sentó en el suelo frente al pequeño ventilador, que tenía tan poca potencia que era incapaz de remover eficazmente ni el aire de esos 20 metros cuadrados. Sorbió despacio y se tragó un par de analgésicos. Cogió el móvil para repasar las noticias locales, o simplemente para dejar su mente divagar entre las absurdidades de *Twitter* e *Instagram*. Y sí, a veces lo hacía, buscaba su nombre con la esperanza de verla aparecer en alguna red social. Muchas veces había estado tentado de llamarla, pero cuando estaba a punto de hacerlo, algo en su interior le detenía y le hacía retroceder y desistir de tal idea. ¿Qué temía? Lo más seguro es que ella hubiese cambiado de número, era

una posibilidad, o que al ver aparecer su nombre en la pantalla decidiera no contestar. También se preguntaba a veces, si John o Heit estaban igual que él, jodidamente destrozados. ¿La habrían llamado ellos? En sus pesadillas recurrentes ella volvía al piso y los tres vivían felices y contentos sin él. Y no, no era que no quisiera su felicidad, lo que más ansiaba era que ella fuese feliz, pero no con ellos. Eso jamás. Ellos no serían capaces de hacerla feliz... Max se sobresaltó cuando el teléfono entre sus manos, empezó a vibrar. Tardó todavía unos segundos en que su aletargado cerebro reaccionara y atinara en responder a la llamada.

—Hola Gi —dijo sin mucha alegría.

—¡Te estoy esperando! —refunfuñó la chica molesta al otro lado de la línea.

—¿A mí? ¿Por qué? —inquirió extrañado.

—¿No lo recuerdas? —se desesperó aún más Georgina.

—Está claro que no recuerdo nada. Oye, ¿ayer me peleé?

—¿No recuerdas nada? ¡Ja! ¡Dijimos de ir a la playa!

—¿Yo, en una playa? Creo que te confundes de chico —aseguró él.

—¡Venga Max!

—No puedo... tengo que trabajar.

—Pues llama y di que estás enfermo.

No mentiría pues se sentía francamente mal. Todo le daba vueltas y el dolor de cabeza no remitía.

—No puedo Gi —respondió con pesadez y cansancio.

—¡Joder! Pues todos se han ido ya y yo me he quedado aquí colgada esperándote, ¡eres un capullo! —le espetó rabiosa.

—Lo siento pe...

—¡Vete a la mierda! —bramó enfadada justo antes de colgar.

Ya estaba acostumbrado. En los casi tres meses que la conocía había dado sobradas muestras de ese carácter indómito, desdeñoso, infantil y egoísta.

—Pero folla como una verdadera zorra del infierno —comentó a la nada mientras hacía un esfuerzo para alzarse del suelo.

Tiró con desgana el teléfono sobre el colchón, estaba cansado de todo y de nada, además al final Georgina no le había aclarado qué era lo que había ocurrido la noche anterior, como había llegado a casa, si se había peleado y si el otro había acabado peor. Esperaba que sí.

Era viernes. No recordaba la última noche que había dormido. Era viernes y posiblemente llevara toda la semana sin dormir. Max tragó el segundo analgésico de la tarde y se enfundó en unos vaqueros desgastados, complementó el atuendo con una camisa azul oscura, en la que dejó los últimos botones sin abrochar. Peinó el pelo con exceso de gomina y se cepilló los dientes justo en el momento que sonaba la alarma de su móvil. Georgina odiaba que llegara tarde. Había estado tentado en un par de ocasiones en llamarla para decirle que no podría ir. No le apetecía en absoluto la fiesta de cumpleaños del que fuera, ni tenía ganas de salir, mucho menos de beber o drogarse. Lo que realmente le apetecía era dormir, y a poder ser durante veinticuatro horas seguidas. ¿Por qué no la había llamado? Fue el pensamiento que le acompañó al coger las llaves del piso y guardar la cartera en el bolsillo trasero de los vaqueros. Resopló cuando la primera bofetada de aire caliente impactó en su cara, y tenía que ir andando, lo que significaba que, lo más probable fuese que, al llegar a la fiesta, ya estuviera sudando a mares.

Sacó un cigarrillo y lo encendió dando una profunda calada. Tenía que llamar a su madre, estaba muy pesada con que fuese a comer algún día, con especial énfasis el domingo, ¿qué tenía ese dichoso día para que todo el mundo quisiera comer en familia?

Al girar la esquina pudo ver el perfil de Georgina que, apoyada en un árbol, esperaba su llegada.

—Llegas tarde.

—No me toques lo cojones —gruñó.

—Vaya, ¿estás gruñón? —sonrió ella con picardía— Me encanta cuando te pones refunfuñón... es más divertido —susurró acercándose como una pantera acechando a su presa, Max no pudo más que admirar el contoneo de sus caderas y el hipnótico balanceo de sus pechos. Iba sin ropa interior—. Cuando estás cabreado es más difícil... me gustan los retos —rezongó en su oído al tiempo que palpaba su polla por encima del pantalón.

—Déjalo ya Gi —intentó cuadrarse él, pero era evidente que su tono carecía de convicción—. Vamos, o llegaremos tarde.

—¿Ahora sí te importa llegar tarde?

—¡Joder nena! ¿En serio? —dijo alzando un poco la voz.

—¡Qué bien me lo voy a pasar hoy! —canturreó dando un saltito para ponerse a su altura—. Cuanto más difícil me lo pongas tú, más me esforzaré yo. Vas a caer y lo sabes, pero cuando más te resistas mejor, será mucho más divertido.

Max soltó un bufido de resignación. Empezaba a conocerla, y la obstinación era una característica suya que podía llegar a ser desbordante, por no decir aborrecible.

Llegaron a la casa dónde se celebraba la fiesta, era una parte de la pequeña ciudad que Max no solía visitar demasiado. Grandes casas con preciosos y cuidados jardines, en esos sitios no solían vivir la clase de gente con la que él solía juntarse, salvo John, aunque a decir verdad tampoco es que hubiese frecuentado mucho su casa, era más normal que John fuese a la suya o se vieran en algún otro lugar.

A los pocos minutos de entrar ya la perdió de vista. Tanta obstinación y a la primera oportunidad lo dejaba tirado. Cogió una bebida de la improvisada barra de bar y dio cuenta de ella casi sin respirar. Se sentía totalmente fuera de lugar entre tanto niño. Entre idas y venidas, gente que bailaba o lo intentaba, parejas magreándose en el sofá y tipos que iban de duros discutiendo por estupideces la vio, sentada al lado de otra chica mientras sorbía el contenido de un vaso de tubo. Caminó hacia ella no sin dificultades, observó como alguien acercaba a ella una bandejita de cristal y como Georgina se agachaba para esnifar el contenido.

—¿Coca? —la reprendió él al llegar a su altura.

—¡Maaaaaaaax! —exclamó con desmesurado énfasis y alargando innecesariamente cada letra.

—Joder Gi, acabamos de llegar.

—¿Yyyy...? —respondió zalamera— ¿Quieres?

—No.

—Vengaaaa, no seas aburrido...

Georgina se dejó caer entre sus brazos, Max la arrastró un poco para apartarla del sofá, donde dos chicas estaban terminando todo el polvo blanco que aún quedaba en la bandeja. La mano de Georgina se coló bajo su camisa,

resiguiendo con la yema de los dedos, sus recobrados abdominales y fue subiendo su caricia hasta llegar a los pectorales. Las tardes de gimnasio daban ya sus frutos, y Diana estaba consiguiendo sacar, como ella bien decía, la mejor versión de sí mismo. Ella tomó una de sus manos y capturó entre sus labios el dedo índice de Max, que succionó, relamió, besó y ensalivó de tal modo que Max sintió como su polla endurecía. Era única para de la nada hacer un todo.

Tres copas después, dio paso a algo más fuerte, no sabía exactamente el qué, pero uno de los chicos le había asegurado que eso le haría volar. Y así era. Se sentía capaz de cualquier cosa, hasta de alcanzar las estrellas si se lo proponía. Era una sensación fantástica, el dolor de cabeza, el cansancio, todo, absolutamente todo, había desaparecido, hasta su sentido del decoro. Estaba desinhibido, fuera de control, besaba esos carnosos labios como si no hubiese un mañana, devorándolos, atrapando la lengua de ella entre sus dientes para soltarla instantes después, dos lenguas bailando una danza ancestral. Se dejó arrastrar escaleras arriba, ¿o era él el que tiraba de ella? Todo le daba vueltas, como si la tierra girara imprimiendo un ritmo mucho más acelerado de rotación.

Sin saber muy bien cómo, su espalda rebotó contra el colchón. ¿De dónde había salido eso? Intentó incorporarse, pero unas manos le empujaron y entonces pensó ¿por qué no? Y simplemente se dejó hacer. Era el mero espectador de una película porno escrita para él, como un sueño hecho realidad. De pronto algo se detuvo, no sabía muy bien qué, y sin ser plenamente consciente de todo, pues tenía los sentidos aletargados, Georgina ató un pañuelo alrededor de sus ojos privándole del sentido de la visión. Sintió entonces humedad en su sexo mientras le hacían una mamada y de pronto, sin que ese delicado vaivén tuviese fin, algo se acercó a sus labios, el olor a sexo le inundó y empezó a lamer casi con desesperación los jugos que tan sabrosamente se le ofrecían. Le gustaba ser consciente de que ya no tenía el control.

Intentó razonar, pero no pudo.

—Disfruta —le susurró una voz que no reconoció.

Y claro que lo hizo. Sin poder ver quién hacía qué se abandonó al deleite de esas dos bocas que le devoraban como si fuese un sabroso manjar. Cuando la venda cayó y pudo observar lo que allí ocurría, ya era tarde para poder

frenar.

Se aferró con ansias a las caderas de una de ellas, empujando con fuerza, penetrándola sin control, rodaron sobre el colchón para ser entonces ella la que, como una auténtica amazona, cabalgara indómita y alocada, aferrada en su cintura de manera bestial y totalmente desinhibida. Y mientras sentía como su polla seguía siendo engullida, se afanó en lamer ese otro clítoris que se le ofrecía. Disfrutó como espectador privilegiado cuando esas dos bellezas empezaron a besarse mientras sus manos recorrían cada centímetro de su cuerpo, dejando la impronta del deseo impreso en su piel. Max se unió al descontrol de caricias, por momentos disfrutaba haciendo que ellas se tocaran, para después ser él el único al que colmaran de placer.

—No pares... —susurraron en el lóbulo de su oído— No pares Max, así. Más fuerte, dame más duro... Oooohh sí...

Folló con cada una de ellas, lo hizo sin pensar en nada y pensando en todo, dejando que el descontrol y sus instintos guiaran sus actos y su polla, cuando entraba y salía de dos cuerpos diferentes, eligiendo en cada momento qué agujero quería llenar. Ellas gemían se besaban, le lamían, un reguero de sudor y saliva impregnaba sus cuerpos. Gozó con cada una de ellas por separado, y a la vez, se corrió sobre sus efimeros cuerpos, para después volver a empezar, como si su erección nunca fuese a tener fin, como si algo le empujara a seguir y seguir sin freno ni control. Terminó exhausto, y se durmió con los dedos aún dentro de una de ellas.

El sol le despertó en esa cama extraña, en una habitación que no era la suya, y por un momento, no supo dónde estaba, ni con quién, hasta que reconoció la oscura melena de Georgina. Sonrió. Se giró sobre sí mismo para encontrar una enmarañada melena rojiza acurrucada al otro lado.

—Joder —murmuró entre dientes intentando hacer memoria de lo que había pasado, aunque vista la perspectiva, se lo había pasado muy bien—. Ooolé macho, eres un semental —se auto-felicitó.

Intentó levantarse despacio, para no despertar a las chicas, Georgina estaba totalmente desnuda, su oscura y rizada melena caía enredada por su espalda. Sin embargo, la otra chica, estaba boca arriba, solo llevaba el tanga puesto y a pesar de la posición, sus pechos se mantenían erguidos y sus peones apuntaban

hacia arriba. Max estuvo tentado de atrapar uno entre sus dientes para volver a empezar lo que seguramente había sido una maratoniana sesión de sexo. Que pena que no la lograra recordar, estaba demasiado mareado, de hecho, aún se encontraba bajo los efectos de todo lo que había consumido durante la noche. Se deslizó hacia los pies de la cama y se dejó caer sobre la moqueta, entonces reparó en la habitación. Paredes pintadas de un tono rosa bastante estridente, cortinas de unicornios, diversos peluches en las estanterías y diseminados por el suelo... Con esas decenas de ojos sin vida que le observaban, se le erizó la piel con un escalofrío. Eso empezaba a darle mala espina. Se dirigió hacia la mesa y rebuscó en los papeles y entre los libros, y de pronto su sangre se heló y un sudor frío perló su frente.

—¡Mierda! ¡Joder! —miró alrededor, ellas aún seguían tendidas en la cama, dormidas. ¿Dormidas? Su pulso se aceleró— Oooohhh mierda, joder, mierda, mierda, mierda...

Se acercó a trompicones hasta la cama para tomarles el pulso. Contuvo el aliento y lo soltó en un soplido al comprobar que ambas seguían respirando, y sonrió nervioso ante la estúpida idea que había cruzado su mente, ¿por qué tenían que estar muertas? Se sintió un memo. Se tambaleó por la habitación y recogió su ropa interior, los pantalones no los encontraba por ningún lado, y sin pantalones no había ni cartera ni llaves del piso. Gruñó. Tropezó con unos zapatos de tacón rojos que estaba tirados a los pies de la cama, intentaba ser sigiloso, pero no lo lograba, y al final, cuando arrodillado al lado de la cama estiraba el brazo bajo la misma para alcanzar una de sus deportivas, unos profundos ojos azules le sorprendieron.

—¿Buscas esto? —dijo la pelirroja alzando las llaves frente a sus ojos.

—Esto... sí —atinó a responder, pero antes de que Max pudiese alcanzarlas la chica las apartó.

—Pues ven a buscarlas —rezongó metiéndolas bajo su ropa interior.

—Vamos, no me jodas —se lamentó—. Por favor, dime que lo de ayer era tu fiesta y cumplías la mayoría de edad.

—Lo de ayer era mi fiesta y cumplía la mayoría de edad —repitió sonriente mientras con el dedo índice señalaba su entrepierna dónde podían intuirse bajo la tela el contorno de las llaves.

—Lo dices por decir o...

Ella soltó una carcajada. Georgina abrió en ese momento los ojos, le dolía todo el cuerpo y tenía una tremenda resaca. Se incorporó como pudo sobre el colchón y dirigió la mirada a los profundos y oscurísimos ojos de Max, que se veían enrojecidos, la verdad era, que el chico tenía muy mala cara.

—Buenos días semental...

—¡Ni buenos días, ni hostias! —exclamó levantándose torpemente del suelo cabreado— ¿Eres menor? —volvió a preguntar a la pelirroja. Estaba borracho aún, no atinaba a dar un paso tras otro, pero encontró la suficiente lucidez para saber que ese detalle era de vital importancia.

—Solo un poco —confirmó ella haciendo un mohín.

Georgina rio con ganas, pero la carcajada murió en sus labios cuando Max le clavó la mirada.

—¡No pasa nada! —se defendió la pelirroja— No me has desvirgado ni nada de eso, ya había follado antes.

—¿Qué no pasa nada? ¡Y una mierda no pasa nada! Joder... —gruñó pasando ambas manos por la cara y arrastrando el pelo hacia atrás, un poco más consciente de la situación—. Dame las llaves —ordenó alargando la mano.

—Cógelas tú... —reiteró de nuevo señalando dónde podía encontrarlas.

—¡Me cago en la puta! Dadme las llaves ¡ya!

—Venga Max, no seas gruñón...

—¡Ni me hables! —espetó mirando a Georgina.

—¡Eh! A mí no me hables así.

—Que no te... —Max no salía de su asombro— ¡¿Sabes en el lío en el que me has metido?!

—Bueno en el lío te has metido tú solito, que nadie te obligó a subir a la habitación.

—Venga Max —ahora era la pelirroja la que hablaba— fue muy divertido, y usaste condón.

Era un detalle qué, a pesar de lo surrealista, le tranquilizaba un poco. Sacudió la cabeza y volvió a alargar la mano en dirección a la pelirroja, que seguía señalando el lugar al que podía él ir a recoger sus llaves.

—Dáselas —le indicó Georgina soltando un soplido, y la pelirroja las sacó de donde estaban y se las tendió—. ¿Contento?

—No. Claro que no estoy contento... Estoy lo contrario de contento, estoy jodidamente cabreado.

—Pues ayer por la noche parecías muy feliz —soltó la chica con lascivia —, contento, excitado... Hiciste muy buen papel ¡vaya polla tienes!

—¡Calla! —exclamó llevando ambas manos a sus oídos.

—Max... pero...

Terminó de vestirse como buenamente pudo y comprobó que lo tenía todo. Estaba aturdido y por qué no reconocerlo, acojonado, ¡era una menor! Lo que le faltaba. Un punto más para su ya larga lista de cagadas. Salió de la habitación apresurado, dejando a las dos chicas en el interior, aún en la cama medio desnudas.

—¡Lláname más tarde! —le gritó Georgina antes de que se perdiera escaleras abajo.

«Esto no me puede estar pasando a mí» se repetía una y otra vez en su cabeza mientras se tambaleaba sin rumbo fijo por la calle. Se sentía un estúpido. Era como si cada vez que entraba en juego su polla se le nublara la razón, y terminara cometiendo una tontería tras otra. Era un esclavo de sus instintos, o peor aún, paró en seco en medio de la plaza, con ese asfixiante sol abrasándole la piel y esa idea rondando por la cabeza, ¿y si era adicto al sexo? Estaba claro que las mayores estupideces las cometía por y para follar.

Caminó por las calles del pueblo, mientras flashes de lo acontecido llegaban a su mente, traicionándolo y haciéndolo sentir aún peor de lo que ya estaba. Se dejó caer en un banco de madera apretando ambas manos sobre sus sienes. Encima la cabeza le iba a estallar.

—¿Max? ¡Eres Max! ¡Cuánto tiempo!

Max entreabrió los ojos, el sol de la mañana le cegó, aunque peor fue el dolor que sentía en las cervicales y el mal sabor de boca, por no hablar de las náuseas. Aun así, se medio incorporó en el banco para ver quién le hablaba. Frente a él se dibujó una silueta menuda, de no más de metro y medio que lo

observaba con los brazos en jarra. Max la recorrió de abajo a arriba, parando en los puntos clave para él, como los muslos, la breve cintura o el escote. Pero no fue hasta que llegó a los ojos que no la reconoció. Y es que esa verde mirada era inconfundible. Andy, una antigua amiga de infancia y compañera del conservatorio estaba de pie, frente a él y le observaba con una sonrisa socarrona pintada en el rostro.

—¡Andy! —carraspeó sin demasiada buena voz, miró el reloj, no era consciente del tiempo que había pasado desde que se había sentado en ese banco, que ahora se daba cuenta que era uno de los del parque. ¿Cómo estaba tan lejos de su piso?

—¿Qué haces aquí?

—He madrugado para salir a correr —la chica le observó de arriba abajo entornando los ojos y con cara de incredulidad— o puede que haya pillado una turca descomunal y no haya podido volver a casa, no lo sé... lo tengo todo un poco confuso.

Andy soltó una risotada que hizo que los pobres pájaros escondidos por los árboles de su alrededor alzaran el vuelo de pronto. Desde que se había marchado no la había visto, esos cinco años no la habían cambiado nada, seguía siendo muy guapa, y si no recordaba mal, que no lo hacía, siempre había estado un poco loca. Era esa clase de personas que nada conseguía ponerla de mal humor.

—Por tus lamentables pintas y el olor que desprendes, me decanto más por la segunda opción, y me atrevería a añadir que lo que te has tomado no te ha sentado demasiado bien —comentó socarrona Andy.

—Nunca tuve buen beber.

—Cierto, lo recuerdo, después de diez copas empezabas a no ser persona —soltó con ironía—. No sabía que habías vuelto.

—Lo hice a principios de verano, estuve en casa de mis padres un tiempo —le explicó Max, con gesto de dolor en la cara.

—¿Con tus padres? —se extrañó— Pues aún me sorprende más no haberme enterado de tu regreso, ¡ni una sola noticia por escándalo en el periódico local!

—He madurado —replicó él.

—Oh vaya, ¿ya no te castigan?

—Ah no, eso sigue igual.

—¿Cómo están Heit y John? Hace muchísimo que no los veo... —inquirió Andy, que rápidamente se mordió el labio al ver la reacción de Max y supo de inmediato que no había sido una pregunta acertada— Lo siento, esto es cómo preguntarle a alguien por su marido y que te diga que se ha divorciado.

—Más o menos —zanjó Max.

—Vaya, lo siento, estabais muy unidos.

—Algunas cosas sí cambian —dijo arrastrando un poco la voz.

—Bueno, me alegra que hayas vuelto. ¡Oye! Si te animas, esta tarde hemos quedado en «El garaje».

—¿Qué? ¿En serio? ¿Todavía tocáis?

—¡Claro! Una vez a la semana, para recordar viejos tiempos. Oye, los chicos estarán encantados de verte, ¿por qué no te pasas?

—Joder Andy, tengo una resaca de la hostia... no creo que sea el mejor día.

—No, no lo parece —rio ella, se sentó a su lado y rebuscó en el interior de su bolso— de todas formas —añadió bajando el tono de voz y cogiendo la mano de Max entre las suyas—, si te animas sabes dónde estaremos, y si no —garabateó en el dorso de su mano con un rotulador— este es mi número, llámame y hablaremos con un café.

—Eso está hecho —afirmó Max observando el número que acababa de escribir ella en su piel— te prometo que peinado y duchado gano mucho.

—No me cabe la menor duda —sonrió ella antes de levantarse—. Llámame, ¿vale?

—Lo haré —susurró.

Observó cómo se alejaba con el paso relajado en dirección a la salida del parque. Max miró de nuevo su mano y sonrió. Andy le traía muy buenos recuerdos, algunos de ellos, eran los mejores que atesoraba de su infancia y adolescencia.

Cuando entró en el piso, cerró de un portazo, tiró las llaves sobre la encimera y se dejó caer sobre la cama. Quería dormir. Necesitaba imperiosamente poder dormir. Miró el reloj de reojo para comprobar que en menos de cuatro horas tenía que dar una clase de solfeo.

—Me quiero morir —susurró a la nada antes de dejarse vencer por el agotamiento.

Los siguientes días los pasó esperando que, en cualquier momento, llegara la policía y se lo llevara detenido por abuso de una menor. Estaba histérico, cada ruido, cada sirena, cada mirada de un desconocido lo ponía en alerta máxima. Después del sexto día de paranoia extrema empezó a relajarse, pero solo un poco. Tomó una determinación, difícil tarea se le presentaba, pero tenía que dejar de pensar con la polla. Era de vital importancia empezar a centrarse y redirigir su vida, si no quería que todo terminara mal.

Y después estaba Andy. No se había atrevido a llamarla, tampoco a pasar por «El garaje», era un viejo almacén en la zona industrial a las afueras del pueblo, pasó un par de décadas abandonado, hasta que hacía unos años lo habían habilitado para poder ir a tocar, su madre les ayudó con todo el papeleo. Pasaron allí muchas horas. A veces John y Heit le acompañaban y mientras él tocaba, ellos no dejaban de intentar ligar con cualquiera de las chicas. Pero Andy siempre se mostró indiferente a sus encantos, y Marian era un hueso difícil de roer, sin interés alguno en ellos. Sonrió con amargura ante ese pensamiento.

—¿Se puede saber qué es lo que te pasa? —inquirió Jayden ayudándolo a dejar la barra en el suelo y mirándolo extrañado, pues tampoco llevaba tanto peso como para no poder llegar a las repeticiones marcadas— No estás centrado tío y sin concentración es mejor dejarlo.

Max cogió la toalla de mano, para frotarse la frente y la nuca. Tomó el botellín de bebida isotónica y le dio un largo trago.

—Lo siento.

—¿Ocurre algo? —se interesó sentándose en la banqueta.

—Tengo que romper con Georgina —le explicó Max.

—No sabía que tenías novia.

—Y no la tengo —replicó agobiado Max. Jayden le miró extrañado y se encogió de hombros—. Bueno, creo que no la tengo... no sé... follamos... pero... Ha pasado de loca a re-loca en menos de tres meses.

—Un récord —silbó Jayden.

—Tengo que terminar con esto antes que, lo que sea que tengamos termine conmigo...

—Pues suerte con ello —rió su amigo.

—¿Algún consejo?

—¿Bromeas? Me he casado con mi novia del instituto, está claro que no tengo ni puta idea de romper con una chica.

—Jay... —susurró Max.

—¡Mierda! —dijo Jayden sin girarse clavando la mirada en él— La tengo detrás ¿no? —Max asintió con media sonrisa asomando a sus labios.

—¿De haber tenido idea de cortar con una mujer no te habrías casado conmigo? ¿Es eso lo que estás intentando insinuar? —inquirió una voz femenina tras ellos.

—Esta noche duermo en el sofá ¿verdad? —se lamentó Jayden.

—Ni lo dudes —le espetó Diana divertida antes de seguir hacia donde se dirigía—. Hasta luego Max.

—Me encanta —exclamó él divertido.

—Que duerma en el sofá, joder, que buen amigo eres —soltó Jayden sin poder evitar reír.

—Hacéis una pareja envidiable, yo creo que no tengo suerte en cuestión de mujeres, creo que no tengo ni puta idea del amor.

—La suerte no aparece como por arte de magia, uno tiene que buscársela. Es todo a base de trabajo duro, amigo.

—Y yo solo me busco problemas —se lamentó Max.

—Pues ya es hora de cambiar eso... y esto también —señaló Jayden los discos—. ¡Ponte peso de verdad!

Max soltó una carcajada.

Lo mejor de un «duro» entrenamiento era la ducha de después. El agua templada arrastrando el sudor y desentumeciendo todos los músculos. Salió cargado de energía, renovado, con la bolsa de deporte sobre un hombro, se enfundó las gafas de sol antes de emprender el camino hacia casa. Era su tarde libre, había pensado pasar un rato más en el gimnasio, pero al final, tenía tantas cosas en la cabeza, que como bien decía Jayden era mejor centrarse primero. Dudó un instante sobre qué frente atacar primero, romper con Georgina o... Sacó el móvil del bolsillo del pantalón y buscó en la agenda ese número recién guardado. Resopló, pero al primer tono se arrepintió, le entró miedo y colgó. Tiró la bolsa sobre una silla de plástico de un bar de la plaza y se sentó en otra cuando de pronto su móvil sobre la mesa, empezó a emitir los primeros acordes de *Fade to Black*.

—¡Seré gilipollas! —exclamó, consciente de que, obviamente, el número

aparecería como llamada perdida en el móvil de Andy. Titubeó, llevaba ya un rato sonando, respiró hondo y respondió— ¿Hola? —soltó con un hilo de voz. «Que manera más estúpida de responder una llama», se reprendió.

—¡Hola! Tenía una llamada perdida de este número...

Max carraspeó.

—Hola Andy, soy Max.

—¿Max? —dudó ella— ¿Max....? Max... ¿Max? No, lo siento, no me suena...

Max abrió mucho los ojos, se sintió ridículo y fue a colgar deseando que la tierra se lo tragara.

—¡Era broma! —llegó desde el otro lado justo cuando estaba a punto de cortar la comunicación— Sigues siendo muy inocente.

—Eso parece —replicó Max.

—¿Sigues sin saber mentir?

—Se rumorea que sigo sin saber mentir —reconoció.

—¿Sigues siendo el mejor guitarrista de la ciudad?

—He perdido mi toque, pero sigo siendo el mejor.

—¡Genial! Nos vemos mañana, ¿recuerdas dónde vivo?

—Sssí —dudó.

—¡A las siete! Tráete el instrumento... ¡El de cuerdas! —rio Andy.

Y colgó sin darle opción a nada más, miró la pantalla del móvil alzando una ceja y algo desconcertado por la conversación tan surrealista.

Seguía siendo la Andy de siempre, derrochando energía y simpatía casi a partes iguales. Era un torbellino al que costaba llegar por su extrema timidez, pero que cuando se abría llevaba locos a todos los que se acercaban ella. Era tan magnética que, a pesar de eso, todo el que tenía la suerte de llegar a conocerla, ya no podía apartarse jamás de la hechizo que desprendía. Aunque ella no se lo creyera, así era. Era la clase de amiga que deseabas tener al lado en los buenos y malos momentos, pues era única en las celebraciones, pero también en los instantes difíciles.

Max se levantó de la mesa cansado de esperar al camarero, ya tomaría el café en el piso, a pesar de que no recordaba si le quedaba o no. Caminó

despacio por la calle principal, abstraído en los recuerdos que le ataban a esa pequeña ciudad, las tardes correteando por la plaza o el parque, las primeras salidas, las primeras chicas... las tardes en «El garaje» con Andy y los demás, o las competiciones con Jayden por ser el mejor en lo que fuese, aunque se tratara de trepar a un árbol. Acarició esa pequeña cicatriz justo en el nacimiento de su pelo, recuerdo de una de las estúpidas competiciones con Jayden, a ver quien levantaba la piedra más pesada. En esa ocasión él se llevó la victoria, también fue al que más puntos que tuvieron que darle. Y sí, esa ciudad también le evocaba recuerdos con Heit y John, en cada calle, en cada rincón... Recuerdos que ahora escocían, como el limón en una herida abierta. El banco donde Heit grabó su nombre a punta de navaja, la tienda de chucherías donde robaban caramelos, el callejón donde probaron por vez primera el alcohol...

Subió el tramo de escalones de dos en dos, le gustaba vivir en un primer piso, había resultado muy útil en las noches de borrachera, en las que más de diez escalones se convertían en una verdadera tortura, en una efeméride el poder escalarlos todos y llegar hasta la puerta.

Metió la llave y la hizo girar empujando después, dejó caer la bolsa en el suelo de la entrada.

Si algo tenía de bueno y de malo ese piso eran los escasos metros cuadrados, y que todo fuera tan diáfano, pues no ofrecía nada de intimidad. Y sino que se lo dijeran a Georgina y a su eventual acompañante que, con ella sentada sobre su cintura, entraba y salía de su interior mientras los gemidos de ambos reverberaban por la minúscula estancia. Ver a Georgina cabalgando sobre la polla de otro hombre no le molestó, y eso era, cuanto menos, algo extraño.

—¿En serio? —cuestionó sin poder evitar la carcajada que pugnaba por escapar de entre sus labios— ¿En mi casa, en mi cama y con mis condones? —dijo, pero lejos de parecer molesto habló entre risas.

—Max yo...

—Tranquila Gi, no me debes nada —soltó caminando sosegadamente hacia la cocina. Se había ganado su café.

—Joder —rezongó el otro chico sacándose a Georgina de encima de un empujón al tiempo que recuperaba sus pantalones—. ¡Lo siento tío! ¡De verdad! —susurraba mientras aceleraba el paso a la salida del piso intentando que el dueño del mismo no le viera mucho la cara, no tenía ganas de que le

reconociera fuera de ahí.

Cerró la puerta de un golpe y se escucharon sus apresurados pasos escaleras abajo. Georgina se quedó sentada sobre el colchón, a medio vestir y con la mirada vidriosa, pero Max era incapaz de determinar si era por arrepentimiento, vergüenza o por el placer del polvo. Con ella podría ser cualquiera de las tres cosas. No dijo nada, se sentó en uno de los taburetes recién montados del Ikea y la observó mientras se vestía con lentitud. Se puso la camiseta, se dejó caer con abatimiento para enfundarse cada sandalia, y finalmente se alzó para terminar de abrochar el botón de su escueto *short*. Pasó las manos por el pelo, miró alrededor divisando sobre la mesita de noche una goma, inquirió con un gesto y Max alzó la mano para indicarle que era toda suya. Georgina se recogió la melena en un improvisado moño, dejando su largo cuello despejado, recuperó su bolso que, con el fulgor del momento, había terminado lanzado al otro lado del apartamento, volvió a mirar por última vez a Max, dejó las llaves sobre la mesa y se marchó sin decir absolutamente nada.

Max se quedó mirando con la mirada fija en la puerta recién cerrada. Se levantó de donde estaba y se dirigió a la cama donde empezó a desnudarla tirando de las sábanas.

Capítulo 5

Se quedó en blanco. Su mente se había desconectado en ese preciso instante, con la guitarra en la mano y la mirada perdida en un punto inconcreto de la sala ¿Había escuchado un click? Algo en su cerebro se había apagado. Estaba frente a una sala llena y abarrotada hasta la bandera de pre adolescentes exudando feromonas y testosterona. Aún no sabía cómo se había dejado convencer por Andy, era un mal músico, tenía miedo escénico. No podía, en casa, en la intimidad, con algunos amigos... pero no ahí, no de ese modo. Andy lo sabía, era uno de los motivos por los que el grupo no había avanzado. Intentó respirar, pero era como si una garra invisible se hubiese aferrado con extrema violencia en su garganta, y por más que intentaba que el aire llegara a sus pulmones, más dificultad encontraba, parecía un pez fuera del agua, solo le faltaba colear. Miró alrededor y sus ojos se encontraron con los de Andy, del color que debía ser una esmeralda. Nunca había visto ninguna, pero Andy tenía los ojos más verdes que jamás hubiese visto, y en ese instante, esos ojos suplicaban que reaccionara.

—Puedes hacerlo —le susurró—. Max, confía en ti, por favor.

Y así lo hizo, al menos en parte. No sonó del todo bien, no estuvo del todo acertado en algunos compases e incluso en algunas notas falló. Le temblaban las manos y sudaba a mares. Su camisa, impoluta horas antes, estaba ahora encharcada en sudor. Cuando terminó el concierto no podía moverse. Sus músculos, su mente y todo él se habían quedado tan agarrotados, que le era imposible soltar el instrumento, mucho menos mover los pies para bajar del escenario. En ese instante no podía ni parpadear. Andy tuvo que tirar de él, mientras le susurraba con voz queda que ya había pasado todo, y que lo había hecho genial.

No pudo decir nada hasta pasadas unas horas cuando, sentados en la terraza de un bar, un líquido fresco que no recordaba haber pedido, regó su garganta.

—¿Mejor? —inquirió ella preocupada.

—Creo que... sí.

—Me has salvado la vida —agradeció la chica rozándole en el brazo.

—Casi me cuesta la mía —reconoció él.

—¡Qué melodramático! —soltó entre risas Andy—. Pensé que ya lo tenías superado.

—Esta claro que el psicólogo no hizo bien su trabajo.

—Lo has hecho genial.

—Ha sido un desastre Andy.

—Bueno, eso lo sabemos nosotros, pero los chicos estaban encantados. Además, voy a romper una lanza en tu favor, no habías ensayado.

—No es excusa —Max se dejó caer algo más relajado hacia atrás, apoyando la espalda en el respaldo de la silla y tomó un trago del refresco—. Es superior a mí, es que no puedo, me quedo como agarrotado, en cuanto me veo allí arriba y que no me quitan ojo de encima...

—¡Oh venga! Me dirás que no estás más que acostumbrado a que te miren —inquirió Andy con picardía, acompañando tal afirmación con el alzar de su ceja derecha de manera burlona, pues estaba claro que Max levantaba pasiones allí donde fuera.

—Tantos ojos ahí, escudriñando... —siguió él, aún anclado en el mal rato que había pasado.

—La timidez es enemiga del éxito.

—Bueno, siempre supe que nunca llegaría a nada, a quien le costó más digerirlo fue a mi madre, pero creo que a estas alturas ya no espera grandes cosas de mi, creo que se conforma con que llegue al final de la semana.

—Eres un exagerado —comentó ella mientras daba un largo trago a su vaso—. Eres un músico excelente, podrías conseguirlo si quisieras.

—Si quiero, es solo qué...

A Max le sorprendió esa melancolía que pareció empañar en ese momento la mirada de su amiga, puede que reflejo de la suya propia. La verdad era qué, durante un tiempo, sí pensó en que podrían llegar a ser alguien en el panorama musical, pero esos sueños dieron paso a otros, un tanto más realistas. Sin embargo, recordaba esa época, como una de las más felices de su vida. Encerrados en «El garaje», siempre cargado con la guitarra, bebiendo y fumando, pasándolo bien, en ese período era libre para ir y venir, para hacer lo que quisiera y soñar cuanto se le antojara.

—¿Sigues componiendo? —le preguntó Max a Andy más para alejarse de sus pensamientos que por otra cosa.

—Bueno, a veces... Pero no como antes.

—Eras muy buena —afirmó y ella sonrió con modestia—. ¿Y estos conciertos?

—Bueno, a veces me llaman para eventos así —dijo quitándole importancia—, será por que no les cobro —soltó entre risas—. Jooo Max, en serio, te debo un favor y de los gordos.

—Ha sido un placer.

—¡Es cierto! Sigues mintiendo fatal.

—Bueno —corrigió divertido—, ya me entiendes, un placer ayudarte, tocar delante de gente ha sido lo más parecido a una dura tortura que pueda imaginar.

Ambos quedaron callados un instante.

—¿Qué ha pasado con John y Heit? —preguntó de manera casi atropellada — Lo siento... —se apresuró a decir—, es que... me cuesta encajar la idea que haya podido pasar algo tan fuerte entre vosotros, siempre fuisteis tan diferentes, pero tan buenos amigos...

—No me apetece hablar de eso ahora —dijo sin poder esconder el tono de melancolía en su voz.

—Está bien, perdona, ya sabes lo cotilla que soy...

—No pasa nada, es solo que... se me hace complicado hablar del tema.

—Sí, sí... por supuesto, no debería haber preguntado —terminó su refresco y dejándolo sobre la mesa de nuevo—. Y bien Maxwell, ¿dónde piensas llevarme a cenar? —espetó de pronto alzando un poco la voz.

—¿A cenar? —preguntó casi atragantándose— Esto...

Andy soltó un grito de contrariedad, que hizo que la gente sentada en las mesas de su alrededor, se girasen para observarles.

—¡No pensabas ni invitarme a cenar! —exclamó levantando aún más el tono— ¡¿Así es como piensas que empiece nuestro matrimonio?! —siguió con fingido enfado— Maxwell, ¡me arrepiento de haberte dicho que sí! —gritó enfurecida bajo la atenta mirada de todos a su alrededor.

Andy se alzó de la mesa con tanto ímpetu que la silla rebotó contra el suelo, se quitó uno de los anillos que llevaba y se lo arrojó a la cara, después

simplemente se marchó, dejando a Max con una sonrisa estúpida pintada en el rostro. Era única y le gustaba que al menos eso no hubiera cambiado.

Cuando salió de trabajar ese día lo hizo con una mezcla de ansiedad y nerviosismo. Se despidió de su madre prometiéndole que iría a comer el domingo, jurando y perjurando que no pondría una nueva excusa, «puñeteros domingos». No entendía la necesidad de su madre de esas comidas, si se veían durante toda la semana en la academia. Suspiró. Cogió una guitarra y salió al exterior. Era media tarde aun así, el cielo, de un azul casi insultante, lucía sin una sola nube. Caminó calle abajo, cruzó el parque, se alejó por la zona más nueva del pueblo, con casas adosadas que saludaban a los visitantes con bonitos jardines, su padre las llamaba «las quiero y no puedo». Recorrió un poco más hasta que se adentró en la vieja carretera, ahora ya en desuso desde que habían construido la nueva, mucho más recta y bien pavimentada. En menos de diez minutos y con el rostro lleno de sudor llegó a «El garaje». Lo observó de lejos. Habían repintado la fachada, de un tono amarillento bastante feo, seguro había sido idea de Andy, solía tener muy mal gusto con los colores. Desde esa distancia ya se podían reconocer voces en el interior, y notas tocadas al azar para calibrar y afinar los instrumentos.

Hacía cinco años que no los veía.

Llegó hasta la persiana levantada y se quedó ahí mirando hacia el interior, al principio le costó ver, ya que venía cegado de la luz del sol, pero cuando pasados unos minutos sus ojos se acostumbraron pudo observar detenidamente. Estaba todo igual pero diferente, habían puesto un sofá y comprado una nevera. Sonrió, se sentía feliz de poder volver a ese lugar, pero una extraña melancolía se cernía sobre él. Era una paradójica sensación.

—¡Max! —gritó Víctor dejando las baquetas a un lado para salir al encuentro de su viejo amigo— ¡Joder Max, cuanto tiempo! —volvió a vociferar contento caminando raudo hacia él.

—Hostia puta... —respondió alargando la mano y sin saber muy bien que más añadir.

—Lo sé, estoy más viejo, más gordo y sin tanto pelo.

—Bueno... no iba a decir eso, pero... —intentó justificarse Max sin mucho éxito.

—Es la verdad, la vida de casado me está tratando demasiado bien, o mal... —rio—. ¡Pasa! ¡Estás en tu casa!

—Lo está —sonrió Marian— el local está a nombre de su madre.

—Joder Marian, no has cambiado nada —exclamó Max sorprendido girándose hacia ella, seguía con el mismo pelo largo y rubio, los mismos ojos castaños y el mismo exceso de maquillaje que cuando iban al instituto.

—Sigo igual de hermosa —dijo la chica alzando las cejas para justo después soltar una carcajada.

—E igual de modesta.

—¡Quién fue a hablar! —le recriminó— Es lo que tiene ser la mejor en todo... no es mi culpa que todos seáis mediocres menos yo —alzó las manos como sacudiéndose, después clavó de nuevo la mirada en Max al que le dedicó una sonrisa.

—Siempre has sido la mejor en todo—reconoció él cruzando los dedos a su espalda— ¿Tú también te has casado?

—¿Bromeas? No hay hombre que esté a mi altura.

—¿Y mujer? —inquirió él entornando los ojos.

—Bueno... eso puede... —sonrió con picardía.

Max dejó el instrumento apoyado contra una pared, le encantaba estar ahí, se sentía a gusto, como si el paréntesis fuese solo eso, una interrupción sin más, y tuviera la suerte de retomarlo todo tal como lo había dejado. A pesar de todo, a pesar de Lena. Él era diferente después de lo vivido, pero podía intentar volver a ser él que fue.

—Andy nos ha dicho que no te preguntemos por Heit y John, pero ya sabes que se me da fatal acatar órdenes —comentó Marian con mirada inquisitoria.

Y ahí estaba, el jarro de agua fría, la cruda realidad que se pegaba a sus talones y no le dejaba escapar.

—Lo sé —respondió Max con un soplido y tomando asiento al lado de Víctor.

—¿Y bien? —insistió ella clavando la mirada en su rostro, escudriñando sus reacciones.

Max miró a Víctor, buscando un cable de salvación, pero el chico no tenía intención de meterse, primero porque era imposible salir indemne de Marian, y segundo porque, al igual que ella, sentía curiosidad por saber qué había

ocurrido entre los «tres mosqueteros» así que simplemente cuando le miró se limitó a alzar los hombros y desviar la mirada hacia otra parte. Estaba claro que era algo que tenían hablado, seguramente cada uno tendría su propia conjetura sobre lo que había sucedido entre ellos, lo entendía, era algo extraño, parecido a si Epi y Blas se separaran. Una efeméride jamás vista. Suspiró, e intentó buscar, aunque le fuera difícil, las palabras exactas que complacieran la creciente curiosidad de todos, sin destapar mucho del porqué su corazón estaba hecho añicos.

—Digamos que... —empezó— tuvimos un intercambio de opiniones al que no pudimos llegar a un consenso —soltó orgulloso de haber sido capaz de explicar sin revelar nada.

—Vamos, os habéis peleado por una mujer.

—¡Joder! —exclamó alzando las manos— Es imposible, no se te escapa una —suspiró Max con cierto mal estar.

—Que tierno Max, ¿te enamoraste? ¿Cuál de ellos intentó levantártela? —Marian siguió con la vista puesta en él mientras alargaba esa interrogación— Espera, espera... no lo intentó, ¡lo logró! —exclamó— ¡Te levantaron a tu chica! ¿Quién fue?

—Es más complicado que eso.

—¡Marian! —le reprendió Andy que recién entraba al local— Joder Marian te dije que no sacaras el tema y te ha faltado tiempo.

—Eso le he dicho yo —se defendió Víctor.

—¡Bellaco traidor! —le acusó la rubia— Sabías que no podría retenerlo... mi curiosidad es irrefrenable —se excusó ella cogiendo el bajo y empezando a girar una de las clavijas—. ¡Oh venga! No me mires así Andy, sabías que se lo preguntaría, tú también te mueres de ganas de saber qué es lo ha pasado.

—Yo preferiría dejar el tema aquí —se atrevió a interrumpir Max.

—Ya cariño —se lamentó Marian dirigiendo la mirada a él—, pero sabes que lo que tu quieras no nos importa —sonrió con complicidad— al menos dinos como se llama la chica.

«Lena» pensó Max, y con suma facilidad pudo evocar sus ojos, su rostro y a toda ella, y sintió como un escalofrío recorría su cuerpo al completo y su corazón se aceleró. Solo de pensar su nombre lo llenaba de remordimientos.

—Déjalo Max —le susurró Andy poniendo la mano en su antebrazo,

notando la tensión que había nacido en él. No pudo evitar fijarse como hasta su mirada se había teñido de pena al pensar en la chica, y a pesar de que sentía, al igual que Marian, mucha curiosidad, estaba claro que Max había salido muy roto de la situación, fuese la que hubiese sido. Y le apenaba verle así, él que siempre se había caracterizado por ser el más divertido y loco de todos.

—Lena —susurró con voz rota—. Se llama Lena... —suspiró. Al pronunciarlo en voz alta después de esos más de cuatro meses sin atreverse a decir su nombre en alto, y en ese momento, al decirlo, fue como si su cuerpo hubiese soltado un poco de lastre, muy poco, pero se sintió aliviado. Quiso añadir algo más, cómo que era preciosa y él le había hecho daño, que habían jugado y habían perdido, que se habían atrevido a algo para lo que no estaban preparados ninguno de los cuatro... pero no pudo. No fue capaz de decir una palabra más, no sin que el temblor de su cuerpo le delatara.

—¡Está bien! —intervino Víctor entonces, intentando romper el incómodo silencio— Vamos a tocar algo ¿os parece? Empezamos con algo facilito para que Max pueda seguirnos.

Las horas pasaron como si de minutos se tratasen. Sin darse cuenta fueron empalmando una canción tras otra, entre risas y anécdotas, entre recuerdos compartidos y otros nuevos, surgidos del tiempo que había estado fuera, pero que le encantó escuchar, y se imaginó, por un momento, viviendo esos instantes a su lado. Siempre habían estado muy unidos. Max tiró la lata de refresco a la basura y se levantó para enfundar de nuevo el instrumento.

—Mi mujer me va a matar —exclamó Víctor cuando fue consciente de la hora—. Nos vemos la semana que viene chicos —añadió saliendo de manera apresurada con las llaves del coche en la mano.

—¡Espera! —le llamó Marian— No me jodas Víctor, quedamos en que me acercarías.

—Pues vamos —la apremió palmeando ambas manos—. Ya conoces a Gloria...

—¡Cómo no la voy a conocer! —se carcajeó— Me la tiro cuando tú estás jugando a ser abogado.

—¡Cállate y sube! —le exigió.

—Cree que es una broma —gesticuló Marian antes de entrar en el vehículo ya encendido.

Max sonrió mientras les veía desaparecer. Siempre igual. Era divertido.

—No han cambiado nada.

—Genio y figura hasta la sepultura.

Andy se entretuvo en recoger algunas de las partituras que habían quedado sueltas por el local, y a meter las latas en una bolsa para poder llevárselas a reciclar. Max se perdió un segundo en ella, tenía la sensación de que, al fin y al cabo, Andy había cambiado mucho en esos cinco años, a pesar de ser igual, bueno, a decir verdad estaba mucho más guapa.

—Así que Óscar es vuestro nuevo guitarrista —dijo Max por cambiar el rumbo de sus pensamientos.

—Te fuiste de un día para otro —se justificó Andy, apagando las luces y saliendo a la calle dónde él esperaba.

—No era un reproche.

—Lo sé —Andy se alzó de puntillas para alcanzar el borde de la persiana del local, Max a su lado la ayudó en la tarea, el ruido metálico rompió el silencio de la noche, en ese lugar tan alejado de todo—. Es un buen tío, pero no es tú —soltó con un hilito de voz echando la llave al candado.

—Me largué y os dejé colgados —reconoció— es normal que me sustituyerais.

—Solo era un pasatiempo, sigue siéndolo —respondió Andy, al tiempo que se encogía de hombros—, a veces hago algún cameo como el del otro día, suele acompañarme Óscar o a veces Marian... Ya sabes, nada serio, la seriedad no va conmigo —bromeó— pero me gusta, la música es lo que tiene.

—Es como una droga.

Max alzó entre sus dedos el anillo que Andy le había arrojado, ella sonrió divertida y lo cogió para regresarlo al lugar que siempre ocupaba.

—Al final te has ahorrado la comida —bromeó.

—Pero me he quedado compuesto y sin novia —siguió él.

—No te costará mucho encontrar otra, además, no sería una buena esposa y tú roncas demasiado.

—¿Yo?

—Oohhhh sí, tú. Y eres un cerdo.

—En eso no te voy a quitar la razón.

—¿Te llevaste la guitarra? —preguntó de pronto echando a andar en dirección al pueblo— Cuando te fuiste —concretó viendo que él no respondía.

—Sssssí... Me la llevé —respondió, pero no se atrevió a decirle, qué fatal destino había corrido la guitarra que ella le había regalado.

—Tu madre me dijo que trabajabas en una tienda de informática.

—Lo primero que encontré.

—Bueno, yo ahora trabajo en una perfumería —hizo una mueca— no está tan mal, me paga las facturas, y huelo siempre muy bien —bromeó.

—Creo que a eso lo llaman madurar —comentó Max.

—O renunciar a los sueños —soltó Andy con un mohín.

—Puede —se lamentó él.

—¿Dónde está?... La guitarra —se apresuró a decir viendo que de nuevo la tristeza empañaba su ya de por sí oscura mirada.

—Aaahhh —dudó, pero no podía mentirle— Ya no está —dijo simplemente y casi sin darse cuenta, estaban frente a la casa «quiero y no puedo» de Andy.

—Vaya —se lamentó la chica.

—Ha sido divertido.

—Rememorar viejos tiempos siempre lo es, si te animas, cada miércoles a la misma hora.

—Hecho —sonrió y dio media vuelta alzando el estuche del instrumento para apoyarlo sobre su hombro.

—¡Max! —llamó su atención ella desde las escaleras que daban al porche

— La comida te la perdono, pero me sigues debiendo un café.

—Cierto —confirmó.

—¡Me lo voy a cobrar! —amenazó antes de cerrar la puerta.

Se despertaba todos los días a la misma hora, cuando el despertador sonaba sentía ganas de agarrarlo y estamparlo contra la pared más cercana, que no estaba demasiado lejos. Siempre había tenido un muy mal despertar, menos la temporada en que Lena estuvo con ellos, esos meses abrir los ojos era lo que más deseaba cada mañana. Pero ese tiempo había pasado y curiosamente el recuerdo de esas mañanas felices, en ese momento le hacían muy desdichado. Ahora se levantaba solo, en ese piso que pronto empezaría a producirle claustrofobia, tomaba un café para despejarse un poco y salía a correr, siempre el mismo recorrido, vuelta al parque y volver. Cincuenta

minutos y una ducha después, se vestía para ir a impartir sus clases en la academia, donde tenía que soportar la mirada reprobadora de su madre, y las quejas de que llegara justo de tiempo, o que no fuera bien vestido, o que ese día estuviera despeinado, cualquier cosa era buena para echarle una reprimenda, así como las preguntas de si había comido bien y si estaba descansando y durmiendo las ocho horas reglamentarias.

Era principios de septiembre, el curso empezaría en breve, pero había podido llegar a un acuerdo con su madre para quedarse él en el turno de la mañana, más tranquilo y adulto. No tenía nada en contra de los niños, le parecían monos y graciosos, pero no se le daban muy bien, tendían a sacarle de sus casillas, con sus chillonas voces y sus preguntas incesantes.

Después de las clases, comía cualquier cosa e iba al gimnasio dónde Diana ya le esperaba látigo en mano. Se machacaba en una rutina infernal que hacía que al terminar se cuestionase si estaba en su sano juicio de pagar lo que pagaba para que le torturaran de ese modo, y si eso no tendría un nombre. Su día finalizaba con el trabajo en la cafetería. Y entre todo ese trajín quería encontrar tiempo para poder tocar, no solo los miércoles en «El garaje», sino hacerlo de manera más asidua, puede que poco a poco pudiera vencer ese miedo que sentía cada vez que se enfrentaba al público.

Preparó unos cafés mientras se replanteaba la agenda y sus horarios para intentar encajar el hueco perfecto para la guitarra. Dejó el pedido sobre la mesa con una sonrisa pinatada en el rostro, Rosa, la dueña, le había instado a que fuese un poco más amable con las clientas, un eufemismo para enmascarar que lo que pretendía en realidad, era que coqueteara un poco con las chicas, para asegurar su regreso. Decía que para eso había contratado a un chico guapo, y Max no sabía si tomarse eso como un halago o como acoso laboral. Sobre todo porque al decir eso, solía alargar la mano para rozar sus bíceps o incluso el pectoral.

—Hola —susurró Georgina a su espalda.

—Vaya —se sorprendió, no la había visto desde que la encontrara en su piso follando como una loca con su camello— Hola Gi.

—¿Cómo vas? —preguntó ella siguiéndole al interior del local.

—Voy, no me puedo quejar.

Max sacó dos refrescos de la nevera y los dejó sobre la bandeja mientras preparaba un par de vasos con hielo bajo la atenta mirada de la chica.

—Me marcho en un par de semanas —le informó.
—¿Te vas?
—La universidad, ¿recuerdas?
—Claro, sí, ¡genial! ¡La universidad! Es toda una experiencia.
—Eso dicen —susurró— Oye Max...

Ese tono, esa mirada, Max se tensó. No tenía el cuerpo para más disgustos. No le gustaban las frases que empezaban por un oye, porque nunca seguían con un te ha tocado la lotería, o te voy a conceder un deseo...

«¿Estaría embarazada?» Instintivamente descendió la mirada hasta donde finalizaba su top, cayendo después en que, de ser así, aún no se notaría. El estado de paranoia volvió, ¿la menor? ¿Iban a denunciarle? Sería mentira decir que no lo esperaba, y en el fondo, creía merecerlo. Las manos le temblaron y para disimularlo se cogió al borde de la barra metálica aguardando sin respirar como seguía esa frase, ese «oye Max...»

—Bueno es que... las cosas entre nosotros terminaron un poco... mal. Solo quería disculparme.

Max respiró de nuevo.

—¿Era eso? —dijo sin poder esconder su alivio— No estás preñada ni nada de eso ¿no? —preguntó para asegurarse.

—¿Qué? ¡No!

—¡Ufff! —suspiró— Mira Gi, ya te lo dije, no me debes nada... solo fue... algo divertido, sin más... No te comas la cabeza.

—Está bien, me gustaría seguir siendo amigos.

—Claro —respondió apresurado cogiendo la bandeja, sabiendo que eso sería, cuanto menos improbable—. Disfruta de la universidad —le dijo al pasar por su lado—, y Gi... ten cuidado, hay mucho gilipollas suelto por ahí esperando aprovecharse de una chica como tú.

—Vaya, aún con todo lo que pasó te preocupas por mi —sonrió con pesadez.

«Hipócrita» pensó para sí mismo saliendo del fresco del local para adentrarse en las profundidades del infierno en que el final verano había

convertido la plaza.

—Ha sido divertido —dijo Max alargando la mano que ella encajó.

—Lo ha sido.

Dejó los refrescos sobre la mesa, de reojo observó como Georgina se alejaba calle abajo, desde ahí plantado la siguió con la mirada hasta verla desaparecer.

Después de tanto tiempo seguía maravillándose de la facilidad que tenía para complicarse la vida, como muestra, la chica que ante sus ojos acababa de desaparecer.

—¡Buh! —exclamaron tras él.

—¡Joder!

—¡Aún tienes miedo del hombre del saco! —rio divertida— Queeeee
mooonooooo

—Das más miedo tú.

—Eso siempre.

Max se giró para regresar al interior de la cafetería, donde el aire acondicionado convertía ese lugar, en un sitio maravilloso. No entendía el motivo que hacía que las mesas de la terraza estuviesen siempre llenas y el interior desierto.

—Vengo a proponerte algo —dijo sentándose en la barra mientras le observaba.

—Tus propuestas me aterran.

—Vaya fama —se quejó Andy— Tranquilo, que no te voy a pedir que me hagas un hijo ni nada de eso...

Max preparó una taza de café que dejó delante de Andy que le miró de manera interrogativa, pues no había pedido nada todavía.

—El café que te debía.

—Ahhh... —susurró mirándolo con desconfianza— bueno, pero eso no te exime de invitarme a otro, otro día, en otro lugar, a ser posible con los dos sentados en la misma mesa. Lo que viene siendo «un café» cuando alguien

habla de tomar «un café».

—Aaaahh vale, uno de esos cafés— sonrió y alargó la mano para apartar la humeante taza.

—¿¡Qué haces!?

—¡No me vuelvas loco Andy! —se quejó— ¿Lo quieres o no?

—¿En serio? ¡Pues claro que lo quiero! No puedes ponerme una taza de café delante y después quitármela, eso es cruel hasta para ti.

Max soltó un soplo y dejó quieta la taza por miedo a que Andy se lanzara a su yugular si terminaba de quitársela. Le costaba un mundo entenderla.

—¿Y la propuesta? —inquirió él empezando a secar los vasos recién sacados del lavavajillas.

—¿Propuesta? Propuesta... propuesta... ¡Ah sí! A ver que tal te suena esto... —dijo y empezó a mover las manos para dar más intriga y emoción a lo siguiente que tenía que decir— ¡He conseguido una audición con un agente musical! ¡Toma eso! —exclamó con gesto de victoria.

—¡Genial! —exclamó él sin poder esconder su emoción, Andy era una pianista y vocalista excelente con un talento fuera de lo común. Así como una compositora maravillosa— ¿Necesitas ayuda para preparar alguna canción o...?

—¡Serás burro!

—¡Y ahora que he hecho!

—¡Es una audición para el grupo!

—¿Qué grupo Andy?

—¡El nuestro bobo!

Max dejó las tazas en su sitio antes de que se le cayera alguna y Rosa decidiera quitársela del suelo, capaz era. Miró a Andy entrecerrando los ojos, intentando averiguar qué era lo que pasaba por su siempre tan caótica mente. Pero desistió. Era imposible. Estaba loca, siempre lo había estado e intentar seguir sus pensamientos era infructuoso y agotador. Durante un tiempo lo había intentado, pero resultó un estrés constante.

—Andy... no —dijo sin más, pero ella alzó las manos para que no dijera nada.

—Tu opinión no importa —terminó el café de un trago—, solo venía a

informarte, arréglatelas mañana para estar libre por la tarde, a partir de las seis, tenemos ensayo.

—¿Y Óscar?

—¿Qué pasa con él?

—Pues que ahora el guitarrista es él.

—¡Claro que lo es! —bufó molesta por que Max no fuese capaz de seguir sus pensamientos— Tu eres el cantante.

—Aaaahhhh noooooo

—Aaaaaahhhhhh sí —repitió engolando la voz—. Hasta mañana.

—No voy a ir.

—Ya te digo yo que sí.

—Andy —corrió fuera del local para alcanzarla—, no puedo hacerlo ¡es que no puedo!

—No hay nada que no puedas hacer, ¿sabes quien me dijo eso una vez? ¡Tú! Así que más te vale que te apliques el cuento. Nos vemos mañana, no faltes o juro que voy a hacer que te arrepientas y...

—Convertirás mi vida en un infierno, sí, lo sé, te he sufrido antes.

Andy le miró de una forma que Max no supo descifrar, pero le gustó esa media sonrisa que afloró a sus labios. Sacudió la cabeza como para volver a centrarse en lo que estaban hablando.

—Nos vemos mañana —recordó ella antes de desaparecer calle abajo.

Y el día siguiente llegó. Max tuvo que hacer malabares durante todo el día para poder disponer de unas horas libres para poder ir a «El garaje» a una hora decente, aun así, cuando lo hizo, se dio cuenta que había sido el último en llegar. Andy estaba tras los teclados y Marian afinaba el bajo, y había un chico moreno de pelo largo con una guitarra entre las manos. Sintió una ligera punzada en medio del estómago, y se reprendió inmediatamente por ello, pues no tenía ningún derecho, había sido él quien les había fallado.

—¡Eh! —dijo el chico dejando el instrumento— Tú eres Max —afirmó y Max estuvo a punto de replicar tal obviedad, pero recordó el consejo de su madre de contar hasta cinco antes de responder.

«...tres, cuatro, cinco...» respiró.

—Ese soy —dijo con tono jovial alargando la mano para encajarla con la que el chico le ofrecía.

—¡Has venido! —exclamó Andy sin poder evitar una mezcla de felicidad y sorpresa.

—He venido —susurró—, pero Andy... solo lo he hecho para decirte que no puedo hacerlo... —soltó sin más.

—¡Jolines Max! ¡Venga!

—Lo siento.

—No me vale —se quejó— he conseguido una audición, ¿sabes lo que me ha costado? Además, es una gran oportunidad para todos y...

—Andy... —intentó cortarla.

—Tengo algunas canciones qué...

—Frena joder...

—Solo se trata de una audición pero si sale bien podríamos...

—¡Andy! No me interesa —repuso tajante.

—¿Ha dicho lo que creo que ha dicho? —susurró Marian atónita mirando a Max que estrujaba una mano con otra.

—¿No te interesa? —inquirió Andy con el rostro desencajado— Así, sin más ¡No te interesa! —gritó entonces alzando las manos.

Instintivamente Óscar se hizo a un lado, así como Víctor y Marian, que prefirieron alejarse un par de pasos con el pretexto de poner a punto los instrumentos. Andy abrió mucho los ojos, dio un paso hacia él y se detuvo, Max alzó los hombros, ¿qué podía hacer? Era incapaz de sobreponerse a sus miedos y no le sobraba el tiempo, de hecho le escaseaba bastante, volver a fantasear con la fama y el éxito, a sus casi veintisiete años, no entraba en sus planes. Tenía que centrarse y ser, cómo decía su padre, un adulto de provecho, no un cabeza hueca lleno de fantasías. Al siguiente paso que Andy dio hacía él, Max se tensó ante la bronca y los gritos que seguramente llegarían a continuación. Hizo la cuenta atrás mentalmente, y alzó los ojos dispuesto a enfrentarse a la furia descomunal de Andy, la conocía suficientemente bien como para temerse lo peor. Sin embargo...

—Joder... —susurró Max cuando fijó los ojos en ella y pudo ver dos gruesas lágrimas empañando su siempre feliz mirada.

—Me lo debes —dijo con un hilo de voz casi inaudible—. ¡Me lo debes

Max! ¡Me debes mis sueños! —estalló con rabia.

—Andy...

—¡No me toques! —alzó la voz al tiempo que con ambas manos en el pecho de él lo empujaba para apartarlo del camino por el que se disponía a marchar.

Max se quedó petrificado ahí en medio sin saber qué hacer, viéndola caminar de manera apresurada hacia la carretera. Dudó un poco si seguirla o no, la miró a ella y después a los chicos que estaban todavía dentro del local que, a pesar de haberse intentado quedar al margen, no habían podido hacerlo. Fue a hablar, abrió la boca para volver a cerrarla después y se quedó ahí de pie, sin moverse.

—Serás tonto —reprendió Marian desde la puerta del local— ¡pero ves tras ella lelo! —dijo golpeándole en el brazo para hacerle reaccionar.

—Pe... pero ella... ha dicho...

—¡Que vayas! —le gritó— De verdad, que a veces sois muy tontos.

—¡Andy espera! —exclamó Max arrancando a correr tras su estela.

No le costó mucho alcanzara, no es que se hubiese alejado demasiado, de hecho Andy se había detenido casi en el punto en que el pedregoso camino enlazaba con la carretera, como si no se atreviera a seguir con su huida. Seguía llorando, pero cuando se giró, Max pudo ver que lo hacía con una sonrisa en los labios.

—He venido en coche —soltó en un bufido encogiéndose de hombros.

—Oye, Andy... —trató de hablar con ella Max, pero Andy alzó la cabeza para enfrentar su mirada a los oscuros ojos de Max, eran tan densos, tan sumamente intensos, que apenas se distinguía su pupila en ellos. Siempre le habían causado congoja esos ojos, era como si Max pudiese ver a través de la gente— Lo siento —se disculpó él alzando las manos en señal de rendición a una posible batalla.

—¿Qué sientes? —inquirió Andy cruzando ambos brazos a la altura del pecho.

—No sé, lo que haya hecho para que te pongas así, supongo...

—¡Joder Max! —exclamó lanzando una mirada al cielo— Eres tonto hasta en sueños.

No pudo evitar una mueca de contrariedad, en menos de cinco minutos le habían llamado tonto dos veces. Lo peor era que las chicas debían tener razón, pues no entendía nada.

Andy suspiró con resignación y secó las lágrimas de sus mejillas, para volver a mirar a Max de hito a hito, seguía siendo él, nunca se enteraba de nada, era como si viviera ajeno a todo lo que le rodeaba, al menos todo lo referente a ella. Mirándola sin verla. Sintió ganas de abofetearle, pero se sobrepuso a ellas, las tragó y forzó una mueca que intentaba ser una sonrisa, ¿qué iba a hacer? Era Max. Y con esa afirmación había justificado siempre todo.

—Tenías grandes planes —rompió el hielo él— y yo me largué, te dejé colgada.

—Éramos buenos —comentó ella.

—Pero Andy, era solo para pasar el rato...

—¿Crees que soy tan ilusa? Sé perfectamente que es un sueño que jamás se cumplirá, pero no quiero que sea porque no lo haya intentado lo suficiente —sollozó—. Me debes al menos el poder intentarlo Max.

—Te lo debo —reconoció él, aunque no sabía cómo sería capaz de cumplirlo. Pero ella tenía razón. Se había ido y les había dejado tirados. Al menos tenía que intentarlo—. Podemos empezar ensayando un poco y ya veremos qué sale de todo esto, ¿te parece? —alargó la mano para cerrar el trato— Prometo intentar intentarlo.

Andy entrecerró los ojos y ladeó la cabeza. Necesitaba que eso saliera bien, sabía que jamás sería una estrella del rock, esos sueños se habían evaporado con el paso del tiempo y las duras dosis de realidad. Pero al menos, esa audición, esa prueba, le ofrecía una excusa, un pretexto, poder volver a soñar un poco, aunque esos sueños poco tuvieran que ver con la música, sino más bien con él.

—Me parece bien —susurró pasando el dorso de su mano por los ojos para terminar de arrastrar las lágrimas y poder encajarla con la que él le ofrecía.

Tenía un tacto suave y caliente, un poco mojado por la humedad de las lágrimas. Max acarició con el dedo el dorso de su mano antes de soltársela.

Volvió a mirarla, seguía con los ojos enrojecidos, pero al menos ahora sonreía. Suspiró. Al final Heit tendría razón y era un calzonazos, las mujeres hacían con él lo que querían.

—Anda, ven aquí —dijo tirando de ella para abrazarla—. Creo que es la primera vez que te veo llorar.

—Eso es porque a pesar de estar a tu lado, casi nunca me has mirado —susurró Andy tan flojito que él no escuchó.

Capítulo 6

Sonaba mal. Si era sincero consigo mismo debía reconocer que sonaba peor que mal. Ellos no, ellos estaban en perfecta sintonía, el que desentonaba en todo eso era él. Dejó el micro en la mesa y salió fuera. Era ya de noche, se notaba que los días empezaban a ser más cortos. Encendió un cigarrillo y dio una profunda calada, notando como el humo invadía sus pulmones, ofreciendo batalla al oxígeno y ganando la guerra al poder respirar. Tosió. Se sentía frustrado y cabreado, puede que, de haberle pillado en otro momento, lo hubiera dejado por imposible, pero ahora era una persona diferente, o quería intentar serlo. Y no quería rendirse ante la primera dificultad.

—Es cuestión de bajar medio tono —dijo Óscar sentándose a su lado y encendiendo también un cigarrillo.

—No soy buen cantante.

—¿Bromeas? Tienes una voz brutal, llena de matices y muy profunda. Solo tenemos que adaptar las canciones a ti, no intentar que tú te adaptes a las canciones.

—Eso es mucho trabajo.

—No importa, lo que importa es que suene bien ¿no?

Max agradeció las palabras del chico. La verdad es que todos estaban teniendo una paciencia infinita con él. Lo intentaba, no era que no lo hiciera. Se había aprendido las letras de las canciones en un tiempo récord, y debía reconocer que eran buenas, muy buenas, para nada su estilo, pero se notaba el toque de Andy en cada una de ellas. Todas muy románticas y tristes a la vez. Amores no correspondidos, despedidas, pérdidas, miedos, temores... Pero a pesar de eso, no sonaban del todo bien. Y la culpa era suya. Cuando se imaginaba en un escenario con cientos de ojos posados en él, se quedaba bloqueado. Y sí, obviamente la respuesta era no pensar en ello, pero no podía, era como cuando a alguien le decían eso de «no mires abajo», y acto seguido lo que hacía era mirar.

Aspiró profundamente la última calada y tiró la colilla al suelo. Se despidió de todos y empezó a caminar por el sendero pedregoso que llevaba a la carretera. Le gustaba la paz que se respiraba en ese lugar.

—Te escapabas por velocidad.

—¡Si voy dando un paseo!

—Pero yo soy medio caracol, ¿recuerdas? —bromeó Andy.

Max le sonrió. Era verdad. No había nadie en el planeta que pareciera que en vez de correr para adelante corriera para atrás. Andy era una negada en cualquier actividad física que se le planteara, y a pesar de eso, tenía un físico envidiable y parecía mantenerse en forma.

—Podrías llevarme a correr algún día —propuso la chica y él enarcó una ceja—, bueno vale —desistió incluso antes de que Max dijese nada— pues podrías llevarme al gimnasio ese al que vas, dicen que hacen unos batidos post entreno riquííísimos, y no me digas que solo se los dan a los que entrenan.

Max soltó una carcajada que rompió la silenciosa noche por la mitad. Andy sonrió satisfecha, le gustaba escucharle reír, porque lo hacía de verdad, sin reservas, si algo le divertía, no podía evitarlo, y era tan escandaloso, que parecía que su risa se comía el resto de los sonidos de su alrededor. Se tuvo que recordar cosas tan simples como pestañear, a veces cuando le miraba, lo hacía con tanta insistencia que parecía que lo iba a devorar con los ojos, o que no se podría contener y saltaría a sus brazos sin medir las consecuencias.

—¡Eh! —exclamó Max agarrándola de la cintura para evitar que se cayera — Cuidado... a ver si ahora te vas a lesionar.

—Andaba en las nubes.

—Sí, de algodón —sonrió él, y la soltó comprobando que estaba en total y estricta posición vertical— Oye, lo siento eh...

—Solo tenemos que bajar medio tono.

—Eso ha dicho Óscar, solo espero que las canciones no pierdan fuerza.

—¿Te gustan? —preguntó con cierta timidez.

—¡Claro! Bueno, las letras no son muy de mi estilo, demasiado románticas, a mí me gusta más el metal o hip hop, pero reconozco que tienen un algo... tienen alma.

—Vaya...

—Son buenas Andy, en serio, les van a encantar. «Ridículamente

enamorada» es genial, esa entrada es... —Max palmeó ambas manos acompañando la exclamación con un salto— y después sube, sube, sube y ¡boom! Brutal.

Andy soltó una carcajada mezcla de agrado y satisfacción.

—También es de mis favoritas.

—Él es un capullo —estalló Max metiendo las manos en los bolsillos.

—¿Él? —preguntó extrañada Andy.

—El tipo de la canción, cómo la hace sufrir, es un capullo.

—Bueno, yo más bien diría, que no se entera de nada.

Andy lo miró de reojo. Se había soltado el pelo, que caía rizado hasta rozar sus hombros, llevaba unos días sin afeitarse, lo que endurecía aún más sus facciones, y esa manera de caminar, de moverse, de actuar... Ese ensayado modo de hacer parecer que nada iba con él, que estaba de vuelta de todo. Había sido así desde el instituto, un rompecorazones sin pretenderlo, con ese aire despistado que las volvía a todas locas. Un macarra engreído ataviado con chupa de cuero. Tenía un magnetismo especial, que se multiplicaba exponencialmente cuando cogía la guitarra o cantaba una canción. Entonces era total y absolutamente irresistible.

Andy se sacudió los recuerdos, pues cuanto más pensaba más sentía que había estado perdiendo el tiempo, siempre enamorada del hombre equivocado. En ese momento Max lanzó un suspiro al aire, como si hubiese recordado algo, y Andy deseó ser ella por quien suspiraba, como lo había deseado siempre, todos los sueños de su adolescencia habían ido muriendo, poco a poco, ser cantante, concertista, salir de esa pequeña ciudad... tenerle a él... sí, hasta ese sueño se había esfumado pero, de pronto, y sin pretenderlo, él regresaba y en sus sueños volvía a colarse el chico malo con alma de poeta. Y no podía evitarlo, era superior a ella. Ahora fue Andy la que suspiró clavando los ojos en él.

—¿Qué pasa, tengo un moco? —dijo Max sorprendido de su intensa mirada.

—¡Joder! —gruñó molesta— Te has cargado el momento.

—¿Qué momento? ¿Había un momento? —preguntó Max confundido.

—Ahora ya no.

—Pero el momento de qué —insistió verdaderamente intrigado.
—Maxwell...
—¿Sí? —inquirió sorprendido porque no hubiera usado el diminutivo.
—Eres muy tonto. ¡Bah! Déjalo, tú nunca te enteras de nada.

Hicieron el resto del camino en el más absoluto de los silencios, cada uno enfrascado en sus propios pensamientos. Cuando finalmente se despidieron, Andy se quedó en el porche viendo cómo se alejaba, muriéndose de ganas de llamar su atención y pedirle que no se fuera. Pero como siempre, su valentía inicial y su determinación terminaban sepultados por los miedos y la vergüenza. ¿Cómo podría mirarle a la cara después de que la rechazara? Porque Andy tenía claro que eso era lo que iba a suceder, y más ahora, que Max parecía tan triste por lo de la chica esa, esa tal Lena. La odió con todas sus fuerzas.

Esa mañana Andy se despertó con energías renovadas, era domingo, un día que adoraba y odiaba a partes iguales. Pero ese domingo era especial o al menos pretendía que lo fuese. Saltó de la cama y se recogió el pelo en una coleta alta. Encendió la cafetera y se metió en la ducha mientras el aroma a café lo inundaba todo. Desde que sus padres se habían mudado con su hermana para ayudarla con los niños y se había quedado sola en la casa, era una mujer renovada.

Enrolló una toalla alrededor de su cuerpo y fue descalza hasta la cocina donde se sirvió una taza de humeante café, y mientras esperaba a que se atemperara encendió el reproductor. No concebía la vida sin música. Se sentó frente al gran ventanal que daba al patio trasero y dejó que su mente se evadiera envuelta en la melodía, daba pequeños tragos al café, mientras era arrastrada por el peligroso juego de imaginar ¿y si nunca se hubiese marchado? Siempre había tenido facilidad para abstraerse, soñar despierta y resultar a todas luces, algo loca. Así había sido desde el instituto, siempre en las nubes, tímida y poco popular. De hecho, solía ser invisible para casi todo el mundo. Hasta para Max. Pero todo cambiaba en las clases de música, allí era diferente y él acostumbraba a ser muy simpático y agradable con ella. Por eso suplicó a sus padres que la apuntaran más días a la semana, y así paso parte de su infancia y adolescencia. No sabía si Max había despertado su pasión por la música o su pasión por ella le había llevado hasta Max. Fuera como fuese, desde que tenía uso de razón, adoraba las dos cosas, y no podía

vivir sin ellas. Por ese motivo, cuando él se marchó, se quedó como una silla a la que le habían cortado una pata. Estaba coja. Le llevó mucho tiempo sobreponerse, muchas noches llorando y muchos días fingiendo una feliz normalidad. Como si nada pasara, como si cada día solo fuese uno más, igual que el anterior, igual que probablemente sería el siguiente. Cinco años. Cinco largos años en los que él no dio señales de vida, y ella sobradas muestras de no tener intención de rehacer la suya.

Andy dejó la taza en la encimera y fue hasta el dormitorio para empezar a vestirse. Cinco años en los cuales, todos a su alrededor habían seguido adelante, pero no ella. No había podido. Era como si su vida se hubiese pausado en el momento en el que él se fue y se hubiera reactivado justo cuando reapareció. Se maldijo por ello. No quería ser la típica mujer que basaba toda su existencia alrededor de un hombre sin embargo, no era alguien cualquiera, era Max, y ese simple hecho como siempre, lo justificaba todo.

Eligió un vestido de tirantes de color azul, su madre decía que ese color resaltaba los reflejos dorados de su cabello, el cual decidió peinar y recoger en una larga trenza. Optó por unas sandalias sin tacón de color negro y remató el atuendo con unos pendientes largos de plata, regalo de su abuela. Estaba lista diez minutos antes de que sonara el timbre.

—¡Wow! —dijo Max cuando la vio— Jooooder —bufó abriendo mucho los ojos, pues frente a él se presentaba una Andy casi desconocida—. Oye, ¿has quedado con alguien? Puedo volver otro día —comentó siendo consciente, que a lo mejor no era el momento ideal para ponerse con las canciones, era domingo, podía tener planes.

—¿Qué?! ¡No! —respondió rauda Andy.

—Es que estás tan... Oye, ¿te has puesto guapa para mí? —se mofó entonces Max.

—¿Es que una chica solo puede arreglarse para un hombre? No sois el ombligo del mundo —le espetó la muchacha, desdibujándose la sonrisa que minutos antes había lucido.

—¡Vale, vale! —contestó alzando las manos, sin querer entrar en una confrontación de sexos. A esas alturas de su vida había aprendido un par de cosas y una de ellas era que no entendía porqué llamaban a la mujer «el sexo débil»— ¿Me vas a dejar pasar o me tendrás en el porche como si fuese una mascota?

Andy entornó los ojos, fue a decir algo, pero se mordió la lengua y se hizo a un lado para dejarlo entrar. La casa seguía como siempre, pensó Max, Andy le había dado su toque, pero seguía siendo la casa familiar. Había fotos de sus padres, su hermana y unos cuantos niños, así como instantáneas de todos rememorando tiempos pasados. Max se acercó a una vitrina y ojeó esos retratos y no pudo evitar soltar una carcajada.

—No recordaba los *brackets*.

—Grrrrggg —gruñó Andy—. Odio esa foto.

—¿Por qué? ¡Estabas muy graciosa!

Pero para Andy los recuerdos de esa época no eran tan divertidos. A sus ya notorias dificultades para encajar se le sumaron esos horribles hierros en los dientes. Para colmo, a su alrededor, todas las chicas parecían dar el estirón menos ella, que siguió aún un par de años más con un cuerpo de niña mientras las otras ya tenían sus tan ansiadas curvas de mujer. Lo que le consolaba era que a algunas las curvas se le atragantaron.

—¿Café? —ofreció para cambiar de tema y huir de esos recuerdos.

—Eso siempre —Max la siguió hasta la cocina—. ¿Qué tal tu hermana?

—Preñada otra vez.

—¡No jodas! ¡Es una coneja! —rio, pero pronto se dio cuenta de que era un mal comentario y su risa se heló como una mueca.

—No pasa nada, puedes decirlo... —le sonrió Andy— Al sexto creo que le dan un premio o algo así.

—¿Y tú?

—¿Yo? ¿Yo qué?

—Tu hermana casada y con un equipo de futbol siete... ¿Tú para cuándo?

—Tengo entendido que para eso hace falta un hombre... La verdad es que siempre se me dio mal biología, pero hasta ese dato llego...

—¿No tienes pareja? —preguntó Max.

—Creo que está claro que no —respondió Andy.

—¿Por culpa del capullo? —inquirió al tiempo que echaba dos cucharaditas de azúcar en el café— El de la canción —añadió.

Andy se quedó parada en medio de la cocina. Sentado en la isleta estaba él, y no era exagerado decir que era el hombre de sus sueños, el tío por el que

había bebido los vientos, y que a pesar de haber estado siempre a su lado, jamás la había visto. Ahora ese hombre le preguntaba por el protagonista de sus canciones. Una parte de ella, esa que tenía más loca e irracional, le instaba a decirle, que era un zoquete si no se daba cuenta de que todas las canciones trataban sobre él. Que el capullo que se marchó rompiéndole el corazón era él, que el tío del que estaba ridículamente enamorada no era otro que él. Imaginó la escena, se visualizó a sí misma gritándosele todo, acompañando esa declaración de amor con algún golpe en la isleta que les separaba, puede que después de su confesión él se levantara, rodeara ese pequeño trozo de mármol y la besara como siempre había imaginado que un día lo haría.

O bien podía ser que se levantara y se largara, que era lo más seguro. Suspiró.

—No es un capullo —dejó escapar entre dientes— puede que la tonta haya sido siempre yo —se lamentó con voz rota, pero enseguida se sobrepuso, como siempre, sonrió y palmeó ambas manos—. ¿Nos ponemos a trabajar?

—¡Claro! —respondió raudo Max apurando el café— Había pensado en «Ridículamente enamorada» para empezar.

—¿Crees que podremos tocar más de una? —preguntó Andy caminando hacía donde estaba el piano.

—No estoy seguro, pero por si acaso, deberíamos preparar dos o tres... ¿Y esa que tocabas el otro día? —entrecerró los ojos intentando recordar.

—No sé cuál dices.

—El otro día cuando llegué estabas tocando algo... sonaba bien, ¿cómo era...? Na, na na naaa nanaaa —tarareó.

—Ni idea.

Max alzó la tapa del piano y se sentó frente a él. Andy le imitó, sentándose justo al lado. Max volvió a intentar hacer memoria, puso los dedos sobre el teclado y empezó a sonar una melodía que Andy reconoció enseguida.

—No —negó rotunda.

—Tiene algo... —insistió Max.

—No está terminada —trató de zafarse ella.

—Puedo ayudarte con...

—¿Qué? ¡No! —exclamó presa del pánico.

—Joder, siempre has sido una perfeccionista...

—No es por eso, es que... es personal.

—¿Personal? —Max entrecerró los ojos— ¿Tiene letra?

—Ssssss... no.

—¡Mientes!

—Noooo, no miento.

—Déjame leerla.

—Que te he dicho que no tiene letra —intentó disimular pero su mente la traicionó, y por un segundo sus ojos se desviaron a la carpeta que estaba sobre el piano.

—¡Mía! —aulló divertido Max haciéndose con la carpeta y apartándose de ella.

—No, ¡joder Max! —se quejó intentando inútilmente arrebatarse los papeles.

—«Siempre has sido tú» —leyó él en voz alta.

*Siempre has sido tú.
Así empezaría cada canción que escribo
El que ronda en mis sueños,
Tú quien llena mis fantasías*

*Siempre has sido tú.
Y yo totalmente enamorada
Un macarra que me encantaba
Con tu guitarra obrabas magia y me fascinabas.*

*Siempre has sido tú.
Y no supe decirte que te amaba
Te fuiste y me dejaste destrozada
Recomponiendo los pedazos de mi alma machacada*

Siempre has sido tú, solo tú...

Max leyó las tres primeras estrofas entre los zarandeos de Andy, que intentaba hacerse con la carpeta de nuevo. Solo fueron esas tres, pero algo le hizo detenerse y no fue precisamente ella, por más que lo intentó, sino todo lo que escondían esas frases. Miró a Andy que luchaba para que dejara de leer y sin más le devolvió la carpeta. Con ese «Siempre has sido tú» cual eco dentro

de su cerebro.

—Eres un imbécil —se quejó ella verdaderamente molesta.

—Lo siento. Pero Andy... es muy buena.

—No está terminada —zanjó el tema guardando la carpeta en un cajón y al girarse le vio ahí plantado con la mirada puesta en ella—. ¿Estás bien? —Max asintió, pero su mirada había cambiado— ¿Max? Eoooo ¡Hola!

—Perdona —se sacudió e intentó retomar la sonrisa de siempre—. ¿Nos ponemos?

—Sí... será lo mejor.

Repasaron, apuntaron y ensayaron diversas canciones, todas listas para que Max pudiese ser el vocalista principal, aunque en algunas, Andy haría la segunda voz. Max se divirtió como hacía tiempo que no le pasaba. Estaba encantado, poder jugar así con la música era lo que necesitaba en ese momento, siempre había sido su vía de escape y después de lo acontecido en los últimos tiempos en su vida, aferrarse a ella era lo que verdaderamente necesitaba. Andy le hizo partícipe de sus canciones y le contagió su perpetua risa y entusiasmo, era como una droga, una de esas buenas que le ayudaba a flotar, Andy le hacía subir a las nubes sin la resaca de después. Eligieron cinco canciones, aunque el orden lo dejaron para cuando estuviesen todos. Max miraba esa última partitura que habían arreglado, repasaba mentalmente alguno de los giros y las notas que habían cambiado. Pero su mente iba una y otra vez a esas tres estrofas de esa nueva canción secreta de Andy. Sus letras eran siempre muy profundas, hacían sentir, pero esa canción, no sabía muy bien por qué, era especial. Andy reapareció al salón haciendo malabarismos con un par de refrescos.

—Nos lo hemos ganado y he pedido una pizza —anunció.

—¡Guay! Creo que hemos hecho una buena selección.

—No sé si podremos mostrarles todo, pero me conformo con que escuchen solo una...

—Seguro que les encanta —dijo Max recostándose en el sofá— creo que no venía a tu casa desde que cumpliste los quince años.

—Después te volviste demasiado interesante como para asistir a mis fiestas.

—¿Eso es lo que pasó? —Max se incorporó pensativo— Creo que dejaste

de invitarme porque era un buscabroncas y siempre me peleaba.

—Siempre te peleabas —confirmó— pero seguía invitándote. Después volvimos a hacernos buenos amigos cuando encontramos «El garaje». Suerte de tener a tu madre, sino jamás habríamos conseguido los permisos.

—Mi madre habría hecho cualquier cosa por verme tocar —sonrió—. Además siempre le gustaste, eras su alumna favorita.

—¿De verdad crees que dejé de invitarte a mis fiestas de cumpleaños? —Andy se sentó a su lado.

—Bueno... puede que sí dejara de venir... Andy ¿quién celebraba sus cumpleaños en casa con los padres?

—Pues que sepas que te perdiste unas fiestas estupendas.

—Eso no lo dudo —rio Max con ganas y se levantó al tiempo que el timbre de la puerta sonaba—. Yo invito —dijo encaminándose a la entrada.

Comieron y hablaron animadamente, a media tarde se despidieron satisfechos del trabajo realizado, y porqué no decirlo, de esa amistad recién reestrenada. Max encendió un cigarrillo mientras volvía para su casa, lo fumó despacio, dejando que no solo el humo invadiera sus pulmones, sino que sus pensamientos fluyeran en su atormentada mente.

—Siempre has sido tú... —siseó— ...un macarra que me encantaba...

Al día siguiente todo siguió igual, aunque por algún motivo, algo había cambiado. Estaba deseoso de acercarse a «El garaje» y no dejaba de pensar en ello. En su mente solo podía ver las partituras, y sin darse cuenta estuvo tarareando las canciones durante toda la jornada laboral. A veces se detenía de pronto, cuando le asaltaba alguna idea y la anotaba raudo antes de que se le olvidara. Y no sabía por qué, de vez en cuando alguna estrofa de aquella canción inacabada volvía a su mente.

Salió de manera apresurada y cruzó el parque aún con más premura. Tenía que comprarse un coche o al final terminaría reventado de tanto correr de un lado a otro. Era una ciudad pequeña o un pueblo grande, según el optimismo o pesimismo de cada uno, pero las distancias entre un lado a otro y hechas cada día terminaban siendo agotadoras.

—Llego tarde —se disculpó dejando la guitarra sobre el sofá.

—Tranquilo, Víctor no ha llegado aún.

Andy estaba sentada en una silla y repasaba una de las partituras. Había ido directa del trabajo, así que su pelo estaba recogido en un perfecto moño bajo y sus facciones se veían más marcadas por el maquillaje, así como unos llamativos labios de color rojo que invitaban a soñar en pecados.

—Como la sigas mirando así la vas a desgastar —le susurró con mofa Marian.

Max se giró sorprendido y desvió la mirada a otro punto del local, como si con él no fuese el comentario, Marian no pudo más que soltar una carcajada, que hizo que todos dirigieran la mirada hacia ella.

—He tenido un *remember* brutal, y de pronto nos he visto a todos en el instituto —se excusó.

—¡Por fin! —exclamó Andy al ver aparecer a Víctor.

—Maldito tráfico —se quejó este tirando la americana sobre el sofá y aflojando el nudo de la corbata—. Cualquiera día mando al *bufete* a la mierda.

—Ni caso —le dijo Marian a Max— siempre dice lo mismo, pero es demasiado calzonazos para hacer eso, Gloria le mataría.

—¡Claro que me mataría! Tengo pagos cada mes, tú como vives de prestado...

—Que es como mejor se vive —aseguró risueña Marian.

—¡Vale ya! Vamos a empezar, ayer Max y yo...

—¿Max y tú? En qué posición, ¿vertical u horizontal?

—¡Marian! —chilló Andy sin poder evitar que todo su rostro enrojeciera, Max sin embargo soltó una carcajada.

—Era curiosidad, venga dale...

—Estuvimos mirando las canciones, y haciendo algunos arreglos... —les alargó las partituras— Es poca cosa, pero creo que puede funcionar.

—¿No habéis incluido «Simplemente tú»? Esa es muy buena —propuso Óscar.

—No, porque simplemente es él —rio Marian clavando la mirada en Max.

—¿Y qué pasa con «Ahora que no estás»?

—¡Pues que ya ha vuelto! —volvió a carcajearse Marian, pero su risa se heló al ver la cara de Andy— Vale, vale —alzo ambas manos—, ya paro, es que me lo han puesto a huevo.

—Si tú tampoco entiendes nada, ya seremos dos —le dijo Víctor a Max, que alzó los hombros en señal de desconcierto.

Tocaron las canciones que sonaban mejor con los arreglos, ya que Max podía lucirse, tenía una voz profunda, de esas que envolvían al público y le hacía soñar, además poseía un estilo personal, una manera especial de adornar las canciones que se transformaban de buenas a insuperables. Andy sonrió satisfecha cuando terminaron. Estaban haciendo un buen trabajo. Hasta Marian, que siempre encontraba la nota negativa a todo, no tuvo nada que objetar. La elección de los temas era inmejorable, y si Max no se bloqueaba, cosa que aún no tenían del todo claro que no fuera a pasar, podían ofrecer una buena actuación. Por un segundo, hasta ella, mujer de pies anclados en el suelo, se permitió soñar un poco. Marian enfundó de nuevo el bajo antes de sentarse al lado de Óscar que ya tenía el cigarrillo para ella encendido.

Max respiró aliviado cuando terminaron. La verdad era que habían sonado muy bien, ahora solo faltaba ser capaz de repetirlo frente al público. Pero esa vez estaba más que concienciado y lo haría, no por él, que los sueños de ser una gran estrella del rock se habían ya esfumado, sino que lo haría por Andy, porque lo merecía. La miró de reojo. Se había soltado el pelo y descendido de los altos tacones del uniforme, ahora estaba descalza, con las mangas de la camisa arremangadas y el rostro perlado en sudor, y aún de esa guisa le pareció que estaba perfecta. Notó un ligero pinchazo en el estómago.

—Los tacones me van a matar —se quejó al tener que volver a ponérselos.

Estaban ya todos fuera del local.

—Que conduzca Max —propuso Marian.

—¿Yo? ¿Qué? ¡Oh claro! —reaccionó él— Dame las llaves, yo te llevo.

—No importa, no quiero molestar —rebató Andy.

—No es molestia mujer.

Se despidieron después de concretar un nuevo encuentro. Max subió al utilitario de Andy, debido a su diferencia de altura, pasó un rato ajustando el asiento y los espejos.

—Tienes carnet, ¿no? —preguntó temerosa.

- ¡Joder claro! Es solo que hace mucho que no cojo un coche.
- Deja, ya lo llevo yo —dijo soltándose el cinturón para bajarse.
- ¡Pues vaya mierda de confianza tienes en mí!

Andy estuvo a punto de responder que no tenía ninguna, pero se calló la palabra antes que la abandonara, volvió a abrocharse, le miró de soslayo con los labios apretados y se dejó llevar. El camino fue en silencio. Extraño, incluso algo incómodo. Andy maldecía a Marian, sus comentarios fuera de lugar y sus ideas, y a la vez la adoraba, la quería y no sabía cómo agradecerle haberle proporcionado la excusa perfecta para alargar un poco más el rato con él. Era absurdo. Después de ese tiempo debería haber pasado página, el problema era que se había quedado anclada en el pasado.

—¿Te pasa algo? —se interesó Max al verla tan callada, no era propio de ella.

—Estoy cansada.

—Imagino... bueno pues te dejo en casa y me voy.

—¿Es que ibas a hacerlo de otro modo?

—La verdad es que tenía pensado echarte en cara que ayer pagué yo la pizza... —sonrió de medio lado, de un modo totalmente embaucador.

—¿Comida china? —se apresuró ella a decir.

—Un plan perfecto y en la mejor compañía.

A Andy le dio un vuelco el corazón y no pudo contener una sonrisa de pura felicidad. Siempre se habían entendido a la perfección, a pesar de ser tan diferentes. Conforme fueron creciendo, se convirtieron en buenos amigos, y después estaba el grupo, en el que ambos habían invertido mucho, sobre todo a nivel personal. Todo podía desmoronarse a su alrededor, pero en cuando se juntaban y la música sonaba, sabían que todo podía ir a mejor. Era su medicina, o para ser fieles a la verdad su droga. Y a pesar de eso se largó y ni una llamada en todo ese tiempo, a veces tenía que reprimir el impulso de preguntarle por qué no se había puesto en contacto con ella en todo ese tiempo, si es que había hecho algo malo para que no la llamara ni una sola vez.

Max observó a Andy preparando un par de bebidas, se movía por la cocina tarareando una canción, tal como solía hacer él siempre. Recordó el día en que Heit apareció y dijo «tengo una gran idea» después todo se precipitó, sus padres casi murieron del disgusto, aunque no se opusieron abiertamente a que

se mudara con sus amigos, digamos que jugaron la baza de «tu verás lo que haces, pero...» ¡Como le jodía ahora tener que darles la razón! El grupo tampoco dijo nada, simplemente se quedaron callados y se guardaron sus opiniones, ni un solo reproche ni una mala palabra, ahora se daba cuenta después de cinco años, de lo gilipollas que había llegado a ser. Hicieron una fiesta para despedirse, pero Andy no apareció en ella. En ese momento no le molestó ni le dio mayor importancia, sin embargo, ahora todo cobraba un significado diferente. O puede que solo fuese su mente, que siempre se empeñaba en complicarle la existencia.

—Solo una eh... —dijo ella al sentarse a su lado haciéndole volver a la realidad— con una me pongo simpática, pero con dos no soy persona.

—Me encantaría ver eso —comentó burlón.

—Te aseguro que no... —replicó dando un trago y haciendo una mueca—
¿Sabías que la primera borrachera que pillé fue con John?

—¿En serio?

—En el cumpleaños de su hermana Leah, teníamos dieciséis —sonrió al recordar—. No lo recuerdo todo, pero él fue quien me trajo a casa y el pobre tuvo que soportar una bronca descomunal de mi padre.

—¿Y yo dónde estaba?

—¿Tú? —Andy no pudo evitar poner una mueca de desagrado— Con Heit peleándote por Daniella.

—Cierto —soltó con un bufido—. Daniella... Ahí prometimos no volver a pelear por una tía.

—No todas las promesas son fáciles de cumplir, yo me prometí a mi misma que jamás volvería a hablar con el capullo y que, si alguna vez me cruzaba con él, solo me acercaría para darle un sonoro bofetón, tenía toda la escena montada en mi cabeza, ya sabes, dramática muy a lo película de Hollywood.

—¿Y qué pasó?

Andy suspiró con resignación.

—Qué tú te has peleado con tus mejores amigos y yo, sigo enamorada de un capullo.

—Entonces brindo por las promesas incumplidas.

—Y por las que por cojones nos toca cumplir.

La semana pasó volando, le robaron tiempo al tiempo para poder ensayar, y después de cada ensayo Max y Andy se iban a cenar. Recordaron viejos tiempos y Max comprobó qué, poco a poco, hablar de Heit y John, había dejado de doler, aunque aún no había reunido fuerzas suficientes para hablar de Lena con Andy, temía que, en cuanto lo hiciera, Andy le juzgara y, por ende, se alejara de él. Le gustaba estar con ella, era divertida, alocada, pero estaba centrada, se había convertido en una mujer madura, sensata, con los pies en la tierra a pesar de sus cosas. Y estaba la música. Nunca había disfrutado tanto de ella como con Andy a su lado. Improvisar una melodía, una canción, tocar un clásico o versionar algún tema de moda cambiándole la letra. Con Andy aprendió que podía reír sin parar.

Habían cenado hacía un rato, pero se resistía a marcharse, así que había propuesto ver una película. Y ahí estaban, sentados en el sofá, poco a poco ella había ido dejándose caer y ahora estaba casi recostada por completo, con ambas piernas acurrucadas, y esa posición dejaba al aire sus muslos. Max desviaba la mirada más de la cuenta en esa dirección. Era guapa y divertida. La mejor pianista que había tenido el placer de escuchar en tiempo y una gran compositora. Si se paraba a pensarlo, no veía nada malo en ella y eso empezó a molestarle.

—¿Se puede saber qué narices te pasa? —dijo ella dándole una patada en el costado.

—¡Hostias! Que bruta eres —gruñó Max.

—No dejas de mirarme.

—Es que pensaba que te ibas a dormir.

—¿Y querías ponerme pasta de dientes o pintarme un bigote?

—¡Joder! ¡Qué bueno fue eso! Heit salió a la calle con la polla pintada en la mejilla.

—Érais todos unos burros.

—Éramos unos críos.

Andy apagó el televisor y se incorporó un poco en el sofá.

—Mañana es el gran día.

—Lo es, ¿estás nerviosa?

—Sé que lo haremos bien.

—Vosotros seguro.

—Oye Max, si no puedes, si te bloqueas o si... no sé... —se encogió de hombros— No pasa nada, ¿vale? Es solo una prueba...

Max sonrió, la verdad era que cuanto más lo pensaba más nervioso se ponía, pero a su vez estaba tranquilo, y en parte era por ella, como si tenerla al lado le diera un plus de fuerza, a pesar del pánico escénico, había algo que le decía que podría hacerlo.

—Andy... llevo días pensando en el capullo de las canciones.

—¿Qué? —inquirió ella incorporándose de golpe.

—Creo que sé quien es.

Andy no pudo evitar tensarse de repente, moviéndose inquieta en el sofá, enfrentando la mirada a la oscura de Max, casi sin pretenderlo, había dejado de respirar.

—¿Y...?

—Mañana, cuando estemos celebrándolo te lo digo.

Capítulo 7

El día de la audición rozaba el histerismo, pero se sentía con la fuerza suficiente para afrontar cualquier cosa, o bien podía ser que el Valium que le había hecho tragar Marian tuviese algo que ver.

—Abre la boca —le instó de nuevo.

—¿Qué vas a darle ahora? —inquirió Andy apareciendo tras ella.

—Una biodramina.

—No vamos en barco.

—¡Para que no se maree! ¡Imagina que echa la pota!

—¡Deja de darle cosas! —la reprendió Andy.

—¡Quita! —reaccionó Max atrapando la mano de Marian y acercándosela a la boca para coger con la lengua la pastilla.

—Joder, que erótico, si tuvieses tetas me habría puesto cachonda —comentó Marian con media sonrisa.

—Ttss —chistó Andy y cogió a Max de la mano tirando de él hasta el exterior, para que le diera el aire—. ¿Todo bien? —le preguntó y él asintió— Necesito que lo digas.

—Todo bien Andy, de verdad, voy a hacerlo y va a salir todo bien.

—Más te vale —le amenazó—. Juro por lo más sagrado que como me dejes colgada hoy no te lo perdonaré en la vida.

—¡Eso! Tú méteme más presión.

—Una hostia te voy a meter como te quedas bloqueado.

—Como han cambiado las cosas, el otro día estabas más comprensible.

—Pruebo la técnica del poli bueno, poli malo.

—¿Funciona? —cuestionó Max.

—No lo sé, te lo diré después de cantar —sentenció ella.

—Está bien, pero... ¿y si lo clavo? —la desafió entrecerrando los ojos y alzando una ceja.

—Lo celebraremos, ¿no? —respondió Andy sintiéndose turbada, Max le estaba mirando de un modo que la ponía nerviosa.

—¿Tú y yo? —demandó con picardía.

Andy sintió que le faltaba el aire, pero se obligó a centrarse, su

imaginación a veces le jugaba malas pasadas. No era a primera vez que le pasaba o que malinterpretaba una frase, una mirada, una caricia... Después se iba cinco años. Así que intentó disimular el temblor en sus manos y su voz.

—¡Claro! Tú, yo y todos.

Y por un momento le pareció ver cruzar por la oscura mirada de Max la sombra de la decepción.

—¿Vamos? —dijo Óscar apareciendo de pronto tras ellos— Nos han llamado ya.

Y lo hicieron. La prueba salió redonda, después de la primera canción les pidieron que tocaran otra y finalmente una más. Tres canciones, eso era un buen augurio, Andy salió de allí flotando en una nube, tenían que agarrarla para que no echara a volar. Max no solo no se había bloqueado, sino que había sido capaz de improvisar y lucirse como nunca. Todos lo hicieron.

—¡Un sonido fresco! —Andy alzó la copa y dio un largo trago— ¡Una letra potente! —agregó y regó su garganta con otro sorbo— ¡Una voz excepcional! —dijo terminando el cubata y pidiendo al camarero uno nuevo— ¡Somos la polla chicos! —gritó entre risas.

Habían ido a celebrarlo y pronto todo el local se había unido a su feliz celebración. Era imposible resistirse al embrujo de Andy y rápidamente todos los clientes vitoreaban sus gritos, jaleaban sus ocurrencias y aplaudían cuando se arrancaba a cantar alguna estrofa. Andy iba feliz de una mesa a otra relatando la experiencia vivida. Llevaba solo dos copas. Max no podía más que mirarla sorprendido.

—Será mejor que le pongas freno —le recomendó Marian, justo cuando Andy estaba intentando subirse a una silla—, se va a matar.

—Vamos fiero —rio este cogiéndola de la cintura para hacerla bajar— se ha terminado la fiesta.

—¿Yaaaaa? Nooooooooooooo —replicó Andy poniendo morritos.

—Te llevo a casa —añadió Max.

—¡Un sonido fresco! —repetía ella.

—Sí...

—Letra potente Max, ¡una letra potente! —enfaticó.

—Lo sé Andy, estaba allí.

—¡Es verdaaaaaad! —rio ella con ganas— ¡¡¡¡Que tú eres el capullo que canta!!!!

Max se despidió de todos y arrastró a Andy fuera del local, ella seguía con la retahíla, con todas las cosas que el agente les había dicho. A Max le costó meterla dentro del taxi, puesto que él también llevaba un par de copas de más, sin embargo estaba claro que el nivel de tolerancia al alcohol de Andy era el mismo de cuando tenía dieciséis años, es decir, ninguno. Max sonreía viéndola tan desinhibida, pero sobre todo tan feliz. Cuando bajaron del taxi frente a la casa de ella, le costó mucho encontrar las llaves dentro de su bolso, ¿por qué narices las tías llevaban tantas cosas en el interior? ¡Hasta unas medias sacó de ahí dentro!

Abrió la puerta y antes de poder dar la luz de la entrada Andy ya se había colado a toda prisa, había tirado los tacones y se estaba quitando la falda.

—¡Nos llamarán! —chilló desde la cocina— ¡Nos van a llamar! —gritó aún más fuerte— ¡Somos un soplo de aire fresco! ¡Somos la polla!

Max entró algo tambaleante en la cocina, buscó con la mirada la cafetera para preparar café, pero de pronto Andy le detuvo agarrándole con fuerza del brazo para hacerlo girar.

Tenía los ojos más verdes que jamás había visto. Max se perdió en esa mirada esmeralda, consciente que nadie en el mundo podía tener unos ojos más bonitos que ella, eran hipnóticos. Ojos de serpiente, una verdadera perdición.

—Solo voy a decírtelo una vez... —susurró Andy con voz entrecortada— Solo una... así que escúchame bien, no pienso repetírtelo... —y alzándose de puntillas acercó los labios al lóbulo de su oreja. Max se estremeció con el cálido roce de su aliento— Helado...

—¿Qué?

—¡He-la-do! —gritó corriendo hacia el congelador.

Max se quedó ahí parado, sin saber muy bien qué hacer hasta que vio a

Andy salir disparada desde el congelador al suelo, dando con el culo sobre el frío mármol. Entonces reparó en dos cosas, la primera fue que estaba en braguitas y la segunda, que Andy tenía el congelador más lleno de helados que un supermercado en verano.

—Pero... ¿y esto? —preguntó divertido.

—Es para celebrarlo.

—¿Celebras muchas cosas?

—¡Niiiiiiiiiiiiin-guna! —canturreó— También valen para la depresión y de esas tengo muchas, un par al mes —añadió como si tal cosa.

Andy se apresuró a sacar una tarrina y corrió hacia el salón. Max la ayudó a levantarse del suelo y tarrina en mano, lo dejó ahí plantado mientras ella se dirigía al salón dando saltitos como una colegiala. Estaba mareado, pero sin duda mucho más entero que ella. Rebuscó entre los cajones hasta dar con las cucharitas y siguió el sonido de su voz, se había puesto a canturrear.

Cuando atravesó la gran arcada que separaba el pasillo del salón una Andy tumbada sobre la mesa del comedor en ropa interior impactó en su retina.

Golpeado y ganado por KO técnico. Era preciosa. Llevaba un conjunto de encaje morado lleno de blondas y puntillas o lo que fuese que fuera eso, pero que hacía que su piel pareciera aún más pálida, sus ojos más verdes y su pelo más dorado. Max quedó impactado ante tal visión y no supo cómo reaccionar, salvo quedarse ahí con las cucharitas en la mano y cara de tonto.

Andy pasó la lengua por sus labios humedeciéndoselos, hundió el dedo en la tarrina de helado para después acercarlo a su boca y empezó a lamerlo. El centro neurálgico de Max reaccionó sin previo aviso ni consentimiento. Sus ojos y los de Andy se encontraron y pudo ver la manera en la que su verde mirada destilaba lujuria y pasión, haciendo que su respiración se entrecortara.

—¿Quieres un poco? —preguntó ella con la voz encendida.

Max no atinaba a responder, solo movió tontamente la cabeza de arriba abajo, y con suma dificultad se armó de valor para dar un paso hacia ella. Andy untó de nuevo su dedo índice con helado de vainilla y cuando Max llegó a su altura se lo acercó a la boca que ya tenía entreabierta. Al sentir el roce de esa tan ansiada lengua en su dedo, el corazón de Andy se le aceleró a un ritmo frenético. Max lamió con vehemencia el helado que ella le ofrecía y cuando

terminó, siguió ese mismo dedo con la mirada, vio como cogía una nueva porción y lo depositaba sobre su estómago, cerca de su ombligo. No lo dudó, en ese momento no pensó en nada, solo acercó sus labios al abdomen de ella para retirar esa crema fría, dulce y viscosa. Lo hizo dando pequeños lengüetazos, notando la calidez y suavidad de la piel. La siguiente ración que Andy cogió la dejó peligrosamente cerca de su escote, el pecho de ella ascendía y descendía a un ritmo acelerado y cuando los labios de Max besaron su pecho, no puedo evitar un gemido de placer.

En un ágil movimiento se libró del sujetador, para depositar más helado sobre uno de sus pezones, que se endureció de pronto con el contacto frío y un tanto doloroso. La lengua de Max sobre esa zona concreta de su anatomía hizo que toda ella ardiera de placer, iba a quemarse, estaba tan encendida que no podía pensar en nada salvo en que los labios de Max no se apartaran nunca de su cuerpo, quería que el chico besara cada centímetro de su piel, necesitaba sus besos, sus caricias, necesitaba sentirle dentro, sentirlo suyo, aunque solo fuese una noche, aunque todo eso fuera un espejismo y al día siguiente solo significara que había sido un error. No le importaba, después de sentir sus besos, ya nada importaba. Solo que esa noche no tuviese fin.

Max estaba como loco, la ingesta del alcohol unido al morbo del momento lo habían encendido de un modo inimaginable. Era Andy, su Andy, era ella, pero era diferente, sus ojos, su mirada, lo que le hacía sentir...

—¡Ooohh mierda! —susurró de pronto dejando caer su cabeza sobre el pecho de ella apoyando allí la frente y cerrando con fuerza los ojos— «El capullo» soy yo —sentenció— he sido siempre yo —consiguió decir fulminado por un rayo de lucidez bastante inoportuno.

En ese momento Andy se adueñó de sus mejillas, haciendo que alzara la cara y buscó sus labios, esos por tantos años deseados labios, y cuando estaba a punto de fundirse en un beso con él, Max se retiró, dejándola más cerca y más lejos que nunca de lo que más ansiaba en esta vida.

—Andy, estás borracha.

—Sí —afirmó, era obvio, de otro modo jamás habría tenido el valor suficiente para hacer lo que acababa de hacer.

—No puedo —se apartó un paso hacia atrás.

—Max... no me jodas —gruñó recobrando un poco la lucidez como si un jarro de agua fría junto a dos tazas de café la hubiesen sacado del estado de atontamiento.

—Lo... lo siento Andy... —Max dio otro paso atrás y retiró la mirada de su cuerpo, de no hacerlo no podría resistirse, su voluntad no era tan férrea.

Y todo lo que instantes antes era puro placer se volvió amargura y tristeza. Cubrió avergonzada sus pechos con los brazos y bajó de la mesa donde había permanecido medio tumbada. Se sintió tan estúpida que tuvo ganas de llorar, pero se tragó las lágrimas como pudo, pues no quería hacer aún más el ridículo.

—Vete —le instó con un tono de voz tan cercano al llanto, que parecía que toda ella se iba a romper de un momento a otro—. ¡Lárgate de mi casa!

—No quiero hacerte daño Andy.

—Un poco tarde para eso ¿no crees?

—¿Por qué no te vistes y hablamos?

—¿Por qué no te vas un poco a la mierda? ¡No lo entiendo! —gritó fuera de sí— ¿Qué más tengo que hacer para que te fijes en mí? —soltó echando a llorar. Buscó la camiseta e intentó acertar a ponérsela dándose por vencida al segundo intento, por lo que se conformó con cubrirse el cuerpo como pudo, pues le temblaban las manos.

—Ese es el problema Andy, que ya me he fijado en ti.

Andy quedó parada en medio del salón, intentando ver a Max a través de la bruma en que las lágrimas habían convertido su mirada. No entendía nada, puede que se debiera a que sus capacidades mentales habían quedado seriamente mermadas con el alcohol ingerido.

—No lo entiendo Max —se lamentó dejando que de nuevo las lágrimas bañaran su rostro.

—Creo que me gustas —dijo él con un hilo de voz.

—¿Entonces?

—No soy un buen tío Andy, no... yo... he hecho cosas...

—¿Qué? —preguntó caminando un paso hacia él y de pronto se sorprendió al ver como la humedad también empañaba sus oscuros ojos— Nada puede ser tan malo.

—¿Y si sí lo es?

—¿Entonces, vas a dejar que el pasado dicte siempre tu futuro? ¿Eres de los que luchan o de los que se rinden?

No respondió. Puede que no hubiese respuesta para eso. Y por la mente de Andy pasó el lema del «ahora o nunca» así que no se lo pensó dos veces y dejó caer la camiseta al suelo. Quedando de nuevo semi desnuda frente a ese hombre que le robaba el aliento y se colaba en sus sueños cada noche desde hacía demasiado tiempo. Notó la mirada de Max clavarse en sus pechos y eso le provocó una reacción casi inmediata, se le erizó la piel y sintió como desde sus entrañas emanaba un intenso calor. Si volvía a rechazarla, sería un duro golpe que no podría superar. Así que aguardó su reacción, sin moverse, sin respirar, sin tan siquiera pestañear, pues en un pestañeo él podía desaparecer.

—Max, hazme tuya o lárgate de mi vida para siempre.

Era un volcán antes de entrar en erupción, una supernova a punto de estallar. La razón contra el instinto. La pasión contra lo que se suponía que debía hacer, pero realmente ¿qué debía hacer? Andy era una chica preciosa, y en esas semanas con ella había empezado a mirarla con otros ojos, además ahora mismo, desnuda frente a él, ya no eran ni esos otros ojos los que la devoraban, sino las toneladas de sensaciones que despertaba en él. Era algo extraño, no solo sentía una necesidad insana de fundirse en su cuerpo, sino que necesitaba estar a su lado, debatir, hablar y compartirlo todo. Se acercó hacia ella, que aguardaba expectante en medio del salón. Alzó una temblorosa mano y con la yema del índice rozó uno de sus brazos, sintiendo su abrasadora piel, y fue siguiendo ese leve toque de manera ascendente hasta alcanzar su hombro. Notaba como la nívea piel de ella se iba erizando con su caricia y la manera en la que sus mejillas iban pasando a un irresistible tono coral. Se acercó un poco más, acompañando ese solitario dedo de otros dos. Delimitó con las manos el contorno de su cuerpo, se deleitó en cada roce, cada curva y en cada sensación que despertaba en él. Se tomó su tiempo para poder ver como cada milímetro de su cuerpo reaccionaba con sus caricias y su respiración se entrecortaba de una manera enternecedora. No tenía ninguna prisa por empezar y mucho menos en terminar. Ahí, de pie en medio de ese salón, cogió la mano de ella y la alzó hasta acercarla a sus labios, besó la punta de sus dedos, fue besando su brazo, el hombro, su cuello, subió por la mandíbula y se detuvo en

recrearse en su mejilla. Ella había dejado de respirar y aguardaba con los ojos cerrados. Acercó los labios a su comisura, donde depositó un leve roce apenas insinuado y se detuvo en ese momento, consciente de que, en el segundo en el que probara sus labios, no habría marcha atrás.

Andy estaba en total tensión, expectante, intentando asimilar de manera apresurada todas las reacciones que estaban sucediendo en su cuerpo, algo totalmente nuevo para ella. Jamás ningún hombre había logrado que se le erizara la piel. Los besos de Max eran como escuchar una melodía clásica, traspasaba esa barrera, se colaba en su organismo y acariciaba su alma. Cuando sintió su aliento tan cerca de su boca creyó que iba a desfallecer. Si era capaz de turbarla de ese modo solo con sus besos, ¿qué no sería capaz de lograr con el resto de su cuerpo?

—¿Sigo? —preguntó con su profunda voz.

—Sí, si no quieres que te mate —replicó y clavó su mirada en él.

No dejó que se lo dijera una vez más. No porque temiera por su vida, sino porque lo deseaba, ansiaba probar sus labios, saber cómo eran sus besos. Quería escuchar la melodía que formarían sus cuerpos al unirse. Se acercó de manera lenta, pausada, la sensación de no tener prisa en acabar todo aquello no le había abandonado y era algo extraño, totalmente nuevo para él. Rozó sus labios con calma, se recreó en la suavidad de los mismos, respiró su aliento y poco a poco, empezó a introducir la lengua en su boca de manera tierna. Max sintió como todo su ser reaccionaba a ese beso, tan simple y tan cargado de pasión y significado. ¿Solo era un beso? ¿Cómo podía hacerle sentir tanto? Acompañó esa danza de lenguas con una caricia, que nació cerca de la mejilla de Andy y fue descendiendo por su espalda hasta llegar a la blanda de la ropa interior. Agarrando con fuerza sus caderas la alzó en busca de un lugar donde dar rienda suelta a su pasión, escudriñó con la mirada, el helado estaba derritiéndose sobre la mesa, y un poco más allá el sofá.

La espalda de Andy se posó sobre los cojines y de pronto sintió el cuerpo de Max sobre ella. El peso de él la aplastó de una manera deliciosa, y el calor de su entrepierna se convirtió en una cascada de humedad, como siempre imaginó que ocurriría. Cerró los ojos y se abandonó a la sensación de sus caricias, que recorrían todo su cuerpo sin dejar un resquicio sin mimar. Era tan tierno que estremecía. El corazón le dio un respingo cuando notó como Max hacía descender la última prenda de ropa que la cubría, dejándola desnuda y

entregada, de un modo profundo. Realmente jamás había estado tan expuesta como en ese momento. No pudo reprimir un grito cuando notó la lengua de Max hurgando en su intimidad. Se sintió tentada a apartarlo de una patada, pero se obligó a respirar y relajarse, aunque la idea de hacer algo mal la tenía atrapada en un espiral de confusión, que se fue disipando a medida que Max aceleraba el ritmo de su lengua sobre su clítoris.

—¡Para! —le ordenó cuando vio que no iba a poder reprimir el primero orgasmo— ¡Joder! —gruñó de manera ronca y cerró las piernas atrapando entre ellas a Max— Aaaaaaahhhhhhhh —jadeó dejándose vencer por el placer.

Max sonrió satisfecho de haberle arrancado un primer orgasmo, se alzó y la observó, tenía el rostro encendido y perlado en sudor, su pecho se movía arriba y abajo de manera rápida, y su mirada destilaba pasión. Se acercó poco a poco para poder besar de nuevo sus labios, ella bajó las manos en busca del borde de la camiseta y tiró de ella para poder despojarlo de tan molesta prenda. Max tenía un cuerpo perfecto, más fuerte de lo que recordaba. Mordió sus labios mientras sus manos, ávidas de placer recorrían los músculos de su abdomen.

Quiso decirle que le quería, que siempre había estado enamorada de él, que le había deseado desde que tenía uso de razón, que había sido su fantasía más ardiente en todas las noches de soledad, sin embargo, sabía que no debía hacerlo e hizo que las palabras siguieran en su interior taponando su boca de la única manera que se le ocurrió. Tiró de sus calzoncillos y no le dio tiempo a que terminara de sacárselos que ya había atrapado el glande entre sus labios. Lo besó de manera delicada, humedeciéndolo con su saliva, después fue descendiendo la lengua por toda la envergadura, dejando un reguero de humedad, mezcla de su saliva y líquido preseminal. Le gustó notar como la respiración de él se aceleraba y como todo su cuerpo se tensaba. Alzó la mirada para encontrarse con la suya, oscura y cargada de intenciones. Ella siguió lamiéndole, succionándole, cambiando el ritmo, haciendo que su placer subiera y bajara, como en una montaña rusa. Andy siguió con la mamada hasta que le pareció que Max estaba próximo a llegar al *sumun* del placer, entonces se detuvo y le miró con malicia. Tenía su miembro agarrado con ambas manos, totalmente duro, erecto, húmedo y muy a punto. Andy se acercó despacio y no le hizo falta ni tocarle, solo tuvo que soplar un poco sobre el glande, acariciarlo con su aliento para que Max se abandonara al orgasmo

derramándose sobre sus manos ante la mirada de ambos. Ella sonrió con satisfacción y Max la miró estupefacto.

Se abalanzó sobre ella sin tiempo a que reaccionara, su erección aún no había descendido, Andy le provocaba ganas de más. Ella dio con la espalda en el suelo y él la aprisionó de nuevo bajo el peso de su cuerpo, pero esa vez lo hizo para penetrarla, de manera lenta, entrando y saliendo de su interior con calma, notando como ella se amoldaba a la envergadura de su miembro. Era una delicia y así se lo hizo saber, susurrándole al oído lo mucho que estaba disfrutando con eso y que no deseaba terminar jamás, quería vivir entre sus piernas.

Fue un polvo sin prisas, sin ansia, sin altibajos, de esos que daban un placer tranquilo y constante. Terminó derramándose de nuevo dentro de ella y quedó tendido sobre el suelo, a su lado.

—No quiero que te vayas —le susurró Andy abrazándole.

—No pensaba irme —afirmó él en voz baja.

Cuando esa mañana abrió los ojos notó una punzada de dolor en la cabeza. Tenía la boca pastosa y todo le daba vueltas incluso antes de ponerse en posición vertical. Andy apretó las manos contra las sienes y gruñó por el sol que se colaba por la ventana abierta. Y de pronto todo volvió a ella. Se alzó de sopetón soltando un grito de terror, abrió los ojos que se quemaron con el sol. Miró a su alrededor, pero estaba sola en la habitación. Maldijo para sus adentros, se levantó renqueante y se arrastró escaleras abajo donde toda la casa permanecía en el más estricto de los silencios. Se paseó desnuda por el salón, el pasillo y frente al ventanal que daba al patio trasero, pero no le importó. Estaba a punto de echarse a llorar, gritar y maldecir cuando la puerta de la calle se abrió y entró él, que no pudo evitar mirarla con sorpresa al verla ahí desnuda.

—¿Ya tienes ganas? Desayunamos primero, ¿no? —se burló alzando una caja de donuts.

—Pensaba que te habías marchado.

—Vale, me lo merezco —susurró Max consciente que esa era la fama que le precedía—. Cliché de libro de romántica, solo he ido a por el desayuno.

—Voy a vestirme —susurró ella corriendo escaleras arriba.

Max se sentó en la isleta dejando la cafetera recién preparada en medio. Estaba confuso con todo lo que había pasado la noche anterior. Andy era su amiga y no entendía en qué momento había empezado a verla de otro modo, pero la realidad era que hacía semanas que solo podía pensar en ella. Esperó a que bajara y cuando lo hizo no pudo evitar que su corazón diera un respingo, ¿cómo podía ser? Ella le miró y sonrió, y sin decir nada, cosa bastante impropia de ella, se sentó frente a él, ¿se arrepentía de lo de anoche? Había bebido, puede que hubiera debido mantenerse firme, haberse disculpado y haberse marchado, aunque se hubiese perdido el deleite de su cuerpo, sus besos y sus caricias, ¿qué estaría pensando? Max intentó averiguarlo clavando su mirada en ella, intentando leer en sus ojos si estaba arrepentida, enfadada o...

—Deja de mirarme así —se quejó Andy.

—Lo siento.

—No me arrepiento —le confirmó sabiendo perfectamente lo que el chico pensaba. Max suspiró aliviado—. ¿Tú?

—Jamás —se apresuró a responder y ella sonrió— pero...

—¡No! —exclamó Andy presa del terror—. Por favor no me añadas ningún «pero», te lo suplico. Déjame disfrutarlo un poco más.

—Sin peros —asintió divertido —, aunque solo iba a decir que tengo que irme a trabajar —comentó Max observándola en silencio, estaba nervioso, intranquilo, tenía mucho miedo de haber estropeado su amistad por culpa del sexo.

—Vale... Quieres... ¿Quieres que nos veamos después por la tarde? —preguntó llena de temor, le daba pánico que dijese que no y tenía miedo de que respondiera afirmativamente. Para abreviar, solo sentía terror.

—Sí, salgo a las siete de la cafería.

La mañana pasó relativamente rápida, el mediodía en el gimnasio fue un desastre pues no estaba centrado, podría decirse que había dejado toda su energía en otras actividades físicas, bastante más placenteras. Era raro. Max estaba en la cafetería, Rosa le había echado una bronca por algo de unas latas de refresco que se habían echado a perder, algo que no era culpa suya, pero aguantó el chaparrón de la mujer sin decir ni una palabra, de hecho, a mitad de su discurso, su mente ya se había evadido a la noche anterior y seguía pensando que era raro. Era extraño lo que había pasado y todo lo que estaba

sintiendo.

Conocía a Andy de toda la vida, desde el colegio, siempre había sido una niña algo singular, muy introvertida y solitaria, hasta que se abrió y mostraba su verdadero ser, alocado y extravagante. La verdad era, que si se paraba a pensarlo, no tenía muchos recuerdos de ella en el colegio. Se acordaba más de cuando estaban en la academia. Allí Andy se transformaba. Era fascinante y pronto llamó la atención de los profesores y hasta de su madre, sí, su madre siempre había tenido un gran ojo para el talento y estaba claro que Andy lo tenía a raudales. Max recordó cómo su progenitora siempre decía que Andy llegaría muy lejos, para después darle una colleja y soltarle que no como él, que era un cabeza hueca. Sonrió rememorando aquello. Después crecieron, en el instituto iban en grupos distintos, tanto que eran completamente opuestos, ella era una estudiante brillante con gran porvenir, él se metía en peleas y a veces iba fumado a las clases. Pero de nuevo todo era diferente entre ellos cuando tocaban juntos. Se entendían. Andy fue quien encontró «El garaje» y a él fue al primero que le propuso hacer un grupo. A pesar de que Marian era su mejor amiga, primero recurrió a Max. En aquel entonces, supuso que era para ver si su madre podría ayudarles, sin embargo ahora no tenía tan claro que ese hubiese sido el motivo por el que Andy confió en él antes que en nadie más.

Max soltó un suspiro, dejó las dos tazas de café en medio de la única mesa ocupada del local y volvió tras la barra.

Las señales siempre habían estado allí, pero no había sabido verlas. Al final tendrían razón y era solo una mole de carne y hueso, pero sin cerebro alguno. Andy siempre había estado ahí, a su lado, en los buenos y en los malos momentos. Era esa amiga incansable con la que siempre se podía contar, que ahora se había convertido en una mujer preciosa, eso había captado su atención nada más verla esa mañana en el parque, más alta, más formada, más... dejó de pensar en ella o pronto no podría ni caminar.

—Un céntimo por tus pensamientos —soltó la mujer en la que estaba pensando entrando por la puerta—. Estás muy concentrado.

—Se me estaba poniendo dura —soltó sin pensar Max.

Andy quedó parada frente a la barra con los ojos muy abiertos y una mueca de incredulidad en el rostro.

—Pensaba en ti —le aclaró él, pero la mueca de incertidumbre no

abandonó su bonito rostro, Max soltó una carcajada—. Eo —llamó su atención—. ¿Andy?

—Perdona —sacudió esta la cabeza—. No estoy acostumbrada a tanta sinceridad.

Max lanzó el trapo con el que había secado los platos sobre la barra y se quitó el delantal, se despidió de Rosa con un hasta mañana y empujó a Andy fuera del local. Ya era casi de noche. Estaban en otoño, bonita estación. Caminaron en silencio un par de calles, Max la miraba de reojo, en realidad no sabía muy bien qué hacer y a decir verdad, no tenía ni la más remota idea de a dónde iban, simplemente estaba siguiendo los pasos de ella, que parecía igual de absorta y desorientada que él. Cuando al dar la vuelta volvieron al punto de origen no pudo evitar soltar una carcajada tan fuerte, que la gente de la plaza se giró para mirarlos.

—Andy, ¿qué se supone que estamos haciendo? —le preguntó.

—No sé, ¿por qué tengo que saberlo yo? —respondió ella con otra pregunta.

—Yo te estaba siguiendo —contestó Max.

—Pues yo te seguía a ti... ¿Ahora qué? —replicó Andy.

Max volvió a reír, la tomó de la mano tirando de ella y buscó sus labios y su lengua, un beso húmedo que ganó en intensidad y por su puesto la admiración de quienes estaban observándoles.

—¿En tu casa o en la mía? —inquirió alzando una ceja.

—Lo tuyo no es una casa, es una pocilga.

—*Touché*. Entonces pasamos a por unas pizzas y nos atrincheramos en la tuya —propuso con un guiño, ella no pudo más que sonreír.

Había pasado una semana. Una semana de felicidad, siete días de ir y venir, de ensayar, de esperar la llamada que no llegaba y Andy cada vez estaba más nerviosa. Llegó a casa cansada, descendió de esos infernales tacones y se quitó el horrible uniforme que le obligaban a llevar. Encendió el reproductor y soltó su pelo. Cogió una tarrina de helado de vainilla y al hacerlo sonrió como una estúpida. Paseó por la casa y entre cucharada y cucharada, iba recogiendo todas las cosas que Max tenía por en medio, rebufó, pero lo hizo con una

sonrisa de oreja a oreja. Era feliz, se sentía dichosa, y a su mente acudió esa frase de que todo lo importante en esta vida cuesta de conseguir, casi quince años, ni más ni menos, aunque la sensación de no haberlo logrado del todo seguía planeando sobre ella. Sacudió y alejó esos pensamientos, ahora quería disfrutar de su sueño hecho realidad, si más adelante todo se derrumbaba, como castillo de naipes, ya se preocuparía entonces. Se dejó caer en el sofá, lamiendo despacio la última cucharada que había rebañado de la finiquitada tarrina.

Max dejó el local barrido y todo organizado para el día siguiente. Rosa llevaba dos días delegando en él el cierre, lo que propiciaba que saliera más tarde de lo acostumbrado. Tenía que buscarse otro trabajo. Echó la llave y la metió en el bolsillo de la chaqueta, empezaba a hacer frío por las noches. La vio de lejos, estaba sentada en uno de los maceteros de la plaza. Alzó la mano para llamar su atención.

—¿Podemos hablar? —preguntó Marian más por cortesía, pues no importaba lo que él fuese a responder.

—He quedado con Andy —respondió Max.

—Con más motivo —rebatió seca Marian.

—Dispara.

—No quiero que pienses que me meto dónde no me llaman...

—Pero lo vas a hacer de todos modos, no me molesta —le ofreció un cigarrillo que ella rechazó.

—Lo estoy dejando.

—Yo debería dejarlo también... —comentó. Aspiró y dejó que el humo se disipara poco a poco— Sé qué es lo que vas a decirme.

—Siempre has sido un tío muy listo.

—Y guapo.

Marian soltó una carcajada.

—Supongo —dijo haciendo una mueca—. No quiero que le hagas daño. Espera —cortó su conato de respuesta— sé que me dirás que no quieres hacérselo, y yo te voy a creer, porque te conozco desde hace mucho, sé como eres, eres un buen tío, no digo que quieras hacérselo, pero... Ella lo pasó fatal cuando te fuiste, ¡joder! —se lamentó— Si supiera que estoy hablando contigo

se pillaría un rebote...

—No voy a decirle nada, tranquila.

—Estuvo noches enteras llorando por tu culpa. Es mi mejor amiga, y la mejor persona que he conocido jamás, te quiere mucho, siempre ha estado colada por ti, y...

Esa confesión no le cogió totalmente desprevenido, pero escucharlo en voz alta le hizo sentirse mal, se odiaba por haberle hecho eso a Andy, si no se hubiese marchado... pero en ese entonces era un verdadero capullo, de hecho, había sido un gilipollas hasta hacía bien poco, y tenía intención de no volver a caer en ello. Quería hacer las cosas bien, ser alguien mejor, ser el hombre que Andy merecía.

—No tengo intención de hacerle daño Marian, de verdad.

—Solo digo qué como se lo hagas, voy a tener que matarte.

—Lo sé —le contestó Max y estampó un sonoro beso en su mejilla que ella se apresuró en limpiar.

—Asqueroso —remugó.

—¡Nos vemos mañana en el ensayo! —se despidió Max empezando a correr calle abajo.

Cuando llegó a casa de Andy eran casi las diez de la noche. Tocó al timbre y aguardó a que ella le abriera, pero pasados unos minutos no se escuchaba nada al otro lado de la puerta. Intentó mirar en el interior a través de la ventana que daba al salón, pero las luces estaban apagadas, y las cortinas echadas. Rebufó. Hizo un segundo intento antes de desistir. Saltó los tres escalones del pocho y se dirigió a la calle, tenía hambre y estaba cansado, ahora tendría que ir hasta su piso y no tenía nada de comer allí.

No escuchó los pasos a su espalda, ni intuyó su presencia hasta que saltó encima suyo para hacerle tambalear y caer de bruces al suelo. Antes de poder girarse algo impactó directo a sus costillas, su grito rompió el silencio de la noche. Una segunda patada en el estomago y ya no podía levantarse ni defenderse, simplemente se acurrucó sobre sí mismo para intentar protegerse lo mejor que podía, y así estuvo unos segundos interminables, encajando un golpe tras otro hasta que el grito de Andy se sobrepuso a todo ese dolor que amenazaba con hacerle perder la conciencia.

Giró al tiempo de ver la mirada desencajada de Heit, el odio que escupían sus ojos, la mueca de asco que sentía al mirarle. Y tras él, los apresurados pasos de Andy, que gritaba desesperada para que se detuviera. Heit estaba fuera de sí, totalmente ido, giró con ímpetu para evitar que Andy llegara hasta Max, y lo hizo con tanta fuerza que ella cayó de espaldas al suelo. Eso fue más de lo que Max pudo soportar y sacando fuerzas de donde no le quedaban se alzó y se abalanzó sobre Heit cayendo y rodando los dos por el suelo.

—¡No la metas! —escupió Max mientras golpeaba con saña al que una vez fue uno de sus mejores amigos— ¡No la metas en esto Heit! ¡No metas a Andy en esto! —seguía farfullando.

—¡Para! ¡Para! ¡Por favor Max!

Le llevó aún unos minutos salir de ese trance en el que se había metido y ser consciente que quien le instaba a detenerse era Andy, la cual lloraba presa del terror. Y se dejó coger y arrastrar hacia atrás, dejando el espacio suficiente para que Heit se levantara del suelo. Andy se situó frente a Max, con clara intención de protegerle si Heit decidía volver a iniciar una confrontación, y así fue como los dos quedaron uno delante del otro. La tristeza que emanaban los ojos de Heit hicieron mella en el interior de Andy, y poco a poco fue relajando todo su cuerpo para dar un paso en su dirección, sin embargo antes de dar un segundo paso Max la agarró del brazo para detener su avance y hacerla a un lado, cubriendo parte de su menudo cuerpo con el suyo propio.

—No mereces ser feliz —soltó cargado de odio Heit.

—¿Crees que no lo sé?! —vociferó Max con la voz rota.

—Ninguno lo merecemos... —Heit pasó el dorso de la mano por la sangre que brotaba de su ceja— No mereces que nadie te quiera, ¡no te la mereces!

—Lárgate de aquí Heit, si no quieres que llame a la policía —reaccionó Andy sobreponiéndose a la angustia del momento.

Max alzó la mirada para enfrentarse a sus azules ojos, siempre tan fríos, aunque en ese instante, irradiaban una profunda tristeza. Los dos se habían enamorado de Lena, o al menos eso creía hasta hacía tan solo unas semanas. Pues ahora, estaba hecho un lío con lo que había sentido y lo que sentía. No obstante frente a él se presentaba un Heit totalmente devastado, mientras él

estaba rehaciendo su vida junto a una mujer maravillosa, que no merecía que le salpicara toda la mierda que arrastraba.

—¡Lárgate! —volvió a gritar Andy.

Heit dio un último vistazo a la pareja antes de dar la vuelta sobre sí mismo para alejarse de ahí. Dolido por fuera y totalmente roto por dentro.

—¡Heit espera! —gritó Max— No te vayas... ¡Espera!

—Lo último que necesito es que seas precisamente tú, el que sienta lástima por mí —escupió Heit.

Max le vio alejarse, dudó si ir tras él o no, pero Andy le agarró del brazo para que no se moviera de donde estaba y le dejara marchar.

—Andy...

La miró igual que si no la hubiese visto en todo ese rato, la contempló como si la viera por primera vez, esa niña con *brackets* en los dientes que tocaba el piano como si ese instrumento hubiese sido creado especialmente para ella. La mujer que había despertado algo tan profundo en él, que le había descubierto el amor en el sexo y el sexo en el amor. La mujer con la que quería pasar el resto de su existencia y sin embargo, la miró como si acabara de comprender que no era suya y jamás lo sería, la observó consciente que la acababa de perder sin apenas haberla tenido.

—¿Puedes andar? —preguntó Andy agarrándolo de la cintura para que cargara el peso en ella— ¿Quieres que llame a una ambulancia o...?

—No, estoy bien —atajó Max.

Entraron en la casa y Andy le ayudó a sentarse en el sofá, la sangre reseca había empezado a formar una costra en su rostro, y parte de su pelo estaba manchado y pegado. Pero, sobre todo, la que más había sufrido eran sus costillas, notaba toda esa zona hinchada. Le había pillado por sorpresa y por la espalda, así era Heit. Sin embargo su enfado con él se había disipado poco a poco, dejando paso a otros sentimientos, estaba tocado y hundido, y temía que fuese a hacer alguna locura pero, tampoco era que él pudiese intervenir

para evitarlo, seguramente ir a buscarle fuese aún peor.

Andy entró en el salón con una bolsa de hielo picado, solo tenía una y cuando llegó frente a Max y revisó de manera visual sus magulladuras, no supo por cual decantarse.

—Las costillas —le susurró él— o mañana no podré moverme.

—Max... yo... —trató de iniciar una conversación. Se sentó a su lado sujetando la bolsa en su costado.

—¿Tú estás bien? ¿Te ha hecho daño? —Andy negó con la cabeza— Lo siento.

—No es culpa tuya... bueno, supongo que sí lo es, pero no has sido tú quien me ha empujado.

—Andy... —cogió él mismo la bolsa y se incorporó como pudo en el sofá — Andy... Vamos a tener que dejarlo.

—¿Qué? —chilló apartándose un poco de él— ¿Por qué?

—Pues porque te quiero.

Era la primera vez que alguien que no era de su familia le decía un «te quiero» pero el contexto donde Max había pronunciado esas palabras la dejaron total y absolutamente fuera de juego. Descolocada y perdida. No era así como debía sonar su primer «te quiero», ese con el que había fantaseado tantas veces, el que quería recordar para siempre y poder contarle la bonita historia a sus hijos.

—Vale, vas a tener que volver a explicármelo porque creo que no te he entendido —dijo intentando controlar el manojito de nervios en el que se había convertido.

—No soy quien piensas que soy... Soy un mal tío, he hecho cosas horribles —le explicó sin poder evitar que sus ojos se encharcaran—. Una chica como tú merece a alguien mejor que yo.

—Nunca me ha gustado que tomen decisiones por mí así que, si no te importa, seré yo quien decida quién es o no es bueno para mí. ¿Te has enterado? —gruñó Andy.

—No quiero hacerte daño.

—¡Pues no me lo hagas! —exclamó rompiendo a llorar.

—No es tan sencillo... —trató de decirle.

—¿Qué es? Joder Max, me estás acojonando... Déjame ayudarte, nada

puede ser tan malo.

—Le hice mucho daño a alguien...

—Lena. —El nombre salió sin más entre sollozos.

Max asintió y se dejó caer hacia atrás en el sofá.

—Lo siento Andy, esto no debería haber pasado, tú mereces un buen tío, tú...

—No me importa nada de lo que hayas hecho hasta llegar aquí, solo me interesa dónde estás ahora y lo que hagas a partir de este momento.

—No quiero perderte, pero es imposible que permanezcas a mi lado después de lo que te voy a contar.

—Lo imposible ocurre constantemente.

Capítulo 8

—¡No lo entiendo! ¿Tiempo? Tiempo ¿para qué?

—Tengo que dejarlo reposar —susurró Andy sabiendo que esas palabras no convencerían a Marian.

—El vino, la masa de las galletas, esas cosas sí se dejan reposar, pero no una relación.

Marian se levantó del sofá y arrancó la tarrina de helado de entre las congeladas manos de Andy, que solo emitió un gruñido a modo de queja. Pensaba que las tardes de helados y lamentaciones habían quedado atrás. Iba a matar a Max, una muerte dolorosa, tenía mucha imaginación y tiempo libre como para que se le ocurriera algo horrible y espantoso.

Andy seguía con la mirada fija en la tarrina de helado, pero no decía nada, estaba como ida, Marian movió a derecha e izquierda la tarrina viendo como Andy la seguía con la mirada de manera autómata.

—No entiendo una mierda —dijo sentándose y devolviéndole el helado.

—No tengo ganas de hablar de eso ahora.

—¿Pero has sido tú? ¡No lo entiendo! Llevas toda la puta vida enamorada de ese gañán y ahora que lo tienes...

Andy se dejó caer hacia atrás en el sofá y se acurrucó sobre sí misma, confundida, aturdida, rota, como llevaba las últimas horas, desde que Max se había marchado de su casa poco después de confesarle todo lo que había vivido al lado de... No, no podía ni pronunciar su nombre. Si Marian decía no entenderla a ella, ella no podía comprender a Max. Lo intentaba, de verdad que sí, trataba de emplear su fórmula mágica, ese «es Max» que valía siempre para todo, sin embargo en este caso, no era así.

Siempre había estado enamorada de él, era un chulo, un macarra que gustaba de pelearse con todos, que no se amilanaba con nada y competía por todo. Pero a pesar de esa fachada que se había construido, ella conocía ese interior dulce, Max siempre había sido un buen tío y no entendía, no encontraba justificación alguna para lo que le había explicado. ¿Y John? Incluso le sorprendía de Heit, aunque siempre había estado un poco loco, de

esa clase de chicos que no sabías nunca si bromeaban o hablaban en serio, del tipo que daba escalofríos, aún con eso, todo lo que le había contado Max era tan horrible que se estremecía solo de pensarlo. Andy dejó escapar un nuevo suspiro entre sus labios.

—Puedes suspirar todo lo que quieras, que no vas a solucionar nada con eso —la regañó Marian.

—Lo sé.

—Andy —dijo tirando de ella para que se sentara— solo dime una cosa, ¿le quieres?

—Claro.

—No sé qué es lo que ha pasado, pero seguro que tiene solución, dicen que todo lo tiene menos la muerte, y sea lo que sea, está hecho polvo, supongo que por eso regresó y ha roto su amistad con los otros dos... Eso es un punto a su favor. No quiero justificar lo que haya pasado, porque ¡no sé qué es! Pero él te quiere...

—Lo sé —reiteró Andy.

—Voy a ir a hablar con él —anunció Marian resuelta.

—¡No! —exclamó Andy.

—Oh sí...

—Marian, por favor...

—Andy, eres mi mejor amiga y las amigas hacen esas cosas, partirle la cara a los gilipollas... ¿No has visto Sexo en Nueva York? —le preguntó ufana Marian.

—Creo que ahí no parten caras.

—¡Pues deberían!

Era imposible detener a Marian, si ya en condiciones normales era infructuoso, en el estado en que se encontraba Andy ni se lo podía plantear. Solo quería comer helado, dormir y llorar, llorar, comer helado y dormir, o diferentes combinaciones con esas tres premisas como eje principal.

¿Cómo había podido Max acceder a esa locura? Él no era así... No era el Max que ella conocía, su Max era diferente, era él único que no se burlaba de ella por los *brackets* o por ser una flacucha... Era el tío que con una guitarra en la mano era capaz de obrar milagros, que siempre estaba al lado de sus amigos, en lo bueno y en lo malo, Max era un hombre leal, brutalmente sincero y a la vez la clase de tío al que se le podía confiar un secreto sabiendo que

jamás traicionaría la confianza depositada en él. Y si era sincera consigo misma, cosa que le costaba horrores en ese momento, puede que lo que más le doliera, no era todo lo que habían «jugado» con esa chica, sino que Max le había confesado que se había enamorado de ella, por ese motivo había sido él quién le había dado el empujón para que pudiera irse... Enamorado de ella... Andy sintió como de nuevo todo su cuerpo sucumbía a la tristeza.

Y llegados a ese punto, no sabía qué debía hacer, nunca había sido una chica decidida, de haberlo sido, seguramente toda su historia con él habría sido diferente. Ella era de las que dejaba el tiempo pasar. Si algo podía poner las cosas en su lugar, ese era el tiempo, aunque el lugar de Max fuera lejos de ella.

Había pasado ya todo un día, veinticuatro horas... Max miró el móvil por enésima vez en el último rato. Despidió a los alumnos entregándoles unas partituras que debían ensayar para la siguiente clase, observó el móvil de nuevo, enfundó la guitarra y se sentó en la silla derrotado.

Ella le había pedido tiempo. Tiempo para pensar. Tiempo para aclararse. Tiempo para terminar decidiendo que él no la merecía. Una mano estampándose contra su nuca le hizo reaccionar y regresar al presente.

—¡Joder! —se quejó por el fuerte golpe de su madre.

—¿Se puede saber qué le has hecho a Andy!?

—¡Me cago en mi vida! ¿Pero cómo te enteras siempre de todo? —inquirió Max poniendo mala cara.

—Pues porque esto es un pueblo y aquí todo se sabe. Mira Max... pensé que dejarte ir a vivir con tus amigos sería al fin y al cabo una buena experiencia para ti. Madurar y esas cosas, no obstante está claro que me equivoqué.

—Vale, también sabes lo de Heit.

—¡Claro que lo sé! Os vio la mujer de Ricardo peleando como dos animales frente a la casa de Andy.

—¡Empezó él! —exclamó y acto seguido se sintió de lo más ridículo.

—Maxwell, volveré a intentarlo, porque la paciencia de una madre es infinita... ¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó su madre con un tono cercano al susurró, se sentó frente a él cogiéndole de la mano— ¿Qué ha pasado? Intento entenderlo hijo, pero... es que no puedo... Tú no eres así y estoy preocupada, llegaste tan triste y ahora que parecías de nuevo feliz... No

sé de qué manera puedo ayudarte cariño, no me cuentas nada, yo...

Max miró la manera en la que su madre acariciaba tiernamente el dorso de su mano. Era una buena mujer, su padre era un buen hombre, le habían dado una buena educación y colmado de atenciones. Puede que le hubiesen forzado un poco con todo lo de la música, pero no les podía culpar por ello, sus padres eran grandes músicos también y siempre habían deseado que su hijo siguiera sus pasos. Supuso que eso era lo normal.

—No ha pasado nada mamá —susurró ahora siento él el que tomara su mano—, y te prometo que arreglaré las cosas con Andy —sonrió con amargura—. Si ella me deja, voy a demostrarle lo mucho que la quiero.

—Me alegra escuchar eso, es una buena chica —comentó su madre forzando una sonrisa.

—Si sobrevivo... —Y su tono de voz pasó de dulce susurró a un aullido cercano al terror.

En la puerta del aula Marian estaba observando la tierna escena de madre e hijo, había llegado dispuesta a coger a Max del cuello y arrancarle la cabeza, sin embargo esas últimas palabras que había dicho él habían disipado un poco, solo un poco, sus ansias de matarlo.

—Todo tuyo Marian —dijo la mujer soltando a su hijo y acariciando su mejilla de manera tierna—, pero si os tenéis que pelear, hacedlo fuera de aquí.

—Por supuesto —respondió Marian.

—No le hagas mucho daño —murmuró la mujer al pasar al lado de la chica.

—Lo intentaré.

Salieron a la calle y caminaron en silencio un par de manzanas, hasta llegar cerca del parque. Max iba siguiendo a Marian, empezando a temer que le quisiera llevar a algún lugar apartado para realmente cumplir su amenaza. Le dolía todo el cuerpo de la pelea con Heit, si es que había podido considerarse una riña, pues sentía que bastante poco había golpeado él.

Marian seguía ensimismada, perdida en su mundo, caminando, seguramente intentando disipar su rabia. Se paró de pronto divisando un banco de madera y dirigiendo sus pasos hacia allí.

—¿Tienes un cigarrillo?

—¿No lo estabas dejando? —inquirió Max, arrepintiéndose del comentario al momento y sacando enseguida el paquete para ofrecerle uno.

—¡Ni veinticuatro horas! —exclamó después de la primera calada— Hablé contigo y acto seguido... Dame una buena excusa Max, algo que haga que no quiera matarte cada vez que te tenga cerca.

—La quiero.

—No es suficiente. Finge por un momento que eres un adulto y dime por qué...

—Marian... —susurró tomando aire— No sé qué es lo que quieres que te diga, quiero a Andy de verdad, en estos meses ha sido... ¡cómo si el tiempo no hubiese pasado! Y me he dado cuenta de muchas cosas, cosas que antes no había visto, y me he enamorado. Me he enamorado de la fantástica chica que ya era entonces y fui tan gilipollas que no supe ver, y de la mujer que es ahora y que ¡joder! Salta a la vista, es preciosa y perfecta, es más de lo que un tío como yo podría soñar... ¿Quieres que te lo diga? No la merezco y si no logro que me perdone... puede que ese sea el castigo que deba pagar... Mi penitencia por todo lo que he hecho.

—¡La quieres! Joder, no lo entiendo, la quieres y vas y la jodes.

—Bueno, para ser sinceros, la jodí ahora hace más de un año... —masculló Max.

—Pero, ¿qué hiciste? ¿Has matado a alguien? Ella no me lo ha querido contar —Marian aguardó, pero la paciencia no era uno de sus fuertes—. ¡Está bien! No me lo cuentes. Me importa una mierda lo que hicieras con esos dos capullos, lo que me importa en realidad es lo que vas a hacer ahora, ¡arreglarlo! —exigió—. No puede ser que algo que pasó hace tanto tiempo y que nada tiene que ver con ella le joda la vida ahora, Andy no se merece esto.

—Estamos de acuerdo, ella no merece nada de esto...

—Escúchame bien, Andy merece un puto final de cuento de hadas. ¿Me has entendido? Así que no sé cómo piensas hacerlo, pero ¡hazlo ya! —le instó con vehemencia.

—Voy a hacer que me perdone.

—Más te vale Max, porque sino habrás perdido la oportunidad de estar con la mujer más maravillosa del mundo.

—Lo sé, créeme que lo sé —dijo con pesar.

Realmente lo era, Andy era la mujer más extraordinaria que había conocido nunca, y se maldecía una y mil veces por no haberlo sabido ver antes. Era un estúpido, lo había sido siempre, lo era en el colegio, en el instituto, lo fue de más mayor y más recientemente lo había sido con Lena. Solo esperaba que no fuese demasiado tarde para enmendar sus errores, empezando por Andy... Solo quería que ella fuese feliz. Max se estremeció cuando el aire helado del invierno se arremolinó a su alrededor.

Habían pasado ya cuarenta y ocho horas. Max estaba sentado en la mesa de la cafetería, releyó lo que llevaba escrito y después de valorarlo, sopesarlo y analizarlo, concluyó que era una mierda. Arrugó el papel y lo tiró al suelo.

—Después vas a limpiarlo todo tú —le recordó Rosa.

Miró el móvil con la esperanza de encontrar algún mensaje, alguna llamada que se le hubiese pasado, aunque era complicado, pues llevaba dos días atento a ese chisme como jamás había estado pendiente de otra cosa. Suspiró cuando la pantalla le mostró que no había actividad alguna, gruñó antes de volver a dejarlo sobre la mesa. Había pensado en ir a verla, pero no quería agobiarla, intentaba ser capaz de darle su espacio como ella había pedido, sin embargo la espera le estaba matando, una muerte lenta, dolorosa y agónica, justo la clase de muerte que sabía que merecía. Pensó en Heit y al hacerlo volvió a dolerle el cuerpo entero, pero sobre todo, en lo que más pensaba era en sus palabras y su mirada, desencajada y roja, llena de ira, de odio, resentimiento... y las palabras cargadas de verdad. Una verdad sobrecogedora. Heit estaba tan roto que dolía, era su amigo, no obstante en ese momento le pudo su propio egoísmo, y él necesitaba recuperar a Andy. Siete meses habían valido para destrozar sus vidas y ahora, de propina, la de ella. No merecía eso, Andy era una buena chica, una buena persona, no era justo que todo eso la hiciera infeliz. Max dejó caer la cabeza sobre la mesa golpeando la frente sobre la madera. Estaba acabado. Si no era capaz de lograr que le perdonara ya nada tendría sentido. Sonaba fatalista, pero era verdad. Había sentido algo parecido con Lena, aunque ahora, con el paso de los meses, veía que lo que Lena había despertado en él era compasión y un sentimiento exacerbado de intentar protegerla, evitar que se hiciese más daño. ¿Amor? Ahora no estaba seguro. Ahora era más consciente que el amor era un sentimiento puro que llenaba de felicidad, de alegría, que hacía reír, que

disipaba las penas y las tristezas, un sentimiento que llenaba por dentro y te hacía creer que podías comerte el mundo. No había sentido eso con Lena. Con ella no hubo risas, solo remordimientos, culpa, frustración, miedo... Lena era una mujer rota que él había intentado remendar, pero estaba claro que era un imposible si ella no quería. Aun así, seguía pensando en ella, en dónde estaría, qué haría o con quien. Sentía que debía haberla protegido mejor, puede que hubiese tenido que ir con ella o llevársela con él, cuidarla y evitar que volviese a hacerse daño.

Seguía con la frente pegada sobre la mesa. La levantó un poco cuando escuchó el sonido metálico de una de las sillas. Óscar le miró de hito en hito, rebufó, cogió uno de los papeles de la mesa y otro del suelo, los alisó como pudo y leyó lo que en ellos había escrito. Una mueca se dibujó en su rostro.

—Tienes que escribir lo que te salga del corazón, no intentes encajarlo en nada, de eso nos encargaremos nosotros.

—¿Vosotros? —inquirió Max terminando de alzar la cabeza.

—¿Crees que vamos dejarte solo en esto? —señaló los papeles— Eres un paquete componiendo y ¿hip hop? Pppfff... ¿No había nada peor?

—¿Lo haríais por mí?

—No te confundas amigo, yo por ti no haría una mierda, lo hago por Andy, no quiero verla así —le aclaró Óscar.

—Supongo que gracias de todos modos —respondió Max.

Óscar se levantó de la silla sacando un cigarro de la cajetilla y dejándoselo entre los labios sin encender, volvió a mirar a Max y todos los papeles por allí esparcidos. Suspiró y se despidió de él.

Pasó las siguientes horas enfrascado en ello. Nunca se le había dado muy bien el tema de la composición, pero quería ser capaz de hacerlo, porque de eso se trataba de «ser capaz de», capaz de escribirle una canción, ser capaz de que le perdonara, ser capaz de hacerla feliz, aunque esto último creía que no sería difícil lograrlo, solo necesitaba la oportunidad de demostrárselo.

Esa semana había pasado dolorosamente lenta, como si el tiempo se confabulara contra él solo para hacerle sufrir. Sin embargo ya era viernes, tenía todo preparado, todos estaban listos, los instrumentos montados. Su madre ejercería de gancho para atraer a Andy hasta la plaza del pueblo y allí la sorprendería, no obstante había un problema, un ligero, minúsculo y ridículo

problema. Estaba bloqueado. Como ninguna otra vez en su vida. Sudaba tanto que, a pesar del frío helado y la nieve que había enharinado el pueblo, tuvo que cambiarse la camiseta ya dos veces y no descartaba una tercera. Miró el reloj de su muñeca, solo faltaban escasos diez minutos para que Andy llegara, podían ser unos pocos más o tal vez unos pocos menos, tenía que estar preparado, pero no podía moverse de esa silla donde Marian le había sentado hacía un rato.

—Toma —Diana le ofreció un botellín de agua fría— respira Max, tú solo respira.

Intentó sonreír, pero sentía que, si forzaba la mueca, terminaría devolviendo todo el contenido de su estómago. Tenía náuseas solo con pensar en moverse.

—No has llegado hasta aquí para ahora acojonarte, sube ahí arriba y canta ¡joder! —insistió Jayden, a lo que Diana asintió.

—Venga hijo, sé que puedes hacerlo —le animó su padre que le miraba con extrema preocupación—. Dale otra de esas —instó el hombre a Marian que enseguida rebuscó otra pastilla.

—Le estáis hinchando a mierda —se quejó Jayden.

—Bueno cruasán, no le van a hacer un control antidoping.

—A ver si le van a sentar mal —dijo Víctor sentándose al otro lado de Max.

—¿No serían mejor unas Valerianas? —preguntó su mujer, Gloria.

—Yo le hago un café de los míos y ya veréis como espabila. ¡Venga chico! Que he cerrado la cafetería solo por verte —se quejó Rosa.

Max se sentía apabullado y empezaba a plantearse si no habría sido mejor su idea inicial, lo típico, él bajo su ventana guitarra en mano, sin más acompañamiento que ellos dos. Pero no, tenía que dejarse convencer y montarlo a lo grande, de ese modo solo podían pasar dos cosas, que frente a tanta gente se viera algo forzada a perdonarle, o que su tajante negativa le hiciera hacer el ridículo más espantoso del mundo, en presencia de todos sus amigos y conocidos. Cada uno opinaba, hablaba, decía y le aconsejaba, por turnos o todos a la vez, cosa que aún le confundía más, hasta el extremo de sentir ganas de gritar y casi de llorar. Sus voces se mezclaban dentro de su

cabeza y pronto lo harían enloquecer, es posible que fuese lo que pretendían, dejarlo aturdido hasta el punto que actuara por inercia y sin control.

—No va a lograrlo —empezó a decir una voz que se alzó por encima del resto, o bien pudiera ser que su negativa hubiese acallado a todo el mundo allí presente—. ¿Me has escuchado? No serás capaz —repitió y su risa reverberó por encima del sonido de la plaza—. Lo estoy viendo, vas a quedarte aquí gimoteando y ¿sabes qué es lo que va a pasar? Lo que llevo años currándome, que Andy pasará definitivamente de ti y será mía. Ella será mi chica.

—Los cojones —gruñó Max alzando la cabeza que había escondido entre sus manos.

Frente a él Óscar seguía mirándole con suficiencia.

—Llevo tiempo trabajando en una canción, «Ella será mi chica» ¿Quieres escucharla? —soltó con un tono metálico.

Max se levantó de la silla para enfrentar sus ojos, ambos se miraron y el tiempo pareció detenerse entre ellos, con las miradas suspendidas y los puños apretados.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió Óscar con los labios apretados.

—Cantar y recuperar a MI chica.

—¡Pues venga! —gritó Marian— ¡Está a punto de llegar! Todos a su sitio.

Max clavó la mirada en Óscar por última vez antes de subir a esa tarima que habían improvisado como escenario. Su madre había hecho todos los trámites para poder hacerlo a lo grande y como pretexto, lo llamó pequeño concierto de Navidad. Después de él, actuarían un par de alumnos más de la escuela.

Se situó en medio de la tarima, cogió la guitarra y respiró hondo. A su lado Óscar hizo lo propio y también Marian, un poco más atrás estaba Víctor con la batería. Movié el cuello a derecha e izquierda haciendo crujir todas las vértebras. Tomó aire. Puede que fuese la última vez que respirara hasta que terminara de cantar.

La vio aparecer a lo lejos, tan preciosa como siempre. Iba escondida bajo un anorak oscuro y llevaba un divertido gorro con orejas de gato que le tapaba

el pelo y parte de la cara, aun así pudo ver la sorpresa en sus ojos. Miró a su alrededor, sin entender nada, parecía confusa y clavó los ojos en él. Max sintió como su verde mirada le atravesaba y le tocaba el alma, como nadie en la vida habría podido hacer. Agarró con fuerza el instrumento, para intentar que el temblor de las manos no estropeará la canción, se acercó al micrófono y sin apartar los ojos de ella susurró.

—Esto es para ti, espero que algún día, no muy lejano, puedas perdonarme.

*Ahora sé, que siempre lo supe
Aunque no lo quisiera ver
Puede que ahora sea demasiado tarde
Jamás supe lo que iba a perder*

*Me dijiste que no viviera en el pasado
Y yo ya no concibo un futuro sin ti
Eres mi luz, mi faro, mi estrella y mi guía
Y yo tan estúpido que ni lo sabía*

*Reapareciste de nuevo en mi vida
Para poner mi mundo patas arriba
Con tan solo una simple sonrisa
Hiciste presente la nostalgia de esos días*

*Me duele hasta la piel si no estás a mi lado
Ese brillante amanecer, lo oscuro de mi pasado
Pero claro, saco en claro: somos noche y día
Clarifica que los polos opuestos se necesitan*

*Sigo siendo ese que fui, distante para ti
Pero Andy, yo no te merecía
Ahora dime sí y no te andes con rodeos
Fijo el trazo de mis notas, por el de tus deseos*

*Reapareciste de nuevo en mi vida
Para poner mi mundo patas arriba
Con tan solo una simple sonrisa*

Hiciste presente la nostalgia de esos días

Temblaba. No había dejado de hacerlo ni un solo momento desde que la voz de Max la había acariciado por primera vez. A la segunda estrofa ya no había podido contener el llanto, y ahora sus mejillas debían estar emborronadas de máscara de pestañas. Cuando la canción terminó todos los ojos giraron hacia ella. No sabía si debía quererle por lo que acababa de hacer u odiarlo por ese mismo motivo. Intentó dar un paso en su dirección, pero estaba claro que la distancia que les separaba sería un largo trecho si no conseguía templar su estado de ánimo y dejar de temblar. Observó entre la neblina de su llanto cómo él dejaba la guitarra y saltaba de la tarima para aproximarse a ella, lo hizo a paso lento, como retardando el momento de reencontrarse, seguramente temeroso de cual sería su reacción, una reacción que ni ella misma iba a ser capaz de controlar. Le quería, estaba claro que lo amaba por encima de todas las cosas, así había sido durante años, sin embargo la sombra de la duda planeaba sobre ella los últimos días, pues lo quería por entero, con sus manías, sus múltiples defectos, con sus borderías y sus malas formas, lo quería a pesar de ser un chulo y un desordenado, no obstante lo necesitaba todo de él, no quería conformarse con menos. Y sentía qué, de algún modo, ella era su premio de consolación. Siempre estaría Lena en su cabeza, su memoria y hasta, en cierto modo, en su corazón. Fuese porque la había amado o porque se sintiera culpable por lo que había ocurrido, de algún modo Lena siempre permanecería allí y ella no quería tener que estar compitiendo con eso.

Pero no podía ser injusta, Max había vivido, había amado, había recorrido su camino y ahora llegaba a ella. Puede que de no haber ocurrido todo de ese modo nunca se hubieran reencontrado.

Sintió como ambos puños se cerraban al pensar en ello, y ya solo dos pasos la separaban de él. Max la miró y en sus ojos no se veía arrepentimiento, ni dudas, ni tristeza, no veía remordimientos, rabia o ira. Lo único que se podía leer en su oscura mirada era amor. Andy sintió como se le paraba el corazón en el instante en el que él cogió una de sus manos. Max la quería, no albergaba dudas en eso, y si realmente dudaba de algo, la oscura mirada de él, tan cargada de amor, acababa de fulminar todas esas vacilaciones. Jamás nadie la había mirado así, nunca nadie la había hecho sentir como Max, incluso antes ni

tan siquiera de ser consciente de ello.

—¿Qué me dices? —susurró él simplemente al llegar frente a ella.

—Podemos empezar ensayando un poco y ya veremos qué sale de todo esto, ¿te parece? —respondió ella repitiendo las palabras que él mismo le había dicho meses atrás en referencia al grupo.

—Tendré que conformarme con ello, supongo.

—Deberás.

Max soltó una estruendosa carcajada y tirando de su mano la hizo tambalear para rodearla por la cintura. Andy se dejó atrapar por sus brazos, se arrellanó en su abrazo pegándose a su cuerpo, buscó sus labios para comprobar como ellos solo destilaban toneladas de cariño y una infinita ternura. Esas cosas una mujer las sabía.

Max dejó su alma en ese beso, como si fuese el primero, lo degustó como si fuera a ser el último, la apretó contra sí y respiró el aroma a perfume que emanaba siempre su cuerpo, la ternura de sus mejillas sonrosadas, el calor de su menudo cuerpo apretándose contra él. El sabor de sus labios, esos besos que hacían que se le erizara la piel y no pudiese pensar en nada más que no fuese en no darles fin. La quería, la quería con toda el alma, la quería como se quieren todas las cosas que cuestan conseguir, como ese tesoro que no sabías que tenías hasta que lo recuperas del fondo de tus recuerdos y sabes que se ha hecho un hueco en tu corazón, como lo más importante de uno mismo. Y quiso decírselo, lo intentó, sin embargo no era bueno con las palabras, nunca lo había sido, pero no importaba, ella lo sabía.

Andy buscó su mirada, esos ojos negros que nunca podían mentir, y supo qué, si bien tendría que aprender a asimilar todo lo que Max arrastraba, ella le ayudaría a sobrellevar esa carga. Los errores del pasado, no deberían condicionar el futuro. Max se culpaba por lo que había hecho, no obstante ella estaba dispuesta a que nada más le hiciera sufrir, no lo merecía. Le observó unos instantes más, ese temblor en el mentón, ese imperceptible abrir de sus labios, ese suspiro apenas audible, Max buscaba esas palabras que nunca encontraba y como siempre, sonrió y pensó, «es Max» y con eso lo justificó todo o casi todo.

—Yo también te quiero —susurró Andy en el hueco de su oído anticipando

lo que él quería decirle— pero...

—No Andy, por favor, sin peros, déjame disfrutarlo un poco más —respondió, hundiéndose en la cascada de su dorado cabello, agarrándola con más fuerza, como si fuese consciente que alguien se la fuera a arrebatarse.

—Está bien, sin «peros», aunque solo iba a decirte que toda la plaza nos está mirando —sonrió.

—Pues que miren —sentenció volviéndola a besar.

Capítulo 9

Y encima se ponía a llover. Max apresuró el paso e intentó, inútilmente, taparse con la capucha del anorak para no terminar calado hasta los huesos. Sin embargo la lluvia apretaba y con ella llegaría el hielo, no quería ni pensarlo, para alguien como él, el hielo podía ser una trampa mortal. Prefería la nieve, también resbalaba, aunque estaba algo más blanda. Apretó su caminar y decidió correr los últimos doscientos metros hasta llegar a refugiarse bajo el porche, dentro se veía luz y se escuchaba la música. Buscó en los bolsillos las llaves, pero con los guantes y el frío que le agarrotaba los dedos era casi imposible hacer nada, gruñó cabreado, se estaba congelando y de golpe la puerta se abrió.

—Te dije que te llevaras un paraguas... —Con ese saludo Andy se hizo a un lado para dejarle entrar.

Max la miró entornando los ojos, queriendo mostrar un gran enfado, pero a quién pretendía engañar, era imposible enfadarse con ella, a pesar de ser una mandona insoportable. Cuando consiguió arrancar la mano de dentro del bolsillo dónde había quedado encajada saltaron las llaves por los aires aterrizando en el suelo cerca de Andy que lo miró alzando una ceja, ella fue a decir algo, sin embargo al final se quedó callada observándole. Estaba mojado, despeinado, congelado... y al ver las llaves en el suelo puso cara de niño pillado en un renuncio, así que Andy no pudo evitar ponerse a reír.

—¿Encima te ríes de mí? Estoy helado —se quejó.

—¿Pero lo tienes?

Max alzó la bolsa de papel con aire triunfal, lo había logrado, casi le había costado la vida y sino se daba una ducha caliente seguramente entraría en hipotermia, pero lo tenía, lo había conseguido. Andy sonrió divertida y dio un saltito de alegría antes de coger la bolsa entre sus manos y abrirla despacio para observar y olisquear en su interior, se mordió el labio de puro placer.

—Voy a darme una ducha —anunció Max empezando a sortear las cajas de

la mudanza—. No empieces sin mi —advirtió el chico mirándola muy serio.

—Nunca —prometió ella, aunque las promesas, cuando había dulces de por medio, eran bastante más fáciles de romper.

—Cuando baje no quedará nada —se lamentó él—, a no ser que... —y tirando de ella la acercó a su cuerpo— ¿Te duchas conmigo?

Andy sonrió y dejando la bolsita con los donuts sobre la mesa de la entrada se dejó arrastrar escaleras arriba. Hacía dos días que oficialmente Max y ella vivían juntos, él había trasladado todas sus cosas y a pesar de que conservaba el piso, que ya estaba pagado hasta final de mes, ya era público que eran una pareja. Jamás se había sentido más feliz. Habían sido las mejores navidades un muchos años, pues por fin había logrado tener lo que más quería en ese mundo, a él.

Max empezó a quitarle la ropa, y cada vez que él hacía eso, el corazón de Andy se aceleraba de un modo inusual. ¿Es que jamás lograría controlar eso? Dejó que él mordisqueara sus labios, se apretó contra su cuerpo y saltó sobre su cintura. Ahora era ella la que jugaba a morderle, clavaba los dientes despacio, por todo su cuerpo, se lo quería comer...

—Te quiero —susurró Max apretando con fuerza sus caderas para eliminar toda posible separación entre ellos—. Te amo... —le confesó entre jadeos mientras se hundía en el interior de su cuerpo.

Andy dejó caer la cabeza hacia atrás y se dejó follar por ese hombre que la tenía loca desde que era tan solo una cría, disfrutó de cada penetración, de cada beso, de cada caricia, de cada palabra susurrada en el hueco de su oído... No podía ser mejor, no había nada mejor en el mundo que enredarse entre su cuerpo, coserse a su piel, respirarle, amarle... tenerle. Saberle suya. Saberle suyo. Andy gritó de placer cuando alcanzó el orgasmo, pero no dejó que Max saliera de su interior, quería sentirle dentro un poco más. Nunca tenía suficiente de él. Dejó caer la cabeza hacía adelante apoyando la frente sobre la de Max.

—Sigo empapado —susurró besando la punta de su nariz.

—Pero ¿a qué ya no notas el frío?

—Eres única calentándome —le guiñó un ojo y la ayudó a descender de su cintura—. Venga pequeña —soltó palmeándole el culo— voy a cambiarme

todo esto —dijo señalando la camiseta empapada.

—Me va a gustar ver eso —replicó ella sonriendo recolocándose la ropa interior e intentando atusar su pelo—. Frío, frío... —rio ella viendo a Max rebuscar entre las cajas— Te congeeeelas...

—¡Congelado ya estoy! ¡Dime dónde está!

—Llevo dos días diciéndote que coloques las cosas —respondió cruzando los brazos a la altura del pecho.

—Hay que joderse —se quejó él.

—Voy a empezar a preparar el chocolate.

—¡Esa es otra! La próxima vez que tengas antojo de chocolate y donuts vas a ir tú a por ellos.

—Si, si... claro.

—Pero ¡¡¿dónde está la ropa?! —gruñó.

Andy jugaba con ventaja y lo peor de todo era que lo sabía. Sabía que estaba loco por ella y que haría cualquier cosa que le pidiera, como ir a buscar donuts a las diez de la noche con la tormenta que estaba cayendo, o salir a soportar las tediosas tardes de compras para «vestir» la casa al gusto de los dos, cuando estaba claro que él no tenía gusto alguno para vestir, aunque se defendía muy bien desvestiéndola.

La vio descender los escalones a pequeños saltitos. Era feliz. Andy era feliz y él era el hombre más afortunado del mundo. Había estado a punto de perderla y ahora valoraba mucho más el hecho de que ella estuviese a su lado. La quería y la necesitaba, era extraño, jamás había sentido nada parecido por nadie, era como quitarse la máscara y mostrarse tal como era, se sentía vulnerable pero fuerte a la vez, y sobre todo totalmente capaz de todo.

Pateó una de las cajas haciendo que se desparramara todo su contenido.

—¡Bien!

Se quitó la camiseta, pasó una toalla por su cuerpo y se puso un chándal viejo para estar por casa.

Ahora que parecía que todo se empezaba a enderezar, había vuelto a pensar en ellos. En John, en Heit y de nuevo en Lena. No podía quitársela de la cabeza y le alegraba poder hablar de ello con Andy, pues ella le estaba ayudando a comprender, analizar y superar todo lo que había vivido. Le gustaría poder encontrarla, necesitaba hablar con ella, pero a la vez tenía

miedo de hacerlo, así que, a pesar de quererlo, algo lo retenía.

Terminó de enfundarse en esa ropa roída por el paso del tiempo y las clases de gimnasia, pasó una toalla por el pelo, fue a tirarla al suelo, pero recordó las regañinas de Andy, así que la dobló y la dejó en su lugar. Descendió los escalones tranquilamente, a su nariz llegaba el olor a chocolate caliente. Era la hora de irse a dormir, pero ella quería chocolate. Andy era una golosa sin límite, cuanto más dulce más le gustaba y él se divertía viéndola disfrutar como una niña de todo aquello que llevara azúcar.

Cuando entró en la cocina le golpeó una imagen idílica, perfecta, una de esas escenas que jamás pensó que sería capaz de vivir y mucho menos de disfrutar. Él, con todo lo que arrastraba a sus espaldas, con todos esos años de peleas, gamberradas, de sus desfases, todas las chicas que habían pasado entre sus brazos, sus descabelladas ideas, las noches locas... Suspiró.

—¿Pasa algo? —preguntó Andy parándose en medio de la cocina observándole.

—Eres preciosa.

Andy no pudo evitar sonreír.

—En realidad me quieres porque cocino bien.

—Eso también es verdad, preciosa y buena cocinera.

—Ejem —carraspeó.

—Y una fiera en la cama —añadió él dando un paso hacia ella para poder besarla.

—Y me quieres más que a cualquier otra cosa...

—Yo a ti sí, pero a veces me pregunto, si te dieran a elegir entre yo y un pastel de chocolate...

—Te elegiría a ti.... Cubierto de pastel de chocolate —soltó con una carcajada.

Esa mañana cuando despertó, Andy ya no estaba en la cama. Era horrible esa manía suya de madrugar, ¿por qué? No lo entendía, si al menos fuera para salir a correr, tendría algo de sentido, pero no, nada, simplemente decía que no podía dormir más y se levantaba para hacer nada, solo sentarse en el sofá a leer o escuchar música.

Saltó de la cama y se enfundó una sudadera de esas afelpadas y pasó de los

pantalones. Se lavó la cara y se cepilló los dientes, una sana costumbre para poder besarla con aliento fresco. Se peinó recogiendo su pelo hacia atrás. Bajó los escalones de dos en dos y fue directo a por café, que estaba recién hecho. Abrió el armario, cogió una taza y al cerrar la puerta golpeó fuerte. Era domingo, le gustaban mucho los domingos, no tener que ir a trabajar y poder pasar el día acurrucado en el sofá con ella. Le gustaban los domingos menos cuando su madre se ponía pesada con lo de ir a comer.

Terminó el café y dejó la taza en la encimera, cogió una galleta de chocolate de la caja, que se le resbaló de las manos dando contra el suelo, adiós a las galletas enteras, hola a las migas para la leche. Salió en dirección al salón para buscar a Andy. Estaba sentada frente al piano, sus dedos se movían rápido por el teclado, pero sin apretar las teclas, sus ojos de vez en cuando se desviaban a la partitura que tenía en frente, detenía su peculiar serenata silenciosa y anotaba algo para después volver a empezar.

—¿Qué haces?

—¡Joder! —chilló ella dando un bote y llevándose ambas manos al corazón
— Casi me provocas un infarto.

—¿No me has escuchado? Llevo un rato por aquí abajo haciendo ruido.

—Estaba concentrada.

—¿Qué es? —se interesó terminando de tragar la galleta y sentándose a su lado.

—Llevo unos días trabajando en esto.

Max cogió la partitura y la ojeó por encima, tomó el lápiz e hizo un par de anotaciones que Andy aceptó asintiendo con la cabeza.

—¿A ver? —dijo Max señalándole el teclado.

Andy movió los dedos unos segundos, los posicionó sobre las teclas y se dispuso a tocarla. Sonaba muy bien. Miró de reojo a Max que cerró los ojos y se dejó envolver por la melodía. Ella sonrió y siguió hasta el final.

—¿Te gusta? —inquirió ella nerviosa.

—Me encanta ¿tiene letra? —preguntó y la sensación de *déjà vu* volvió a él.

—Estoy en ello.

—¿Eres feliz? —la interrogó Max de pronto.

—¡Vaya! Así, sin anestesia —respondió Andy y se giró para quedar frente a él, ambos sentados en la banqueta del piano.

—Quiero que seas feliz.

Andy sonrió y atrapó sus mejillas entre las manos y lo acercó a ella despacio. Besó la punta de su nariz para después buscar de manera tierna sus labios. Lo amaba, lo quería tanto que hasta dolía. Max dejó que ella lo besara, dejó que Andy devorara sus labios con pasión, entreabrió la boca para dar cobijo a su lengua, y sin apartarse, sin que sus labios se despegaran un solo instante Andy se levantó para terminar sentada a horcajadas sobre él, con la espalda pegada al piano.

—Un polvo contra el teclado —gruñó Max a mil por hora.

—Ni se te ocurra, rómpeme el piano y te rompo yo a ti las piernas.

Max soltó una estruendosa carcajada de las suyas, de esas que rompían el aire en dos y que tanto le gustaban a Andy. Se levantó con ella asida de la cadera para ir al sofá, a repetir esa primera vez suya, aunque sin helado de por medio. Seguía besándola con pasión, sin darle tregua ni tan siquiera para respirar, desde que estaban juntos la pasión les devoraba cada vez que estaban solos, y desde que se había mudado era constante. Disfrutaba de cada instante con ella, pero en el sexo...

—Auch —se quejó ella de uno de sus mordiscos.

—Voy a comerte enterita... —afirmó Max mordiendo su cuello, su hombro, para después ir bajando y deslizando hacía abajo la ropa de ella, dejando al aire más porción de piel que poder devorar.

El móvil empezó a sonar en ese instante, justo cuando Max estaba tirando de sus braguitas para hacerlas descender por sus muslos ya mordisqueados. Ignoró la llamada y se lanzó sobre su chica para volver a iniciar una sesión dominguera de sexo salvaje, sin embargo de nuevo el móvil arrancó a sonar. Gruñó molesto. Decidió volver a ignorarlo cuando Andy le empujó con ambas piernas.

—Anda, cógelo o no me voy a poder concentrar.

—¿Necesitas concentración para esto? —inquirió alzando una ceja.

—Ya sabes que sí... Necesito concentración para no desmadrarme —sonrió.

Max se levantó, solo llevaba puesto los calzoncillos, Andy recogió sus braguitas, tiró de ellas hacia arriba y se cubrió de nuevo con la camiseta del pijama para después seguir a Max hacía la cocina donde ya había contestado. Cogió una taza del armario para hacerse un nuevo café, el que se había tomado de buena mañana ya lo tenía en los pies.

—Espera, espera, más despacio...

Andy sacó la leche de la nevera y lo miró, parecía nervioso, pero no identificaba con quien estaba hablando Max, parecía la voz de una mujer, una mujer joven, aunque no pudo escuchar mucho más.

—¡Joder! —exclamó.

Y de pronto Andy vio cómo se tambaleaba como si fuese a caerse, corrió a su lado para sujetarlo, parecía ido, fuera de sí, lo ayudó a deslizarse hasta el suelo, el móvil resbaló de entre sus manos, al otro lado la mujer seguía hablando, ahora al prestar más atención le pareció que al otro lado de la línea quien fuera estaba llorando.

Andy se quedó por un momento colapsada sin saber qué hacer, Max parecía que se había quedado en estado de shock. Dudó un instante, pero recogió el teléfono del suelo, notó como toda ella temblaba al acercárselo al oído para escuchar lo que el interlocutor decía. Miró a Max y se concentró en el móvil que acercó lentamente a su oído sin poder evitar el temblor de sus manos.

—¿Sí? —preguntó y su voz se quebró.

—¿Andy? —respondió la mujer al otro lado.

Entonces reconoció la voz de quien había llamado y su mirada se desvió un segundo a Max que seguía sentado en el suelo con el rostro escondido tras sus manos.

—¿Leah, eres tú? —inquirió asustada— ¿Ha pasado algo?

Andy clavó la mirada en su chico, que había empezado a llorar desconsolado.

JUEGOS SALVAJES: John

Prólogo

Seguía mirándole fijamente, cerró un segundo los ojos para después volverlos a abrir, John tragó saliva instintivamente, no había imaginado que su reencuentro sería así. En realidad, no se había permitido el lujo de soñar con ello, ni había fantaseado con que ella abriera sus brazos y lo perdonara. Desde que Lena se había marchado todo había sido un descontrol, ya no tenía rumbo, ni Norte ni Sur. Había perdido la cabeza y el sentido de la vida en general.

—La idea de que pudieras quererme —dijo ella con un hilo de voz haciéndole regresar al presente, del cual se había evadido por un instante— hizo que me quedara, cuando descubrí que todo estaba en mi cabeza, que tú jamás lo harías, eso fue lo que me hizo abandonar.

Y con esas palabras John sintió como todo su mundo se derrumbaba, sino lo estaba ya. Todo a su alrededor carecía de sentido, ella era lo último a lo que aferrarse, la última bala que le quedaba en la recámara para matar sus miedos, antes de dispararse a sí mismo. Tragó saliva sintiendo como casi se atragantaba al hacerlo, y se atrevió, por primera vez en todo ese rato, a alzar los ojos hasta conseguir clavarlos en ella. El rostro de Lena permanecía sereno e impassible, mientras que sus propios ojos hacía ya un rato que se habían empañado de humedad. Se sintió pequeño, minúsculo, encogiéndose más a cada palabra suya.

—Siento todo el daño que te hice. Por eso he venido, necesito pedirte perdón yo solo... —trató de explicarse.

—No John, no lo sientes porque jamás lo sentiste. No te confundas, no es mi perdón lo que buscas, solo quieres aligerar tu carga para poder dormir por las noches con la conciencia tranquila. ¿Quieres que te diga que no pasó nada? ¿Que solo fue una estupidez sin importancia? ¿Que no me odio? ¿Que solo fue un juego al que me presté para jugar? —comenzó a decir ella.

—Lena —intentó interrumpirla.

—¿Quieres que te mienta o quieres la verdad? Si no recuerdo mal, eres un gran defensor de aquello que tú crees que es lo correcto, y enarbolas la verdad por bandera, así que no voy a mentirte por evitarte el hacerte sufrir. Me duele, me duele todo el rencor que tengo dentro —dijo señalándose su pecho—, no puedes tener ni la más remota idea de lo que me duele acostarme cada noche maldiciendo el día en que te cruzaste en mi vida, me duele recordar cada beso que me diste, cada caricia, cada noche que me dormí abrazada a tu cuerpo pensando en que por fin mi vida iba a mejorar, que podría ser feliz, y ¿sabes qué? Lo que más dolor me causa, es recordar lo estúpida que fui, pensando en que llegarías a amarme, tú no puedes amar a nadie, eres incapaz —le escupió. Lena aguardó a que sus palabras calaran en él, y comprobó que así había sido, pues John había vuelto a descender los ojos clavando la mirada el suelo, recorriéndole un escalofrío por todo el cuerpo, por lo que decidió continuar. No quería hacerle más daño, pero necesitaba decirle toda la verdad—. Un día no muy lejano, dejará de doler, te olvidaré y será como si jamás hubieses existido. No serás ni tan solo ese efímero recuerdo que me desvele por las noches, no serás nada —sentenció sin quebrársele la voz.

Lena le observó por última vez antes de marcharse. No sabía ni de dónde había sacado las fuerzas para soltarle lo que acababa de decirle, por lo que se sintió por un segundo, orgullosa de sí misma.

John quiso llamarla, hacer que se detuviera, agarrarla del brazo y aferrarse a su cintura, necesitaba llorar con ella y por ella, necesitaba que estuviese a su lado, sin embargo, Lena se fue alejando sin ni tan siquiera echar una mirada atrás, como supuso que tampoco había hecho el día que se marchó. Se quedó parado en medio de esa calle, una calle cualquiera de una ciudad cualquiera, donde todo a su alrededor seguía su ritmo, todo bullía en aparente normalidad completamente ajeno a que él estaba ya, más muerto que vivo. Lo había tenido, lo había rozado con la punta de los dedos y lo había perdido. Ahora, todo carecía de sentido. Moverse de ese punto concreto en el que ella le había dejado, fue de los peores esfuerzos que tuvo que hacer nunca, sin embargo lo hizo, ese último esfuerzo que exigía su vida. Entró en un bar y dejó un billete sobre la mesa. El primer trago quemó su garganta, whisky mezclado con dolor, el sabor amargo de la derrota, el miedo lo tragó con el segundo, la tercera copa, tiró abajo todos los momentos felices, que también los había habido, aunque su mente ya mermada con los vapores del alcohol, se empeñaba en no recordarlos. Y así logró descender hasta lo más profundo de su ser, todo lo

que atragantaba su garganta desde hacía tiempo. Lena solo era esa página incompleta que había querido terminar de escribir. En el libro de su vida, Lena era el capítulo que marcaba el inicio del final, pero sin duda, el desenlace venía de la mano de esa otra mujer de ojos fríos y movimientos calculados. Solo evocando su nombre, todo su cuerpo se estremecía y el corazón se le encogía.

Habría querido poder decirle a Lena que ahora la entendía, que le habían pagado con su propia moneda, o usando una analogía más propia del campo médico, ese campo que ya jamás sería el suyo, había probado de su propia medicina. Había amado y le habían usado, para él el amor, eso sí era una auténtica estupidez. Él le había partido el corazón a Lena, para poco después ser él quien tuviera el corazón roto. ¿Qué sentido tenía todo eso? ¿Qué cruel broma del destino era esa? ¿Quién se había empeñado en jugar con ellos para no dejarles ser felices? Podría haberla querido, a veces lo pensaba, debería haberla amado, haberse enamorado de ella, todo habría sido más sencillo si él también hubiese sentido lo mismo. Se maldecía por no haber sido capaz de quererla. Ahora ella estaba rota, aunque sabía que podía tener solución, Lena podía dejar que alguien reparara su maltrecho corazón. Sin embargo, el suyo estaba roto sin remisión.

Tomó un último trago e intentó levantarse, cosa que hizo con mucha dificultad. Él había sido siempre un buen tío, con un gran porvenir, sin embargo en algún punto del camino, se había desviado de su objetivo.

—¡Eh amigo! —gritó alguien a su espalda— Será mejor que llames a alguien, no estás en condiciones de conducir.

Claro que iba a hacer una llamada, la última. Esperaba que no fuese demasiado tarde.

La noche era fría, las fiestas navideñas habían quedado atrás, pero lejos de molestarle, ese frío le reconfortó. Sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta y entre brumas, buscó su número en la agenda. Sabía que lo había cambiado, pues no quería saber nada de nadie, pero no le había sido difícil conseguirlo. Marcó y rezó para que fuese su contestador lo que le diera paso y sonrió cuando fue así, al menos al final, el destino se ponía un poco de su parte. Esperó a que el pitido le diera turno para poder hablar. Tenía la lengua dormida, la voz pastosa, la mente nublada y las palabras se negaron a salir con fluidez, aun así consiguió formular la frase que llevaba horas creando en su

cabeza.

—Tienes que lograr arreglar lo que nosotros jodimos. Sé que la quieres. Solo tú puedes hacerla feliz.

Colgó. Tiró el teléfono en la primera papelera que se cruzó a su paso. Caminó errante, pero con rumbo fijo. Esperaba, al menos, haber hecho una última cosa buena.